

©2000 Asociación Argentina de Psicología

y Psicoterapia de Grupo

Redacción y administración:

Arévalo 1840 - Capital Federal

Telefax: 4774-6465 rotativas

ISSN 0328-2988

Registro de la Propiedad Intelectual N° 043173

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Derechos reservados

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Producción gráfica:

Ediciones PublIKar. Tel: 4743-4648

Diseño de tapa:

Curioni Producciones

TOMO XXIII Número 1 - 2000

Afiliada a la Federación Latinoamericana
de Psicoterapia Analítica de Grupo,
a la American Group Psychotherapy Association,
y a la International Association
of Group Psychotherapy

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES E INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Directora:

Lic. Mirta Segoviano

REVISTA

Secretaria: Corresponsales en el exterior:

Lic. Rosa Chagel

Lic. Myriam Alarcón de Soler,

Bogotá, Colombia.

Comité Científico:

Lic. Nora Cordisco

Prof. Massimo Ammaniti, Roma, Italia.

Lic. Norma Mondolfo

Prof. Dr. Raymond Battegay, Basilea, Suiza.

Lic. Nora Rivello

Dra. Emilce Dio Bleichmar, Madrid, España.

Consejo de Publicaciones:

Lic. Daniel Waisbrot

Dr. Joao Antonio d'Arriaga, Porto Alegre, Brasil.

Lic. Susana Sternbach

Dr. Rafael Cruz Roche, Madrid, España.

Lic. Cielo Rolfo

Dr. Alberto Eigner, París, Francia.

Comité Asesor:

Lic. Elina Aguiar

Dr. Marco A. Fernández Velloso, San Pablo, Brasil.

Dr. Isidoro Berenstein

Dr. Arnaldo Guiter, Madrid, España.

Dr. Marcos Bernard

Dr. Max Hernández, Lima, Perú.

Lic. Susana Matus

Lic. Gloria Holguín, Madrid, España.

Lic. Gloria Mendilaharzu

Dra. Liliana Huberman, Roma, Italia.

Dra. Janine Puget

Lic. Rosa Jaitin, Lyon, Francia.

Lic. Rosa María Rey

Prof. Dr. René Kaës, Lyon, Francia.

Dra. Graciela Ventrici

Prof. Dr. Karl König, Gottingen, Alemania.

BIBLIOTECA

Secretario:

Lic. Marcelo Luis Cao

Dr. Mario Marrone, Londres, Inglaterra.

Colaboradora:

Lic. Marcela Brzustowski

Prof. Menenghini, Florencia, Italia.

Prof. Claudio Neri, Roma, Italia.

Lic. Teresa Palm, Estocolmo, Suecia.

Dr. Saúl Peña, Lima, Perú.

Lic. Martha Satne, Pekin, China.

Dr. Alejandro Scherzer, Montevideo, Uruguay.

Dr. Alberto Serrano, Honolulu, Hawaii.

Dr. Alberto Siniego, Méjico DF.

Dra. Estela Welldon, Londres, Inglaterra.

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente:

Lic. Daniel Waisbrot

Vicepresidente 1º:

Lic. Susana Sternbach

Vicepresidente 2º:

Lic. Cielo Rolfo

Secretaria:

Lic. Ombretta Velati

Pro-Secretaria:

Lic. Mónica Galbusera

Tesorera:

Lic. Susana Vaitelis

Pro-Tesorera:

Dra. Beatriz Caso de Leveratto

Secretaria de Prensa:

Lic. Marta Farhi

Vocal 1º:

Lic. Beatriz Bernath

Vocal 2º:

Lic. Mariela Coletti

Producción Gráfica:
Ediciones PubliKar
4743-4648

SUMARIO

	11	• Editorial
	15	• Homenaje
León Rozitchner • Daniel Waissbrot	17	• Los ideales, entre modelo y obstáculo. Mesa Redonda
Myriam Alarcón de Soler •	47	• Secuestro, conflicto de pertenencia y espacio terapéutico: un cuestionamiento al ideal de la práctica clínica
Didier Anzieu •	67	• El yo piel familiar y grupal
Graciela Kasitzky de Bianchi •	83	• La experiencia de amor
Integrantes del Departamento • de Análisis Institucional de la AAPPG	95	• ¿Qué devela la historización del Departamento de Análisis Institucional?
René Kaës •	113	• Pulsión e intersubjetividad
Yves Lebeaux •	131	• Yo, Sujeto e Identificación. Elementos para una discusión
Sara L. de Moscona •	157	• Estocadas y paradojas del ideal
Graciela Rajneman •	171	• ¿Visitudes? del encuadre en la clínica vincular

PASANDO REVISTA

Janine Puget • 195 • «Desde la fundación a la perspectiva del psicoanálisis vincular: el porvenir de una ilusión»

Marta V. Salzman • 203 • *Psicología*. Rosa Chagel

Raquel Bozzolo • 209 • *Instituciones estalladas*.
Ana M. Fernández (comp.)

INFORMACIONES

Editorial

Cualquiera sea el aspecto bajo el cual lo considere, toda vez que el psicoanálisis aborda el tema de los ideales, se introduce implícita o explícitamente en la problemática de lo vincular. Las formaciones del ideal, herederas directas del narcisismo, evocan, tal como éste lo hace en la propia perspectiva freudiana, un origen en investiduras que primero son de otros, y que la *idealización* volverá a ubicar en algunos de ellos, y en los conjuntos, que deberán incluso a la *comunidad de ideales* una parte de su ser. El ideal, vehículo, intermediario, encarnado o no, es una exigencia del vínculo, del estar juntos, del ser juntos, y como el vínculo, si es lo que empuja o arrastra, una condición del deseo, es también lo que impide, porque para uno y otro, ése es su precio: un monto variable de alienación.

Inauguramos este año con una cuestión que hoy evoca la crisis, crisis de los modelos, crisis de la idea misma de modelo, terreno de la incertidumbre. El mismo terreno adonde imaginariamente nos empuja o nos arrastra la fuerza de otros significantes: esos tres ceros que parecen sacar a este «2000» de nuestros tiempos vitales, señalando no un año sino *mil, dos mil*, un tiempo donde el yo no pudo ni podrá ser *su fin para sí mismo*, donde debe afrontarse sobre todo *eslabón de la cadena*. Puesta en crisis. Una vez más el desafío de encontrar nuestro espacio, entre la continuidad necesaria y una necesaria discontinuidad.

Y es precisamente en ese espacio donde es posible el juego, donde toma su sentido, y donde fructifica la creación: sea esta nueva presentación de la Revista un modo de expresión de ese espíritu.

Dirección de Publicaciones

Homenaje

Didier Anzieu, Profesor emérito en la *Université Paris 10-Nanterre*, miembro de la *Association psychanalytique de France*; Presidente honorario, fundador del CEFFRAP, autor de tantos libros y artículos, ha fallecido el pasado mes de noviembre.

Definitivamente, no hay manera de decir una obra, y en particular, una de éas a la que tantos de nosotros debemos como psicoanalistas algunas de las ideas que más nos han ayudado a comprender y a comprendernos mejor, que nos ayudan a cada paso en este camino siempre abierto, en definitiva siempre lleno de obstáculos, de viejos y nuevos misterios, de representarnos la mente y de tratar su sufrimiento.

El grupo y el inconciente es uno de esos textos verdaderamente fundadores. La ilusión grupal, el imaginario del grupo, la fantasía como organizador, el grupo entendido como un sueño, el grupo como una piel... Pensar hoy las derivaciones que llegaron a tener esas intuiciones, las que tal vez todavía tendrán, acaso pueda darnos una idea de al menos una parte de la deuda. Una parte, sin duda, puesto que quienes lo han tratado no dejan de señalar esa *apertura* de su obra que aquellos que sólo lo conocimos leyéndola, percibimos de inmediato: uno lee a Anzieu y comienza en seguida a pensar *con él*.

En la obra con que se lo homenajeó en 1994 por sus setenta años, uno de sus amigos dilectos hablaba del agradecimiento de todos los que lo conocían porque, pese a haber formado a varias generaciones de psicólogos y de

psicoanalistas, no había hecho «escuela», y porque a quienes se acercaban para entrar en diálogo con él, les ofrecía que tomaran por sí mismos el hilo que, entre sus desarrollos, les servía de guía, puesto que «siempre tuvo horror a que alguien se subordinase a su pensamiento».

Quizá por esa vocación docente, esa pasión por transmitir que él mismo ha reconocido y de la que tantas pruebas quedan en la historia de la enseñanza de la Psicología en Nanterre; quizá por tener el privilegio de una reflexión a la que la sofisticación jamás volvió oscura o artificiosa, quizá simplemente por un natural generoso o por todo esto a la vez, se trata de un pensamiento que pudo en efecto mantenerse, también en su expresión, siempre *abierto*.

Cuando un pensamiento, una obra, asocian a su fecundidad la apertura, la deuda se multiplica, porque la apertura es parte del legado, y una parte principal.

Mirta Segoviano

Los ideales, entre modelo y obstáculo

MESA REDONDA¹

León Rozitchner *
Daniel Waisbrot **

COORDINADORA:
Mirta Segoviano

- ¹ En esta Mesa Redonda, realizada en la AAPPG el pasado 8 de octubre, participó, además de los profesionales cuyas ponencias transcribimos, la Lic. María Laura Méndez.
- (*) Filósofo.
La Pampa 1230 1º B (1428) Buenos Aires. Tel: 4783-8208.
E-mail: leib@cvtci.com.ar
- (**) Licenciado en Psicología. Miembro Titular y actual Presidente de la AAPPG.
Julián Alvarez 2346, 7ºD (1425) Buenos Aires. Tel: 4831-9168.
E-mail: waisbrot@ciudad.com.ar

León Rozitchner

Los ideales surgen desde el seno de la sociedad misma y se constituyen a partir de los modelos culturales. Por lo tanto, son configuraciones definidas, en las cuales participamos necesariamente, y es dentro de estos modelos donde se despliegan los ideales. Configuran un espacio de apertura y, al mismo tiempo, en la medida en que están delimitados, también abren un espacio de contención. Si nos preguntamos por el origen de los modelos a partir del psicoanálisis, allí encontramos dos conceptos que se refieren a los ideales. Para Freud, el ideal del yo y el yo ideal son dos formas básicas, fundamentales, en la construcción de la subjetividad. Una de ellas inaugura el ámbito dominado por el narcisismo: en el yo ideal el niño se reconoce en la figura materna como unidad, sea en los ojos de la madre, sea en la imagen del período del espejo, de Lacan, etc. Se percibe, en unidad con ella, redondo en sí mismo, sin necesidad de tener que ampliar nada de lo propio. Contiene dentro de sí todo lo bueno, que es análogo a uno mismo dentro de uno mismo. Lo materno determina el lugar del yo ideal que permanecerá, aun en el adulto, indeleble, como un refugio contra la intemperie de la vida, aunque inconsciente, cuando la marea del mundo exterior sube y nos anega.

Por otro lado aparece otra modalidad: la ampliación del yo ideal que se produce a través del complejo de Edipo por la paradójica construcción del ideal del yo. El ideal del yo tampoco sería el ideal propio, pues es el ideal que resulta de la sumisión al padre muerto a partir de la resolución del complejo de Edipo.

En este punto, surgen varias alternativas importantes, pues nuestra perspectiva, la occidental y cristiana, parte de una concepción patriarcal, que tiene que imponer un límite al desarrollo del yo ideal. Porque el yo ideal, que se constituye desde la experiencia fundante del surgimiento a la vida desde el cuerpo de la madre, nos mantiene en el encierro, en el solipsismo, en la simbiosis desde la cual este

ideal se origina. La madre queda allí como una configuración detenida: impedimento para el desarrollo. Por otro lado, en el desarrollo habitual del complejo de Edipo, aparece la dimensión de la apertura a la realidad histórica dominante, luego del enfrentamiento a muerte con el padre. Aquí caben dos posiciones fundamentales: la posición lacaniana –que para mí sería una posición social democrática–, y por otro lado, la posición freudiana, que sería una concepción judaica, que mantiene su germen revolucionario como posible.

En Freud, el problema del enfrentamiento de Edipo es un pequeño rito de iniciación en los albores de la existencia infantil. Freud es taxativo sobre este tema: el niño enfrenta la amenaza de castración por el padre, lo que implica necesariamente que el niño responde activamente a ella; es su ser completo el que está en juego, y en eso le va la vida. El niño enfrenta al padre: no se rinde sumiso a su poder, sino que le hace frente. Todo niño normal es un rebelde insumiso, no la mansa criatura que Lacan supone. Freud plantea este desafío como un drama, por algo lo compara con la tragedia de Edipo y le pone ese nombre a este complejo.

El niño no se somete al padre, pese a la disimetría de sus fuerzas. Él es un párvulo y el padre es un señor adulto, enorme y poderoso, que domina a la madre –a veces– y el niño pese a ello no se rinde. Según Freud el niño actualiza la etapa oral para lograr invertir la situación en su propio provecho: actualiza el lugar de lo materno primero, por lo tanto el lugar de la etapa oral, y allí enfrenta, luego de interiorizarlo, al padre amenazante. Si el padre está, por identificación oral, dentro del niño mismo, la situación real desfavorable puede revertirse en este retorno imaginario que va a la búsqueda de los primeros poderes perdidos, y el niño le hace ahora al padre aquello que el padre, cuando estaba afuera, quería hacerle al hijo. De este modo, identificado con el represor, el hijo puede vencerlo y darle muerte al padre.

Esta descripción, donde se confundirá la estructura con el acontecimiento, sin el cual la estructura del complejo no se constituiría, está claramente expuesto por Freud en «El malestar en la cultura»: el niño asesina al padre odiado dentro de sí mismo, pero como al odio le sucede el amor, vuelve a darle vida al padre muerto dentro de su propio cuerpo para siempre. De esto no resulta una inscripción sólo simbólica, puesto que el hecho imaginario permanecerá, como premisa de la culpa, inconsciente. Sólo queda la filigrana afectiva del hecho reprimido: el sentimiento. El padre seguirá viviendo de la vida, de la sangre y de la carne que el niño le presta. Pero eso sí: quedará sometido para siempre, se dice, al imperio de su ley en la conciencia.

Sometido, porque a partir de aquí se constituye el campo de la conciencia —que Freud llama también conciencia moral, porque en el fundamento de la conciencia, en tanto lugar del pensamiento y del lenguaje, están las dos prohibiciones fundamentales: la prohibición del incesto con la madre y la prohibición de matar al padre. Es alrededor de este esquematismo fundamental desde el cual se desarrolla luego la conciencia racional adulta, aun la del hombre de ciencia que cree que piensa sólo conceptos. La conciencia racional ignora el fundamento de muerte y la tragedia que llevaron al niño, ése que cada uno era, al enfrentamiento. La conciencia, por más que sepa y sea el «aparato» donde se desarrolla el conocimiento científico, lugar de la máxima clarividencia como productora abstracta de pensamientos, pese a saberlo todo, ignora lo fundamental de sí misma: el proceso histórico y el drama infantil que la constituyó como conciencia. La crítica de Freud a la conciencia racional del occidente moderno es fundamental, pues implica que la conciencia no puede ser nunca el campo donde se hallan presentes los contenidos más hondos y profundos que constituyen la verdadera dimensión del hombre. Lo fundamental de su vida, y que la conciencia necesariamente ignora por las vicisitudes de su origen, permanece inconsciente: no tiene acceso directo a la conciencia. Pero Freud también dice que la conciencia, con ser tan poco, es lo único que tenemos —para pensarnos, al menos, no para

sentirnos. Porque tenemos algo más que la excede: ese inconciente que justamente la conciencia tuvo que relegar de sí misma porque era insopportable para el niño la presencia de este saberse asesino frente al padre. Porque el asesinato fantaseado fue «real» para el niño.

Esta conformación imaginaria y estructurante del complejo de Edipo en Freud está muy clara, y se diferencia del planteo de Lacan. Porque Freud, que siempre tiene presente el problema del dominio histórico, económico y político sobre el hombre, en realidad se pregunta aquí de dónde proviene la primera carga de energía violenta con la cual el superyó nos domina desde dentro de nosotros mismos, y nos convierte en sujetos sometidos al sistema de dominio. Esta primera carga de energía que carga al superyó, y que cada uno dirige contra sí mismo, proviene de nosotros mismos. Es con nuestra propia violencia como el poder social nos domina: con las primeras energías con las cuales nos castigamos por un crimen imaginario que en realidad no cometimos. Esto tiene que ver con el problema de los ideales y, por lo tanto, también con los modelos sociales.

A partir de esta conciencia los modelos del patriarcado dominante emergen claramente. La madre queda relegada: el desarrollo del narcisismo implica necesariamente la permanencia en lo materno, pero la apertura que nos trae la amenaza de castración por el padre implica relegar lo afectivo, lo imaginario, a lo inconciente, es decir, relegar el sentido que podría prolongarse desde las fantasías maternas. Pero el niño tuvo que retornar y actualizar el lugar primero de la madre, tuvo que retornar a la etapa oral para enfrentar al padre. El primer encuentro a muerte no se realiza en el campo de Marte, como en las guerras de los hombres, sino en el campo de Madre. Freud advierte claramente que éste es un proceso económico, lo cual implica una puesta en juego de la libido, de energía, de fuerza, del cuerpo. No es simplemente una fantasía.

Según Lacan, el mito de Edipo es el mito de Freud, pues antepone a esto una etapa anterior y cree que en última

instancia el reconocimiento del Edipo se resuelve de una manera muy distinta: el padre siempre disminuido, agravado por la madre o por la realidad histórica, reconoce al hijo, lo pacifica, le da su nombre y apellido. Al mismo tiempo, el hijo le concede el reconocimiento por esta entrega y se somete a la racionalidad del sistema.

Hasta aquí, en Lacan, el problema de la violencia ha desaparecido radicalmente. Freud, hemos visto, expone el problema de la violencia que a partir de la solución edípica el niño ejerce contra sí mismo por la culpa. Para Lacan, no hay que preguntarse por la energía de la primera carga del superyó, problema fundamental para entender las profundidades en las que se anida la sumisión histórica y política, y por el cual Freud se interesa. Para Lacan no hay necesidad de ir más lejos, sino que hay que ir a preguntarse en una etapa anterior, en una dehiscencia vital constitutiva del hombre, que se expresa en la noción heraclitiana de la Discordia, anterior a la Armonía. Con este concepto puramente metafísico, Lacan disuelve el problema, cuya verdadera magnitud fue planteada en el campo del enfrentamiento trágico del complejo de Edipo.

Insisto en que la determinación de la violencia primera para Lacan no tiene absolutamente nada que ver con una determinación histórica-social. Sin embargo ésta es, me parece, una clave fundamental para entender a partir de aquí el problema de los ideales y los modelos culturales que dominan nuestro propio presente.

A mí esto me parece importante porque el desarrollo y los obstáculos de los ideales se constituyen a partir de los modelos que la cultura ofrece y la construcción psíquica que de ellos resulta, a medida que paulatinamente entramos en la realidad del mundo exterior. En «Psicología de las masas...» Freud dice que lo que comenzó con el padre culmina con el problema de las masas. Es decir, que la primera determinación fundamental del sometimiento al padre y a la racionalidad que él como modelo representa, implica que, a medida que el niño se haga adulto, se irá

incluyendo paulatina y simultáneamente con otros sujetos, moldeados por la misma cultura, de la misma manera. Así se van construyendo como masas las agrupaciones colectivas que él describe bajo tres formas.

Este niño sometido al complejo de Edipo, en esta solución clásica del desenlace, termina en las masas artificiales. Las masas artificiales son, para Freud, las masas institucionalizadas. Es extraño: Freud llama «masa» a lo que nosotros llamamos instituciones. Es importante: Freud produce con esto un vuelco en la apreciación de los procesos sociales. Las masas institucionalizadas, cuyos modelos son el Ejército y la Iglesia, configuran nuestros ideales que se prolongan desde la infancia. ¿Qué otros ideales han existido durante mucho tiempo en las familias burguesas sino meter a un hijo de cura y a otro de militar para afirmar un asiento en la sociedad?

Frente a esto, Freud dice que las masas dominantes, las instituciones, son «masas artificiales» porque obedecen a la coacción, el individuo no puede separarse de ellas, y constituyen el fundamento de la dominación sobre los hombres. El Estado, la Iglesia, la Educación, la Universidad, quizás cada asociación de psicoanálisis, etc., son instituciones que Freud considera como masas artificiales. Pero frente a estas masas artificiales, Freud habla de otros ideales sociales: esta estructura se resquebraja cuando emergen las masas espontáneas. En ellas, por un momento lo racional queda suspendido para dejar emerger las energías de lo imaginario, lo pulsional, lo afectivo, etc. Son quizás aquellas masas que Spinoza llamaba femeninas. Lo que congrega a los hombres en las masas espontáneas es el reconocimiento de lo que tienen de común entre sí, y estas masas manifiestan el empuje destructor frente a aquellas formas de organización artificial de las masas institucionalizadas. Hay una dialéctica histórica sobre la cual se asienta este desarrollo de Freud: la ruptura de los ideales pasa por la ruptura del modelo edípico presente en la sociedad organizada. Pero, dado el carácter fugaz que presentan, Freud habla de otra tercera masa: la masa revolucionaria, que

son, dice «como las altas olas en medio de la quietud del mar.» Ahí termina sin decir más, seguramente pensando en la revolución rusa.

Lo que nos interesa señalar es la presencia de ideales, la presencia de modelos y la presencia de obstáculos que están dados desde el desenlace del complejo de Edipo, prolongado en la realidad social adulta.

Sospecho que en el psicoanálisis aparecen tangencialmente otros problemas –extrañamente tampoco aparecen planteados en el campo de los modelos que aun Freud nos ofrece. Por ejemplo, en «El hombre de las ratas», en el apéndice que contiene las notas que va tomando mientras lo analiza, ahí nos enteramos de que el padre del Hombre de las ratas era judío y se había convertido al cristianismo, y que la madre era judía y había sido adoptada por una familia judía. Pero en el texto donde expone la interpretación del caso no aparece absolutamente nada al respecto, como si esta determinación cultural y contradictoria del paciente con los enfrentamientos religiosos fuera irrelevante. Por ejemplo, cuando interpreta la figura edípica de Hamlet. Hamlet pertenece a una cultura cristiana, habla de la santísima virgen, va a misa, hace que Ofelia se recluya en una institución religiosa. Se trata de un medio en el que el cristianismo es el fundamento cultural de los personajes, y que en tanto sujetos cristianos me parece que no pueden ser comprendidos exclusivamente a través de la tragedia edípica. La tragedia de Edipo tiene como marco el paganismo de Grecia; el drama de Shakespeare se desarrolla en una cultura dominada por el cristianismo; el Hombre de las ratas, en un lugar equívoco donde lo judío y lo cristiano están en debate, pero dominando la persecución cristiana. Esto al parecer no afecta la hipótesis del Edipo como productora universal de la subjetividad en el patriarcado.

Freud en «Moisés y la religión monoteísta», refiriéndose al problema del origen histórico reprimido del asesinato del protopadre, siempre en la estela del patriarcado, afirma que cuando aparece la religión cristiana, la religión judía

se convierte en un fósil. Siguiendo la concepción platónica de Freud y su interpretación del Edipo, en el comienzo el padre de la horda primitiva es muerto por los hijos, etc., todo eso se va desarrollando paulatinamente como si el hombre fuese buscando difícilmente en la cultura develar la verdad de su propio origen.

En este punto volvemos a la cuestión del origen de los ideales que planteaba antes. El ideal en Freud sería que el hijo, para salvarse de la culpa, recupere la verdad sobre el verdadero objeto de su destrucción: el padre. Que lo reprimido inconsciente alcance la conciencia y sepa por fin que la culpa inconsciente, cuyas premisas ignora, aparezca en el reconocimiento de lo que la produjo. Freud dice que los judíos han acudido al sacrificio de animales para exorcizar la culpa, donde sin embargo vuelve a repetirse ese acto originario, ahora desplazado. Pero el cristianismo sería la única religión en la cual por fin emerge la figura de Cristo, donde el hijo se reconocería culpable de ese crimen, y lo pagaría con su vida para todos. Es el hijo de Dios el que tiene que morir, pero su culpa no puede ser sino por un asesinato: por eso debe pagar esa vida con la suya. Y ese asesinato del que esa muerte nos redime es el que cometimos, en el origen, con nuestro propio padre.

Nos preguntamos si realmente es así. Si aun en el caso del cristianismo el hijo de Dios por fin abre con su muerte la redención del género humano. Porque, en realidad, ¿qué pasa con el padre cristiano? Podemos pensar que quizás en el complejo parental cristiano los hijos no matan al padre ni se redimen de la culpa. Tal vez se trate de una ecuación religiosa cuyos objetivos son diferentes a los que Freud reconoce.

Con esto quiero plantear lo siguiente: el complejo de Edipo configura modelos e ideales, pero pensamos que no puede ser nunca una única forma universal como Freud lo enuncia. Creemos que es posible distinguir múltiples complejos parentales, uno de los cuales es el Edipo griego, que se distinguiría del complejo parental judío tanto como del complejo parental cristiano.

En un momento determinado de la cultura griega aparece la figura trágica de Edipo sobre el fondo de una mitología arcaica, primitiva, que su figura viene a contrariar y a poner en duda. La tragedia de Edipo de Sófocles, a la que se remite Freud, aparece en un momento de transición histórica, en el que se abre el campo de la democracia y los dioses antiguos, y los mitos se enfrentan con una subjetividad y una racionalidad nueva. Las tragedias no son sino el lugar de la exposición teatral de ese enfrentamiento –cuya creación abarca un siglo y luego desaparece–, que culmina en el siglo IV con la aparición del pensamiento filosófico racional, como fue el de Platón y Aristóteles, que llegan a desconocer el sentido profundo que tuvo la tragedia en el siglo anterior.

Podemos decir, entonces, que existe un complejo parental judío que no tiene mucho que ver con el Edipo griego, ni con el complejo parental cristiano. Si esto es así, tenemos que comprender que en ningún análisis psicológico podemos dejar de lado la configuración de los modelos, ideales y obstáculos que encontramos en las personas cuya cultura pertenece al occidente cristiano, que ya tiene casi dos mil años de existencia y que también debe ser analizada como un mito. Y más aún: pensamos que nuestra cultura, dominada por la voracidad del neoliberalismo impuesto por el poder del capital financiero, y de las armas, tiene su fundamento humano en la subjetividad cristiana. Porque el capitalismo sería impensable si previamente no hubiera existido una concepción religiosa como la cristiana, que produjo la desvalorización tan radical del cuerpo y de las cualidades sensibles humanas, e hizo posible que luego, en el desarrollo de las relaciones sociales y económicas, pudieran cuantificarse todas esas cualidades humanas despreciadas, convirtiéndolas en mercancías. Esta cuantificación infinita, que no reconoce límites, sin otro objetivo que la acumulación y el dominio, reposa sobre la descalificación de todo lo vivo, sensible y placentero del cuerpo humano, para privilegiar el sacrificio que abre la promesa de otro mundo. Sólo por medio de una abstracción metodológica insostenible es posible pensar el triunfo simultáneo en nues-

etros días de estos dos poderes aliados que se deben mutuamente la existencia.

Si el complejo parental cristiano no es el complejo de Edipo griego, ¿qué pasa entre la madre, el padre y el hijo en culturas diferentes? Es la misma figuración que une al padre con la madre y el hijo la que aparece en el judaísmo, pero en el triángulo fundamental del complejo parental judío sólo un término de la trinidad familiar es elevado al absoluto. En este monoteísmo patriarcal, el padre todopoderoso de la infancia es elevado en Jehová como Dios único, pero aún conserva características antropomórficas de su origen: se pasea por el Edén tomando el fresco a la tarde, lo llama a Adán cuando se esconde, etc.

Todo esto que aparece en la figuración del Dios judío, sin embargo deja intangible a la madre y al hijo. La figura de la madre es la de una buena señora que engendra con el marido; éste es el padre del hijo, que a su vez no se considera hijo de Dios sino más bien se sabe nacido de una madre y de un padre mortales. La inmortalidad no existe: fuimos como hombres expulsados del Edén para siempre. Luego, por la figuración que adquiere el padre y por la cultura patriarcal en la que vive, éste aparece ocupando el lugar central, fundamental, en la organización racional de estas criaturas que han nacido judías. Por eso la circuncisión: en el judaísmo lo que se circuncia es una punta excedente del órgano masculino, pero se lo dejan intacto para que funcione. Se circuncia a los ocho días de nacido y las mujeres no tienen que estar presentes. El mensaje no es para el niño, que no sabe lo que le están haciendo, es para las mujeres-madres: «este objeto de tu vientre lo hemos circuncidado para que sepas que no es objeto tuyo: es un hijo que pertenece a la comunidad de los hombres.» El complejo parental judío sería, en un cierto punto, fantástico: ¿cómo alguien se va a figurar que el padre es un Dios? Es una figuración neurótica.

¿Y qué pasa con el triángulo cristiano, que es el que se encuentra en los pacientes que ustedes tienen? Porque aun

la cultura judía actual está atravesada por la fantasmagoría y las imágenes cristianas; las figuras fundamentales que nos rodean son las del cristianismo. Si ustedes analizan el complejo parental cristiano, no pueden hacerlo al modo de Freud: madre, padre, hijo y el enfrentamiento con el padre, porque en esta tríada ha pasado algo diferente. Inmediatamente después del nacimiento, desde la madre y desde la cultura, al hijo se lo incluye en un imaginario delirante para imaginar la relación que lo liga con sus padres reales. La madre tiene que ser imaginada, en tanto venerada y reprimida, como una madre virgen. La madre gestadora, continente, con leche en sus pechos y brazos que acogen amorosamente al niño, la madre que lo aprieta contra su vientre cálido y palpitante, esa madre de pronto es suplantada por la imagen de una madre virgen, que se interpone con la propia, madre frígida que no copuló con ningún hombre, circunscripta a un rostro inane, sin pechos, ni ancas, ni brazos, ni nada. Esta figura de madre desmadrada es la figura helada tras la cual corren millones de personas implorando que los salve. Algunas de ellas, aunque no vayan ni a procesión ni a misa, están presentes en los consultorios de ustedes. ¿Ustedes pueden analizarlas sin comprender que al mismo tiempo está presente en la figuración de estas criaturas –femeninas y masculinas– la figura de una madre virgen?

Pero esto no es nada todavía. Porque a la figuración de la madre virgen sucede la de los otros personajes: ¿qué pasa con el hijo y qué pasa con el padre? José el carpintero, en el relato bíblico, se enamora de María y le sucede lo peor que le puede pasar a un hombre: su novia está embarazada, y sabe que no es obra suya. En el concepto vulgar y realista de la palabra, José debe haber pensado que se había acostado con otro hombre. Es terrible, porque debe repudiarla, pero al mismo tiempo siente que la quiere y no puede hacerlo; la acepta entonces, pero al mismo tiempo no puede soportar que esté preñada. ¿Qué hace José? Lo mismo que hizo Adán en el Edén: se pone a soñar como Dios manda. En el sueño se le aparece el arcángel y le dice «no temas tomar a María como mujer porque es Dios quien

ha concebido en ella». Entonces se despierta contento, todo está resuelto, y se hace cargo de María como mujer propia, y también del hijo que ella tuvo con Dios. La verdad sea dicha.

Pero ¿qué pasa luego con José en la Biblia? Desaparece como personaje. El padre real desaparece y sólo es mencionado dos veces en el Nuevo Testamento. En los fragmentos apócrifos de la Biblia se puede leer la anunciación a María: ruborizada, empieza a preguntar cómo se cumplirá el vaticinio, cómo entrará Dios en su cuerpo. Dios insemina milagrosamente a María y su hijo es el hijo de Dios. A partir de este hecho sagrado todo hijo cristiano que tiene un padre, simultáneamente tiene otro padre. Dos padres: el padre real, con el que cohabitó su madre; pero por otro lado, en lo inconciente, tiene otro Padre (*adoptivo* lo llama San Agustín). Sucede que las madres cristianas, como todas las mujeres, tienen un hijo con dos hombres: en la realidad consciente, con el hombre con que copulan, pero en lo inconciente es con el propio padre con el que tienen el mismo hijo. El arrojó con el que arrullan a las muñecas las niñas cuando disputan con la madre por el mismo hombre, marido en un caso, padre en el otro, anuncia en este juego infantil este resultado que el cristianismo sacraliza y asume como verdadero. Si es así la cosa, podemos pensar que toda madre cristiana en algún lugar inconciente se considera virgen, y así se ofrece como mujer a Dios-Padre, que concibe en su seno al Hijo, que será hijo de Dios, no del padre real, humillado y expulsado. Aparece entonces la extraña figura de ese Dios nuevo, interior y abstracto para el hijo, Dios que la madre le ofrece para que lo llene con sus propias cualidades maternales. Este Dios-Padre, que la madre cristiana le anuncia al hijo, ¿es el mismo Dios que el padre judío le anuncia al hijo? El padre real judío venera la existencia de ese Dios que prolonga su figura. En el cristianismo, es la madre la que le ofrece su propio padre como Dios al hijo, no la prolongación exaltada de su marido.

Sacamos una conclusión que tiene que ver con el corte brutal que establece el cristianismo en esto que llamamos

complejo parental cristiano. En realidad, el que oficia como Dios-Padre interno, como padre abstracto, ese padre que se resume en las condiciones de omnipresencia, de omnisciencia, etc., que la teología enuncia con conceptos, en la realidad está construido con los contenidos de la madre, porque, como hemos visto, pertenecen al padre de ella. Es el padre de la madre el que ocupa el lugar de la divinidad. El padre no es el padre real, sino un Padre absolutizado, la madre en tanto Virgen es una Madre absolutizada y el Hijo también, identificado con Cristo, se vive a sí mismo como absoluto y eterno. Y como es el Hijo Eterno de Dios, puede ir al muere para recuperar su sitio en el cielo.

Esta configuración, en la que los tres términos se vuelven locos, no puede ser excluida del análisis psicoanalítico de un miembro de una familia occidental cristiana. No es posible seguir guiándose únicamente por el Edipo griego desarrollado por Freud, porque se dejan de lado los límites subjetivos que esta cultura cristiana ha impuesto, con su imaginario, al desarrollo de las relaciones sociales.

No por nada la virgen María está en los cuarteles como virgen patrona de los militares, y por otro lado las madres que no son vírgenes, las madres acogedoras, las madres capaces de gestar y dar vida nuevamente a los hijos asesinados por rebeldes, las Madres de Plaza de Mayo, que con la valentía de sus cuerpos vivos y sensibles enfrentaron la amenaza de muerte, refutan la figura materna del cristianismo.

Daniel Waisbrot

La cámara se acerca lentamente a la cara de Jimena. Toma detalladamente sus gestos nerviosos, sus ojos pasando rápidamente de un lado al otro, la boca temblorosa. Muestra con precisión cinematográfica, los efectos patéticos de la intrusión de los gritos de su madre en el interior de su mente. Jimena ha insultado a su madre y el castigo es el destierro, la expulsión de la casa materna. Camina torpe-

mente por algún lugar y llega tarde a su sesión de grupo. Sus compañeros hablan de la infidelidad y Jimena habla de su expulsión. El grupo pregunta, el analista inquiere: «¿...estás queriendo decir que uno puede serle infiel a su madre?»

La increíble Buenos Aires nos sorprende con un excelente producto televisivo que –más allá de lo que nos guste o nos disguste respecto a su pertinencia con el campo del psicoanálisis vincular– reúne cada martes a un millón y medio de personas más o menos *vulnerables*.²

Ahora bien, ¿cómo se llega esta escena? La madre de Jimena le venía planteando que ya era hora de que tuviera un novio. «Dejame que te ayude a dar con ese hombre que te quiera bien», le dice, «yo sé». Jimena habla con una amiga del grupo. La madre la nombra «ésa». «Ésa llamó otra vez, no querés atenderla, no?». Jimena atiende, van a ir a comer. «Que venga acá», dice la madre. «No entiendo por qué te empeñas en no traer gente a tu casa. Tu relación con esa chica me descoloca, son carne y uña, ya te llamó dos veces».

Como se imaginarán, la madre ataca su psicoterapia de grupo: «El psicoanálisis es peligroso, es un arma de doble filo, vos ventilás tus intimidades con quién... ¿con quién, Jimena?». Jimena se angustia, se vuelve a hacer pis en la calle. No es una niña, podríamos suponerle veintitantes años, quizás treinta. «Ya no sé en quién confiar», dice en sesión, «si en usted, si en mi mamá, ya no puedo confiar en mi mamá, me da miedo mi mamá, me quiere dominar, no es buena mi mamá».

Jimena, muy angustiada, vuelve a su casa. La tensión entre familia y tratamiento se acrecienta. «Tengo los ner-

² Se trata de un programa de televisión que se llama «Vulnerables», emitido por el Canal 13 y cuya historia narra las vicisitudes de los personajes que participan de una terapia de grupo.

vios destrozados de estar esperándote», dice la madre. «Pero si yo vine a la misma hora de siempre», se disculpa Jimena. «Pero hoy es un día especial, hoy venís de la terapia, y yo estuve rezándole a la virgen todo el día para que te animes, ¿te animaste?». «¿A qué mamá? Te juro que no sé...». «No te hagas la tonta», grita la madre, «y no jures en vano, tenés que dejar de ir a ese loquero, tenés que dejar de ir...», sigue gritando la madre. La cara de Jimena se descompone. «Callate, hija de puta.»

La tensión se observaba nuevamente en los ojos de Jimena, en su boca, en su musculatura. Inmediatamente recula. Sabe que ha pasado un límite. La madre no lo puede tolerar. Se disculpa, pide perdón, se arroja a sus pies mientras la madre llora. Se aproxima el exilio.

En la sesión dice: «No puedo reemplazar a mamá. Cuando ella me hace el vacío, vengo acá y siento como que le soy infiel a mi mamá, es horrible serle infiel a la persona que una más ama en el mundo.»

Una última escena para pensar la viñeta. Madre e hija en la mañana en la casa, hablando. La madre dice: «Te veo tan grande, pienso que un ciclo ha terminado, tengo que dejarte volar, pero para eso me tengo que desaparecer para siempre. No sé cómo hacer para olvidarme de tanto dolor. Desde que me insultaste no puedo evitar que aparezcan imágenes del pasado que creí olvidadas, estoy demolida, no lo puedo tolerar, no sé cómo hacer para olvidarme de tanto dolor...»

Una vez más, Jimena se infantiliza. Es el modo de empatizar con esta madre tan dolida: «Mami, vamos a dar ese paseíto que querías, ¿dale?»

Freud y la cuestión de los ideales

Sabemos que Freud ha utilizado los conceptos de ideal del yo y yo ideal mucho antes de que la idea de superyó abrochara conceptualmente. Y aun luego, siguió utilizando

los términos de manera poco precisa, no produciendo una nítida separación conceptual en ningún momento de la obra. Poco a poco, en el devenir del psicoanálisis, fueron discriminándose los conceptos para dar cuenta de una densidad que subyacía en esos puntos de inconsistencia. Me parece enriquecedor sostener la tensión entre los términos.

Entiendo que la producción de subjetividad supone que hayan ocurrido dos cuestiones esenciales:

– Un viraje desde la posición *«His Majesty the Baby»*, viraje que supone duclar el narcisismo de la infancia para acceder a la singularidad –pasaje de Narciso a Edipo, «del 2 al 3»–, posición que instaura una brecha entre el yo ideal y el ideal del yo, brecha que permite el pasaje de lo absoluto a lo posible. De cómo los ideales familiares se organicen con relación a esta alternancia, se inaugurarán caminos tendientes a la producción de Diferencia, o a la producción de Lo Mismo. Sabemos que la renuncia al yo ideal, nunca es absoluta. *«His majesty the baby»* es, en definitiva, un enunciado identificatorio familiar. El ideal del yo vendrá siempre a repetir una promesa de realización de aquello que alguna vez el yo creyó ser, pero a condición de no poder realizarlo, de sostener la ilusión de un tiempo futuro donde ello será posible. «Así, –sostiene E. Galende–, mientras el ideal del yo introducirá una dialéctica de vida, de unión con el otro, de constitución de vínculos de amor en la idealización que promueve, el yo ideal deberá ser neutralizado siempre en su potencialidad regresiva de anular el tiempo y el deseo, precipitando al sujeto en la locura y en la muerte» (E. Galende, 1992).

Ahora bien; si este viraje se ha producido, dará lugar a la segunda cuestión esencial:

– Un final para la aventura edípica, que deje una impronta en el interior del yo. Así, como resultado del atravesamiento por el complejo, y de las fuerzas en conflicto, surgirá el superyó y, por lo tanto, será necesaria su articulación con el ideal del yo.

Es entonces una doble herencia, un «doble destino subjetivador» (Galende, 1992). Por un lado, el ideal del yo incluirá el anhelo de realización de aquellos deseos incumplidos de los padres (más tarde volveré sobre esta cuestión), en una dimensión eminentemente simbólica.

Se trata de la diferencia, de esa brecha a la que me referí antes, brecha que instaura la perspectiva de un tiempo futuro –investidura del proyecto–, como tiempo de realización de los ideales. Tiempo que caracteriza la vida, temporalidad que incluye al sujeto en la dimensión histórica de su propio devenir entre la posición majestuosa de su narcisismo infantil y aquel tiempo de lo aún por hacer.

Por otro lado, el superyó, fundamentalismo reactivo frente a la organización desiderativa, cobrará un carácter eminentemente coercitivo.

Aquello que tiene que ver con el ideal del yo, como un modelo al cual el yo tiende y desde el cual mide su valor, tiene un origen en el narcisismo. Recupera las cuestiones más ligadas a identificaciones con los padres como modelos y no como figuras interdictoras, o coercitivas, punto central que define la función del superyó como heredero del complejo de Edipo.

Ideales y transmisión

Si el conjunto ha podido organizar un sistema de ideales que soporten la alternancia entre el yo ideal y el ideal del yo sin que sus emblemas identificatorios se postulen como mandatos superyoicos cuya única alternativa sea su cumplimiento «a como dé lugar», se habrá instalado algún ordenamiento de la diferencia que permita procesar la alteridad del otro. No importa tanto, en este sentido –y eso define la posición abstinente del analista–, de qué contenidos se trate, sino de la mayor o menor tendencia a su absolutización (S. Gomel, 1991).

Surge como interrogante el problema de cómo se opera la transmisión de esos contenidos de una generación a otra. Una de las hipótesis más fuertes del pensamiento freudiano en esta dirección, es que el narcisismo del niño se apuntala en aquello que falta en la realización de sus padres.

«“*His majesty the Baby*”, como una vez nos creímos. *Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres*» (Freud, 1914).

Pareciera que lo que se transmite, se organiza entonces a partir de lo negativo, y no sólo a partir de lo que falta y falla, sino también de aquello que es ausencia de inscripción y de representación (Kaës, 1996).

La fuerza del planteo freudiano adquiere contundencia. Escuchemos: «*Nos es lícito suponer que ninguna generación es capaz de ocultar a la que le sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad. El psicoanálisis nos ha enseñado, en efecto, que cada hombre posee en su actividad mental inconsciente un aparato que le permite interpretar las reacciones de otros hombres, vale decir, enderezar las desfiguraciones que el otro ha emprendido en la expresión de sus mociones de sentimiento*» (Freud, 1913). (Las negritas son mías).

De manera que nada (**nada**) podrá ser abolido sin que vuelva aemerger aunque en forma enigmática en alguna generación posterior. Esto llevó a algunos autores a hablar de una «pulsión a transmitir» como un empuje pulsional. (Gomel, S., 1996)

Pero además, como señala Kaës, Freud nos habla de un «aparato de interpretar», formulación interesante en tanto abre a los procesos de singularización, de metabolización por parte de cada sujeto, de esos contenidos transmitidos. Allí se hacen fuertes las palabras del poeta, y así, Freud evoca a Goethe: «*Lo que has heredado de tus padres, adquiérelo para poseerlo*».

De esta forma, Freud va tejiendo una trama entre historia y singularidad. Supone al sujeto inmerso en una red inter- y transsubjetiva como punto de anclaje, como legado que perfila límites a su devenir. Pero al mismo tiempo, dota a ese sujeto de un «aparato de interpretar» que abre su vida a la dimensión singular.

Rehusarse a inscribir al sujeto en una historia que lo antecede y lo significa, a partir de una sombra hablada proyectada sobre su psique, supondría sostener una fantasía de autoengendramiento y singularidad sin fin, sin tope, sin límite.

Al anudar la cuestión de la transmisión, Freud propone pensar al sujeto de una herencia, y a partir de allí, de las diferencias que introduce en aquello que recibe como legado.³

Y quiero reiterar la fuerza que Freud le da, en esta transmisión, a los procesos de metabolización por parte de cada sujeto. Se trata de insistir en que lo heredado no se recibe en forma pasiva, sino que es preciso adquirir para poseer, se necesita de ciertos envíos de la vida individual que den presencia y sentido a lo transmitido.

En un trabajo anterior (Waisbrot, Sztein y otros, 1995), tomamos como viñeta al teniente Taylor, personaje de la película «Forrest Gump». El había ido a morir en una guerra, porque así lo marcaba su cadena transgeneracional. Forrest lo salva, y no le permite cumplir con su «destino». Cuando el teniente se queja amargamente frente a su salva-

³ La cuestión de la transmisión bascula en Freud, a lo largo de toda su obra, entre una **transmisión filogenética** y una **transmisión simbólica**. (Si me detengo en esta última es porque me parece más fértil para lo que quiero plantear, pero no desconozco la ilusión freudiana de un fundamento filogenético, perspectiva que de todos modos muestra el intento de hacer entrar la historia por algún lado).

dor, le dice: «Todos los Taylor mueren en una guerra y yo he venido a morir en ésta. Entonces, ¿por qué me has salvado?» Como su padre, como su abuelo, fue a morir, no a luchar. Y seguramente lo hubiera conseguido, de no mediar un idiota que con, un acto, permitió comenzar un proceso elaborativo, una catarsis simbolizante en nuestro héroe, que finalmente quedó con vida.

Y fue acaso esa posibilidad de comenzar a poner palabra en la cadena de repetición lo que le permitió lanzar un proceso de desidentificación del *telescopaje* generacional (Faimberg, 1985) y hacer su historia, que es, justamente, hacer diferencia en la cadena de repetición.

Para pensar la viñeta

Pienso lo transubjetivo como pivoteando alrededor de dos ejes centrales:

1. *El conjunto contemporáneo*: no cabe duda de que cada época, y aun cada geografía, marcará una serie, una cadena de ideales que le es propia y que atraviesa el conjunto humano.

2. *La cadena generacional*, a su vez posible de descomponerse en otros dos ejes: **el eje familiar**, con su legado de tradiciones, ideales e identificaciones constitutivas del superyó, y **el eje cultural**, ligado a los modos de articulación de las familias de origen con la cultura epocal, y por lo tanto, con las tradiciones, ideales e identificaciones constitutivas del superyó de la cultura.

Se trata de indagar en los puntos de anudamiento del sujeto con los conjuntos en los que se funda, que lo contienen, lo sostienen, pero que le demandarán a cambio reciprocidades por semejante apuntalamiento.

La conceptualización de Piera Aulagnier acerca del «contrato narcisista», los aportes de R. Kaës en torno a la diferenciación entre «contrato» y «pacto», conjuntamente con

la descripción del «pacto denegativo», son puntos obligados de detención para analizar estas cuestiones.

Vale la pena conservar la tensión entre los términos «pacto» y «contrato». R. Kaës plantea el «contrato» como una querella y su resolución a través de un tercero que se convierte en garante para ambas partes contratantes. Por ejemplo, en relación al «contrato narcisista», es la madre la que oficia de garante en nombre del conjunto del que es portavoz. Y es justamente esa garantía la que hace funcionar el contrato, originando así una deuda narcisista y simbólica.

En oposición al «contrato», el «pacto» no implicaría la resolución de un conflicto, sino su congelamiento, a la manera de «...una paz impuesta; el pacto contiene y transmite violencia.» (Kaës, R.; 1995)

Propone diferenciar así, el «contrato narcisista» tal como lo conceptualizara P. Aulagnier (1977), del «pacto narcisista», en lo que considero un aporte sumamente interesante. De esta forma, lo que en la transmisión de las investiduras narcisistas es inmutable, resultado violento de esa «paz impuesta», sería del orden del «pacto». Se trata de aquellos conjuntos donde todo lo que tenga que ver con una separación, con una distancia respecto de los ideales, es sentido como peligroso en tanto pone en riesgo la continuidad de ese grupo, por tanto, los sujetos que amenazan con romper ese equilibrio, esa continuidad, son acusados de traidores.

El «contrato narcisista», en cambio, es la condición para que el narcisismo invista a los que ingresan al conjunto a cambio de que ellos garanticen su continuidad.

Desde una perspectiva vincular en psicoanálisis, entiendo que los ideales de una generación pueden situarse, para el sujeto o para los nuevos conjuntos que advienen (nuevas parejas, nuevas familias), ya como motor, ya como obstáculo, de acuerdo a cómo el conjunto se posicione con relación a la alteridad y a la diferencia.

Como motor, si el conjunto permite un trabajo de procesamiento de las diferencias, reconocimiento de la alteridad del otro, permitiendo que ese trabajo pueda producir la posibilidad de novedad.

Como obstáculo, en cambio, si de lo que se trata es de un trabajo de demolición de la diferencia, conducente a estados de alienación, dando lugar a la producción de Lo Mismo, producción de igualdad.

Al respecto, dice Badiou: «...en la situación (llamémosla: el mundo) hay diferencias. Se puede incluso sostener que sólo hay eso»... «Sólo se puede trascender las diferencias si la benevolencia con relación a las costumbres y las opiniones se presenta como una indiferencia tolerante con las diferencias.» (Badiou A. 1999)

Hay una escena patética, mientras Jimena habla con su amiga. «Esa» le plantea sus dificultades con el novio. Jimena le habla, pero con su voz transformada; no son sólo palabras, sino la voz de la madre, diciendo: «Los hombres son cagones, voz sos fuerte, como yo. No los necesitamos, pero bueno, permitítelos, conocé a alguien que te quiera bien, tené tu independencia, porque vos sos una mujer».

No hay, para Jimena, modo de instalar una brecha entre esta madre y ella. Allí, la madre no aparece como un modelo, formando parte de los ideales del yo de Jimena. Ella es la madre. La alienación y el colapso subjetivo aparecen en toda su dimensión.

El análisis irremediablemente va a caer a ese lugar. La vincularidad del grupo obliga a Jimena a una encrucijada: para dar cuenta de su pertenencia al conjunto, deberá invertir ciertos emblemas identificatorios que no se corresponden con el discurso del Único Otro. Ello supone un viraje en su problemática identificatoria y en su economía libidinal, cuya realización está siendo siempre amenazada por una madre que no puede escuchar algo diferente a aquello que fue del orden de su propia transmisión.

Jimena queda abolida en un vínculo que no tolera su propio recorte subjetivo. Lo sacrifica en función de sostener escindido algo de la historia de su madre que aún no se hace saber.

Jimena no puede Ser porque escucha en su madre que su crecimiento es una amenaza para ella, que, para dejarla volar, deberá desaparecer para siempre. Es su propia subjetividad –la de la madre– la que está anclada en la permanencia eternamente infantil de esa hija que, orinándose por la calle, testimonia su firma al pacto: y digo «pacto» y no «contrato», por la violencia que contiene y que transmite.

Pero el tiempo pasa, y ese mismo síntoma, testimonio de una alienación extrema, se transforma en un aliado de la separación. Ciertos anclajes culturales no permiten sostener este síntoma sin dolor para esta hija y esta madre. No están tan locas como para desmentir que a partir de cierta altura de la vida, las prácticas urinarias requieren de cierta segregación del conjunto, y que dicha segregación es una *ley* incluida en el contrato narcisista. Su no cumplimiento delata, a la vez que encubre, un sentido que habrá que descifrar. Jimena consulta, y desde allí, la posibilidad de novedad se instala.

Creo que muchas veces ciertos mandatos superyoicos disfrazados de ideales obturan la libre elección. Quizás podríamos aventurar que el teniente Taylor tuvo la posibilidad de poner una palabra para que algo del superyó apuntalado en la cadena generacional fuera adquiriendo un sentido en su propia vida. Para ello, el azar acontecimental vino a poner un salvador en su camino, que cambió todo.

Quizás sea ese lugar, el de un análisis de grupo, el que otorgue a Jimena –y a su madre–, la posibilidad de reinaugurar la dialéctica suspendida entre alienación y separación. Quizás allí, la diferencia, la alteridad, pueda advenir.

DISCUSIÓN

Comentario: Habría que pensar el Edipo cristiano con relación al surgimiento de la familia en la modernidad. El dogma de la virgen data del siglo XIII, es decir, que antes no era virgen o no era ése el problema. Aparece justamente cuando, paradójicamente, la Iglesia intenta dignificar la figura femenina con que los hombres se iban a las cruzadas, y no volvían. Esa es una de las causas. La otra causa es que se rompen los sistemas de parentesco tradicionales de las culturas europeas que, según Lévi-Strauss, pertenecen al tipo de intercambio generalizado, o sea grandes ciclos de intercambio. Como llega un momento en que esto se desconoce, no se sabe con quién hay que casarse, entonces, se instaura al mismo tiempo el sacramento del matrimonio y la virginidad de María. Me parece interesante, porque esto sitúa el lugar de la familia como núcleo naturalizado. Uno podría preguntarse esta interesante cuestión, que yo coincido totalmente en plantear como multiplicidad de edipos, porque otros edipos hubieran existido si tomáramos mitos de las culturas americanas. Justamente se instaura en este lugar de familia como institución naturalizada, como institución que evolucionó hasta el grado máximo en el cual concuerda con la naturaleza humana, lo cual me parece sumamente peligroso por los efectos que uno ve en la actualidad.

Comentario: León Rozitchner habla de la unicidad como problema. Me parece que eso refiere a la diversidad o no de los ideales posibles en juego o aceptados por un colectivo. Daniel Waisbrot también toma esta cuestión de la unicidad, pero con el acento puesto en la relación con el ideal: dado un ideal, cuál sería la relación de los sujetos con ese ideal. Me parece que son complementarias las perspectivas, por apuntar, una a la multiplicidad de ideales, y otra, dado uno o varios ideales, al vínculo con ellos. El hecho de que haya una variedad de ideales influye también en la posible relación, más absoluta o más relativa con el ideal.

LR: Yo no querría que se disolviera la diferencia. En el caso de Daniel me extrañaba que no apareciera allí la figu-

ra del padre, absolutamente excluida. Esa madre fue producto de la pareja, de una relación con un hombre, con el cual tuvo que cohabitar. Esta complicidad que la hija tiene con la madre, está dada, evidentemente, porque se constituyó una familia muy particular, donde el desprecio por el hombre debe de haber sido soberano y no corresponde a una idea de la madre, sino al hecho de que la madre es cristiana, y por lo tanto está sustentando una determinada concepción. Esta cuestión de la niña que se orina en la calle, no sé si puede ser resuelta por un análisis de grupo donde estos elementos, que constituyen el ámbito, el marco de la cultura, no aparezcan. Lo que habría que plantear no es el hecho de que haya una unidad acá o allá, y sólo hay unidades, sino que hay un desarrollo histórico posible de la integración humana en una relación de equivalencia entre los hombres, de reconocimiento, que me parece que es el valor fundamental que tendría que regular una comprensión de la historia. En ese sentido, pienso en cómo se fue abriendo en la época de la tragedia de Edipo una concepción de la historia diferente, que si bien no liquidaba el problema de los esclavos ni resolvía el problema de las mujeres, de alguna manera había creado por primera vez un ámbito democrático, aunque sea sólo para los ciudadanos. Y está el judaísmo, con un Dios que es el Dios de un pueblo, y un pueblo que quiere liberarse. No plantea la exclusión de lo femenino pero le teme y lo domina como impuro. En el judaísmo la figura de la mujer es muy temible y tiene que ser controlada. En sus menstruaciones pueden aparecer cosas terribles: los rabinos leen ahí la aparición de bichos, pájaros, culebras. De la mujer salen cosas muy extrañas y temibles. Estas culturas donde la figura de la mujer espanta al mismo tiempo que deslumbra –como era también en la Grecia antigua: los monstruos femeninos, la Gorgona, etc.–, yo creo que este aspecto de lo materno responde a una lucha que tiene que ver con el pasaje del matriarcado al patriarcado. El hecho es que vivimos en una sociedad patriarcal, donde la mujer ha sido incluida en el campo de la racionalidad masculina, que es la única productora de significaciones verdaderas. Yo creo que en nuestra cultura está presente como debate último, que en algún

momento tiene que plantearse, el dominio del patriarcalismo. Es el que con su racionalidad y su imaginario excluye lo femenino, excluye al cuerpo de la mujer como dador de sentido, y sólo la concibe como lugar donde su naturaleza incuba un hijo que, en tanto espiritual, es producto de la espiritualidad del hombre. Mientras se mantenga esto, yo creo que la racionalidad occidental, llamada también iluminista, cartesiana, es una racionalidad desmadrada, que ha cortado radicalmente las amarras con lo sensible cualitativo y, por lo tanto, con el cuerpo materno. Si aparece en la cultura y en la ciencia una razón pura, es precisamente porque el cuerpo de la madre ha sido excluido. Yo pienso que el gran debate actual –y en el análisis sobre todo–, pasa por incluir esta figura de lo materno que ha hecho que lo horrible de la presencia masculina, del «macho–macho», el macho sin pizca de femenino, sin corazón sensible, sea el que predomina en el poder político-económico y en las fuerzas represivas.

Fíjense en la operación del cristianismo, es fundamental: el judío circuncida el pene a los niños para decir: «con esta mujer que es tu madre no, pero con todas aquellas que queden excluidas por el parentesco, sí». Con San Pablo, el cristianismo viene en cambio a circuncidar el corazón. San Pablo dice: «la mujer no, la mujer es lo despreciable, no hay que unirse a ella». Lo que se trata de circuncidar es la víscera materna, donde reside en el hombre lo más sensible y afectivo: la impronta de su madre. Ese es el sentido que trae el cristianismo, con su lectura en la que la madre es aparentemente venerada –en tanto madre pura–, que establece un corte fundamental en el hombre: por una parte, una madre que aparece como refugio clandestino, por otra parte, la madre es convertida en institución sagrada como Iglesia. No por nada la Iglesia, que suprimió lo materno fundamental del hombre, pero que lo hace permanecer en lo clandestino como último recurso, se ha convertido en el cuerpo de piedra, en el cuerpo de hierro, en el cuerpo institucional, burocrático, de la madre misma. La Iglesia es el cuerpo místico de la madre. Y no sólo es el cuerpo místico de la madre y asume la figura femenina en su

corporación regenteada sólo por hombres de sotana, sino que al mismo tiempo es la esposa de Cristo. Este jugar con ciertas figuraciones familiaristas que tienen que ver con el género y con la producción de hijos me parece fundamental en el ocultamiento de lo materno. El cristianismo constituye el último sistema, la última técnica de dominación sobre los hombres. Por eso se ha constituido en religión de Estado cuando el Imperio Romano tuvo necesidad de acudir a algo que contuviera el desborde de las masas.

Comentario: Es con respecto a la dificultad para trabajar el vector de lo histórico como productor de distintos valores orientados a ciertas prácticas sociales, y lo que planteaba León al hacer el contrapunto judaísmo y cristianismo. Coincido con la aplicación que vos hacés a la producción de subjetividad y a la necesidad de que nosotros conozcamos esto cuando operamos –familia, crianza, sistema ideológico del paciente–, pero me parece difícil, porque creo que habría que pensar estas grandes religiones, sistemas ideológicos, dispositivos, etc., también como producto histórico. Porque si no, judaísmo y cristianismo quedan como grandes sistemas ideológicos desgajados de un dispositivo social que los produjo. Apunto a que, de lo contrario, volvemos a la vieja manera de pensar –de hace unos 20 ó 30 años–, según la cual los sistemas ideológicos producen, pero no son producidos. Me parece que hay algo que produjo este sistema. Recién se planteaba algo interesante, que coincide con el auge del cristianismo: la necesidad de la virginidad de la virgen en el momento en que se funda una institución como el matrimonio, que se instituye como sacramento, tiene que ver con una urgencia social que estructuró de tal manera. Hoy en día, lo que modela no sólo es el cristianismo o el judaísmo, sino la caída de esos mismos sistemas de creencias e ideologías. También tenemos que trabajar qué urgencia estará trabajando hoy para armar qué sistemas de creencias, que es lo que me parece que resulta difícil de trabajar: en este presente, ¿qué se está produciendo? Me gusta la idea de lo histórico siempre que rescatamos que estos grandes sistemas de creencias son productos sociales también, que no sólo producen dispositi-

tivos familiares y subjetivos, sino que también han sido producidos por algún orden social, económico o cultural.

Comentario: Plantear pensar en términos de sobredeterminación. Lo que hizo Freud frente a los sueños, cuando no encontró las causas. Freud acudió a este concepto, que es una categoría muy interesante para pensar la emergencia de lo histórico, o de cualquier sistema: está sobredeterminado, no sabemos las causas, no las podemos saber, porque el entrecruzamiento es tal que es imposible saberlo. Pero por supuesto, situarlo por fuera sería no pensar en términos de cuál es el origen del valor, que es justamente lo que propone Nietzsche: deconstruir una historia que fue construida de determinada manera para poder construir otra; determinar qué fue excluido –como dice Foucault– cuando esto aparece como sobrecodificado o sobredeterminado. Esta es la historia del occidente mismo: el occidente reniega que el origen es histórico, pues le interesa pensarse a sí mismo como origen trascendente. Lo mismo pasa con el judaísmo, al menos en la reinterpretación que hace el cristianismo, porque es más compleja la cuestión del judaísmo en tanto permanentemente trata de trabajar versiones, mientras que en el cristianismo la versión del mito es única, y es en esta unicidad donde deberíamos situar el problema fundamental. Por eso me parece que constituye distintas experiencias de producción subjetiva pensar en un ideal o pensar en la multiplicidad, porque seguramente la madre de Jimena no hubiera podido existir igual en otra cultura con otra configuración subjetiva donde lo múltiple está presente.

**Secuestro, conflicto de
pertenencia y espacio
terapéutico:
un cuestionamiento al ideal
de la práctica clínica ***

Myriam Alarcón de Soler **

(*) Ampliación del trabajo presentado en la XV Jornada Anual de la AAPPG, 1999.

Este trabajo ha sido elaborado a partir de las reflexiones del grupo de estudio en Configuraciones Vinculares dirigido por la Licenciada Myriam Alarcón de Soler. Las integrantes de este grupo fueron las Licenciadas: Adelaida Bravo, María del Socorro González de Navas, Elsa Mantilla de Mejía, Carolina Tejada, Ligia Gallego de Posada, Maggi Gutiérrez de Salamanca, Constanza Ramírez y Martha Lucía Aristizabal.

(**) Psicóloga, Miembro Titular y Corresponsal de la Revista de la AAPPG.

Cra. 5 No. 92A-61, Bogotá, Colombia.

Tels: (571)2569772 E-mail: gsoler@latino.net.co

*«Primero se llevaron a los negros, pero a mí no me importó porque yo no lo era.
Enseguida se llevaron a los judíos, pero a mí no me importó, por que yo tampoco lo era.
Después detuvieron a los curas, pero como yo no soy religioso, tampoco me importó.
Luego apresaron unos comunistas, pero como yo no soy comunista, tampoco me importó.
Ahora me llevan a mí, pero ya es tarde.»*

Atribuido a Bertold Brecht

1. El secuestro, una forma de violencia social

La violencia social toma múltiples facetas, en distintos lugares, con distintas poblaciones. El secuestro es un hecho, punto de inicio para reflexionar sobre la función del terapeuta, sobre el impacto que ciertas circunstancias tienen en la clínica y para formular la pregunta, siempre viva: ¿cómo rescatar nuestra capacidad de pensar y nuestra capacidad interpretativa, cuando somos convocados desde lo urgente?

Así mismo, el secuestro y sus características azarosas inciden en el sentimiento de pertenencia social del sujeto; sus efectos se observan en la ruptura del contrato narcisista y en la dificultad de proyectar la vida por la incertidumbre generada.

El secuestro como forma de violencia social dentro del contexto colombiano, afecta no sólo a los secuestrados, a sus familias, a los negociadores y a aquellos que directamente están involucrados en esta temática, sino que nos ataña a todos.

Surge en los últimos tiempos una necesidad de huir de un país del que nos sentimos desplazados,¹ en búsqueda de

¹ En los últimos tiempos esta palabra toma una connotación parti-

un lugar más continente, lugares que se imaginan como más seguros.

No pretendemos hacer un análisis de aquellos que han sido víctimas directas del secuestro. Nuestro grupo de estudio se abocó a esta problemática en la medida en que empezó a emerger en la práctica clínica dentro de la vida de los pacientes y en la de cada uno de nosotros como temática ineludible.

Proponemos una reflexión psicoanalítica desde la perspectiva vincular² acerca del secuestro como una forma de violencia social, su impacto sobre la pertenencia del individuo a su contexto social y específicamente sobre los

cular, por referirse a todos aquellos campesinos que han tenido que huir de sus tierras por la guerra, y que se han refugiado en las márgenes de las grandes ciudades. Existe también otro tipo de «desplazados», quienes han viajado a otros países, especialmente Estados Unidos, expulsados por la situación. Otros colombianos, aunque experimentan esta situación, no tienen para dónde huir.

² El enfoque estructural de las relaciones vinculares, propuesto por Isidoro Berenstein y Janine Puget, habla de tres espacios psíquicos, donde se inscribe el sujeto. Un espacio **intrasubjetivo**, uno **intersubjetivo** que da cuenta del mundo interpersonal y uno **transsubjetivo** que da cuenta de las relaciones del yo con el mundo circundante o macrocontexto. El espacio transsubjetivo se relaciona entre otras cosas con el sentimiento de **pertenencia social** del sujeto. «El sentimiento de pertenencia se basa en la necesidad de estar incluido en un vínculo que opera como sostén frente a la vivencia de inermidad e indefensión del individuo»... Agrega Janine Puget en su artículo *En búsqueda de un reconocedor privilegiado* (1993): «La inserción social es impuesta e incluye al individuo en una historia que lo precede y lo postcede. Tiene una cualidad inconsciente y transforma al sujeto en transmisor y actor de una organización social, en la cual es sujeto activo y objeto pasivo a la vez.» Es así como existe un entorno que nos determina y donde al mismo tiempo somos actores: responsabilidad social ineludible. **Se puede optar cómo pertenecer, pero no se puede negar la pertenencia.** Se puede optar por dejar un país, pero aún así llevamos la marca de nuestro nacimiento.

modelos existentes en nuestra práctica clínica como psicoanalistas de los vínculos.

2. El secuestro: algunos elementos descriptivos

La palabra secuestro proviene del vocablo latino «*se-questrare*». Con él se hace referencia al acto de tomar ilegalmente a una persona para la consecución de un objetivo personal o grupal, económico y/o político. Como fenómeno social no es nuevo, a él se podría referir la esclavitud, el plagio y las desapariciones forzadas entre otros.

De acuerdo a la legislación penal colombiana³, éste se clasifica de acuerdo a su objetivo, sus autores y circunstancias:

- Simple («caso de arrebatar, sustraer, retener u ocultar a una persona, con fines diferentes a la exigencia de un rescate». Por ejemplo, custodia de un niño).
- Extorsivo («con el propósito de exigir por su libertad, algo en provecho, alguna utilidad, que se haga u omita algo, con fines publicitarios o políticos»). De acuerdo al tipo de exigencia puede ser económico o político.
- Según sus autores y de acuerdo a estadísticas, se clasifica en delincuencia organizada, subversión (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC, Ejército de Liberación Nacional ELN y Ejército Popular de Liberación EPL), paramilitares (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá UCCU, Autodefensas Unidas de Colombia AUC) y otros.
- De acuerdo a las circunstancias puede ser «*individual*» o «*colectivo*» (rehenes).

Con el secuestro se vulnera el repertorio de derechos fundamentales: «derecho a la libertad, amenaza el derecho a la vida, a la dignidad, a la propiedad, al trabajo, a un

³ Vaca P., *El Secuestro* Laberinto-sun.com.

medio ambiente sano, a la libertad de locomoción, a la libertad de expresión, al libre desarrollo de la personalidad, a la intimidad, etc.»⁴

En los últimos años, específicamente desde 1989 y a pesar de la creación del Estatuto anti-secuestro de 1992, que propone el aumento de la penalización para dicho delito, éste se ha incrementado considerablemente, mostrando que las leyes en sí mismas no constituyen límites reales que transformen una dinámica social marcada por la violencia.

En 1998 se registraron aproximadamente 2.616 secuestros,⁵ constituyéndose en una modalidad económica no sólo por los cuantiosos rescates, sino también por las empresas de seguridad legales e ilegales nacidas para prevenirlo. En 1999 surgen modalidades de secuestros masivos dirigidos a la población civil.⁶

El secuestro se constituye en indicador de una guerra no declarada, sumatoria del cúmulo de factores de una crisis socio-económica y política. Es así como en la delincuencia común prima el interés económico y en los grupos alzados en armas la financiación de la guerra.

⁴ Aristizabal M. L., «Asistencia psicológica a las víctimas del secuestro», *Revista Nova y Vetera. Boletín del Instituto de Derechos Humanos Guillermo Cano*. No. 33. Nov-Enero/99.

⁵ Datos del Centro de Investigaciones Criminológicas de la Policía Nacional, sistematizados por CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular).

⁶ Estos secuestros masivos se han denominado popularmente como «pescas milagrosas» (en una carretera, secuestrar al azar a un grupo de personas y luego investigar para determinar la exigencia económica y/o política); eventos tales como el secuestro de un vuelo comercial nacional en abril de 1999 o de los feligreses de una parroquia de la ciudad de Cali en medio de la celebración de la eucaristía un día domingo del mes de mayo.

3. Un caso clínico

Consulta una pareja: Juan de 58 años, comerciante y Marta de 45, ama de casa. Vienen, dice ella «*porque lo quiere pero ya no lo ama y desea separarse*». Juan dice que «*todo esto ha sido muy difícil: simultáneamente a la crisis con Marta, él ha tenido que enfrentar el secuestro del hijo mayor, de una unión anterior. Ocurrió hace cinco meses. Se siente destrozado, no duerme, vive en una incertidumbre total. Hace cuatro meses pagó una suma considerable, que fue declarada por la guerrilla como una cuota inicial. Ahora está negociando para que se lo entreguen pronto. No sabe cómo está su hijo, al parecer, problemas previos de salud se han acentuado.*»

Se precipitan los acontecimientos. Marta le dice al marido que está confundida, que «*hay alguien más, que necesita tiempo*». La terapeuta experimenta dificultad para abordar un material tan penoso, desde lo intra-, inter- y transubjetivo.

Después de la tormenta viene la calma. Ella acepta posponer la separación hasta que el secuestro se resuelva, hasta que vuelva el hijo del exterior, hasta que el otro hijo termine el año escolar. ¿**Tiempo** para qué... en un material teñido por la urgencia y la incertidumbre? Todo parece estar en un **tiempo suspendido**, donde las decisiones, los enfrentamientos, las rupturas, se detienen frente a definiciones que les son ajenas; en este caso, la aceptación de los secuestradores de la propuesta de Juan y la devolución –¿en qué estado?– del muchacho.

Llega Juan a una sesión y dice en la puerta: «*Me acaban de llamar... (los secuestradores) pero se cortó la llamada*». Entra Marta, suena el teléfono celular. El tono de Juan es cortés y despreocupado: «*A ver, hombre, cómo podemos definir esto... Ya habló con su jefe?...*» El tono sorprende a la terapeuta. ¿Cómo ha imaginado que debe ser el tono de una negociación de secuestro? No así; en todo caso, no cordial, no amistoso, no coloquial. Pero entonces, ¿cómo?

Ante el gesto sorprendido de la terapeuta, Marta dice: «*Es que tienen que hacerlo así, para que sea más fácil*». Y Juan, cuando cuelga, agrega: «*Uno tiene que olvidarse de que está negociando la vida de un ser querido. Es como negociar cualquier cosa, una finca, una casa, es un negocio donde hay que acordar un precio por una mercancía*». Vuelve a sonar el teléfono: «*Ah, que sí lo aceptan... Bien... Sí... Cuatro motosierras, marca X... Sí, está bien... Hablamos...*»

Se ha cerrado el negocio por otra suma elevadísima. Falta acordar las condiciones de la entrega. El jefe quiere una *ñapa*.⁷ las motosierras, más una «comisión» para el jefe intermedio, más una propina para el alcalde que «facilitó la negociación».

El terapeuta experimenta una sensación de irrealdad. ¿Ha presenciado realmente lo que ha ocurrido?, para luego reflexionar: «Experiencias así cuestionan la práctica clínica, sobre todo un **ideal** del quehacer terapéutico, donde situaciones-límite como éstas supuestamente no deben ocurrir».

4. El secuestro: combinación de violencia alienante y transgresora

La violencia social se caracteriza por el rompimiento de los dos organizadores⁸ fundamentales: «No matarás» y «No

⁷ En Colombia se hace referencia a la «*ñapa*» como algo adicional que se da en un negocio o con una compra.

⁸ Organizador, se define como un factor capaz de producir y mantener, mediante la subordinación de diversos elementos a una ley común de selección, de composición y de armonización de sus relaciones recíprocas, una unidad funcional y estructural entre los elementos. Esta nueva unidad posee características distintivas y efectos propios, que constituyen su manifestación (Pachuk C. y Friedler R. comp. *Diccionario de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*. Ediciones Del Candil).

robarás».⁹ Esta violencia toma dos formas: **la violencia del terror o violencia alienante y la violencia transgresora.**¹⁰

En la **violencia del terror** se propende a eliminar la pertenencia social mediante la expulsión y la aniquilación del sujeto. En la sociedad colombiana, las masacres, las desapariciones, los desplazamientos forzados y el amedrantamiento a la prensa remiten a distintas formas de este tipo de violencia; destruyendo el tejido social, la pertenencia del sujeto a una familia, a una comunidad, a un terruño.

La **violencia transgresora** se manifiesta en acciones que permiten al sujeto el enriquecimiento rápido e ilícito, donde el componente de transgresión es *desmentido*. La impunidad, tanto a nivel de la delincuencia común como a nivel de otro tipo de delitos, como el narcotráfico o la *corrupción del Estado*, remite a *diversas modalidades de violencia transgresora*.

En el secuestro el poder de un ser humano sobre otro alcanza su máxima perversión. Reduce la vida humana y el conjunto de afectos de una familia al estatus de mercancía. **Los organizadores básicos acerca del respeto a la vida y la propiedad se transgreden simultáneamente: se fusionan en el «robo a la vida del otro». Convergencia de la violencia alienante y la violencia transgresora.** La vida se roba como garante para la obtención de un «bien» económico y político, justificado en un «fin» descrito como deseable.

⁹ Según Janine Puget (Puget y otros, 1993), podemos señalar dos organizadores fundamentales, uno se refiere al respeto por la vida en su sentido más estricto y por las diferencias entre los seres humanos, en su sentido más amplio, es el organizador **No matarás**. El segundo organizador se relaciona con el respeto a la propiedad ajena, **No robarás**.

¹⁰ Puget, J. (1993) *Violencia social*.

La alteración de los códigos éticos se hace palpable en la reducción de un valor absoluto, como es la vida, en un juego de poder donde la fuerza está dada por la adjudicación del «derecho a administrar la vida de otros, capacidad decisoria de vida o de muerte». Los secuestrados, en aras de su supervivencia, quedan alienados-anulados como sujetos en un vínculo con otro, ante el cual quedan inermes, puesto que es otro quien detenta el poder de vida o de muerte.

De esta manera, el secuestro marca el proceso vital de los secuestrados y sus familias. Aún después de la liberación, el estado de amenaza persiste, el secuestro no acaba. El secuestrado se siente en deuda con los secuestradores porque ha sobrevivido a la experiencia.¹¹ Desde el momento del plagio, la víctima ha tenido que renunciar a su dignidad humana, someterse completamente a los captores para poder preservar la vida, sin que esto sea a veces suficiente para lograrlo.

Causa y consecuencia, el secuestro fractura el narcisismo individual, familiar y social. Esta fractura es de tal naturaleza que se hace muy difícil su incorporación y posterior elaboración. En general, es un suceso que queda excluido del discurso. Es descrita por los secuestrados como «una experiencia inenarrable».

5. El secuestro y su impacto en los vínculos

Los vínculos familiares, sociales y los valores se reestructuran a partir del secuestro. Cada uno de los sujetos resignifica este suceso desde sus propias experiencias, des-

¹¹ Dra. Martha Lucía Aristizabal, Coordinadora del Centro Nacional de Atención a Familias, Programa presidencial para la defensa de la Libertad Personal (comunicación personal, Julio 9/99). En algunos casos la persona secuestrada siente que sus captores lo han protegido y ayudado, llegando a establecer un vínculo asimétrico marcado por la necesidad y teñido por la ambivalencia.

de sus fortalezas y carencias, desde su historia relacional, desde su identidad social, desde sus códigos éticos y desde su perspectiva futura.

El secuestrado se replantea el sentido de la vida. El futuro se relativiza y se hace más palpable la impermanencia, la incertidumbre de la vida y de los bienes materiales. Las familias continúan su vida sin la persona ausente, pero con profundas lesiones alrededor de esa ausencia. A veces secretos y viejos rencores salen a la luz, otras veces las relaciones se idealizan y se hacen proyectos de cambio para cuando estén todos juntos. La vivencia del tiempo se modifica, se hace eterna, como si no pasara.

La víctimas del secuestro desean olvidar, sienten que no pueden hablar de lo que les ocurrió. Desearían una historia familiar sin fisuras, donde la experiencia traumática no dejara huella. Desde el deseo, juntar un antes y un después, anulando el tiempo que duró el secuestro, tiempo que queda sin ser semantizado ni simbolizado. Es un tiempo suspendido que ha de ser recuperado, significado, para que el agujero negro de la ausencia pueda transformarse en experiencia.

Podemos identificar tres vivencias frente al tiempo: para el secuestrado, el tiempo de secuestro transcurre lentamente, la cotidianidad ha sido rota y se pierden los referentes externos que permiten diferenciar una semana de la otra; para la familia, este tiempo se constituye en eternidad y a la vez en urgencia, se mueven en el deseo de la inmediatez, en la posibilidad de buscar la pronta liberación, mientras que todos los proyectos personales y familiares se detienen. En los secuestradores, el tiempo es instrumentado para presionar en una negociación donde se espera lograr el máximo de ganancia con el mínimo de riesgos,¹² lo que se

¹² Los secuestradores pueden decir a la familia que la persona secuestrada ya está en camino para ser liberada y esto demorarse varios meses. Que esperen una llamada en la próxima semana y llamar dos meses después.

contrapone a la lógica del tiempo que maneja la familia y el secuestrado.

Dentro del grupo social, el secuestro de un amigo es una experiencia traumática frente a la cual no se encuentran fácilmente canales de expresión. No se sabe muy claramente si se puede o no hablar de eso, preguntar o no preguntar, cómo manifestar la condolencia. Posteriormente se retoman los vínculos, pero en general no se habla de lo ocurrido. Queda pues una brecha innombrable que entorpece las relaciones.

6. El secuestro y su incidencia en la pertenencia al macrocontexto

El secuestro, su aumento progresivo y las **modalidades masivas** de los últimos tiempos, son formas de violencia que irrumpen en la cotidianidad de muchos colombianos, y sobre todo de aquellos que hasta ahora se habían sentido ajenos al conflicto¹³. Cada vez son más las personas conocidas a nuestro alrededor que son plagiadas, y los antiguos razonamientos de atribuir la causa del secuestro al dinero, o a la posición social, han dejado de ser los únicos válidos. Es como si el círculo se cerrara más y más alrededor de cada uno de nosotros. Se experimenta la sensación de que no hay un lugar seguro y que en cualquier momento cualquiera puede ser objetivo y víctima de uno de los grupos en conflicto. La amenaza de secuestro se ha tornado generalizada e indiscriminada. De esta manera **se han roto los límites mínimos de seguridad e irrumpen el sentimiento de vulnerabilidad**.

Este fenómeno, agregado a otros aspectos de la violencia social, entre los que también se encuentra la incertidumbre económica, ha tenido como efecto que **la pertenencia**

¹³ Personas de las ciudades, pertenecientes a la clase media y media-alta, quienes no se sentían como parte del conflicto y que tampoco poseen grandes capitales.

cia social se vea seriamente cuestionada. El macrocontexto se ha transformado de *continente en expulsivo, y cuesta proyectar un futuro posible.*

Uno de los efectos más notables de esta amenaza a la pertenencia es el deseo de irse, de huir, de emigrar a cualquier parte donde estar seguros. El desplazamiento, que antes era de unos pocos, ha tomado una modalidad distinta: *el desplazamiento masivo.* Para muchos, las seguridades básicas que permiten inscribir al individuo en una sociedad, y sentirse como perteneciente a ella, se han roto y aún a sabiendas de las dificultades que puede presentar una migración, se arriesgan a comenzar una nueva vida, lejos de todo lo conocido. Como si se prefiriera perder la inscripción en una patria y el reaseguramiento emocional que esta pertenencia da para buscar otro contexto donde se proyecta encontrar la seguridad perdida.

7. Conflicto de pertenencia y mecanismos de defensa

En el espacio de la vida cotidiana se pretende alejar la toma de conciencia y la angustia que genera la violencia y el consecuente cuestionamiento a la pertenencia. Esto da lugar a la emergencia de ciertos mecanismos de defensa:

– Uno de los mecanismos más sobresalientes es aquél del cual nos hemos ocupado ya: la **huida**, acompañado de otros tales como la **denigración** y la **generalización**, unido al mecanismo de tipo **mesiánico**. La gente se va del país diciendo que «*ya no hay nada bueno aquí*», que «*esto se acabó*» y que en todo caso «*en otro lugar se estará mejor*». Se **niega** el dolor de la pérdida de la pertenencia a la patria y a las raíces, y se minimizan las dificultades que se pueden encontrar en otro lugar.

– Otro mecanismo que aparece es la **ambivalencia** entre dolor e insensibilidad, entre la negación y las certezas absolutas, un malestar generalizado y la ilusión mesiánica. Esta ilusión mesiánica se expresa, entre otros modos, en la

búsqueda de una autoridad que ponga orden: «*que vengan de fuera a organizarnos, porque nosotros no podemos. Necesitamos mano dura.*» Las posiciones se polarizan y cada uno cree tener la verdad, su Verdad. La insensibilidad se torna a veces **parálisis** frente a lo que ocurre tanto a nivel de pensamientos como de actos, que permitan una salida constructiva conformada entre todos.

Se niega la responsabilidad compartida en lo que ocurre y se **proyecta** la culpa en grupos ajenos al grupo de pertenencia, esperando que sean otros los que «pongan el pecho». Otras veces se **desmiente** lo que ocurre, o no se quiere ver. La gente no quiere ver noticieros, leer periódicos, para no enterarse. Mediante un mecanismo de **disociación**, se intenta pertenecer a un mundo ficticio, donde no ocurra nada, mundo que representa ideales sociales ajenos, cerrándose en grupos pequeños que refuercen la pertenencia, o refugiándose en la droga, el juego, el alcohol y actualmente, los computadores.

Una forma de denegación es la impunidad frente a los autores de distintas modalidades de violencia del terror y de violencia transgresora. No hay un reconocimiento del daño causado y la falta de sanción social se transforma en impunidad.

Finalmente podemos decir que los colombianos tenemos **un conflicto de identidad**. Inmerso en valores ajenos, planteados como ideales, que tienen poco que ver con su realidad social, el colombiano se siente desgarrado entre el amor y la lealtad a su patria, a lo suyo, y al mismo tiempo siente dolor y vergüenza por esta patria fragmentada. Terminamos por sentir que no sabemos quiénes somos, ni cuáles son nuestras raíces, ni nuestra historia, ni nuestro porvenir.

8. Secuestro y espacio terapéutico: un cuestionamiento al ideal de la práctica clínica

El secuestro irrumpen en el espacio terapéutico. Los terapeutas imaginamos este espacio como ajeno a dichos sucesos. Sin embargo, el macrocontexto se introduce violentamente en la intimidad del consultorio. Nos hace testigos de una escena de la cual nos hubiéramos creído excluidos, testigos de un trastocamiento de los valores fundamentales atinentes al valor de la vida como en el caso que presentamos; testigos además de algo ilícito –la negociación– que es censurada, pero a otros niveles aceptada.¹⁴

Impacto contratransferencial frente a un material que no sólo se hace difícil de abordar como material psicoanalítico sino que además bloquea la capacidad interpretativa frente a otros elementos,¹⁵ que confronta al analista con la violencia social, con la perversión de los códigos éticos, con lo ineludible de un tipo de violencia indiscriminada que empieza a tocar nuestras puertas. Material marcado por lo urgente, lo inmediato, lo tanático, que convoca más a una función continente que reflexiva; que además, conlleva el riesgo de quedar entrampados en el asombro, perdiendo la distancia necesaria para ejercer la función psicoanalítica. El terapeuta puede deslizarse para dar consejos, opiniones o sentir exacerbada su curiosidad.

No hay tiempo para pensar, prima la urgencia. Ilusoriamente el terapeuta cree poder posponer el abordaje de una temática compleja desde lo intersubjetivo, mientras «se resuelve»¹⁶ el secuestro. Supuesto ilusorio, porque frente a

¹⁴ De acuerdo a la legislación, se prohíbe la negociación por parte de las instituciones, pero por otro lado se permite a los familiares en caso de necesidad.

¹⁵ En el caso clínico observamos que la situación de secuestro dificulta el poder abordar la situación de separación planteada por la pareja.

¹⁶ Es importante aclarar que el secuestro no se resuelve con la liberación de la persona, existen secuelas económicas, jurídicas y afectivas, que solamente se cierran después de mucho tiempo.

un material como éste, lo más importante es recuperar la función psicoanalítica, la capacidad de interpretación.

El terapeuta, atravesado por una misma realidad transsubjetiva, tiene dificultad para abordar un material que le impacta desde lo intra-, inter- y transsubjetivo. La movilización psíquica del terapeuta no puede escapar a la fisura de su propia pertenencia, siendo así que contratransferencialmente puede identificarse con el dolor, la amenaza o el éxito de la negociación. Su posicionamiento ético esuestionado: lo bueno y lo malo se confunden. Igualmente se puede dar la movilización de ansiedades paranoides que tienen un punto de apoyo en la realidad, por la difícil situación.

La reflexión grupal acerca de temáticas tan complejas como éstas, son un intento de rescatar **redes de pertenencia social, espacios de pensamiento** donde podamos identificar las intensas ansiedades que nos atraviesan, especialmente aquellas que bloquean nuestra capacidad interpretativa. Rescatarnos de la rabia, del odio, de la violencia, de la inermidad y de la parálisis, para así posicionarnos como actores de una historia que se construye entre todos y a la que no somos ajenos en tanto terapeutas.

Pensar un material como éste nos ha permitido repensar también las vicisitudes de nuestra pertenencia, a nivel social y profesional. La renuncia a un ideal del país y de la práctica clínica resulta ineludible para preservar espacios de desarrollo profesional y personal.

Bibliografía

- Aguiar, E.; Alarcón, M. y Vespoli, M. (1986) «Crisis en el vínculo matrimonial». *Revista AAPPG* No. 9.
- Aguiar, E. y Guilis, G. «Crisis socio-económica. Valores éticos en crisis».
- Alarcón, M. et al. (1995) «Narcocontexto y Contexto terapéutico».
- Alarcón, M. et al. (1996) «El secreto como función de poder en las terapias vinculares».
- Alarcón, M. et al. (1998) «Violencia social, vicisitud del conflicto de pertenencia».
- Aristizabal, M.L. (1998) «Asistencia psicológica a las víctimas del secuestro». *Revista Nova y Vetera. Boletín del Instituto de Derechos Humanos Guillermo Cano*, No 33, Nov-Enero /99.
- Aristizabal, M. L. (1999) Sobrevivientes del secuestro: El drama humano. En prensa.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997) *Lo vincular: clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Edelman, L. y Kordon, D. (1998) «Subjetividad y vínculos con relación al contexto social actual.» *Revista AAPPG* Tomo XXI, 1998.
- García Márquez, G. (1992) *Noticia de un secuestro*. Edit. Norma, Colombia.
- Human Rights Watch, «Colombia y el Derecho Internacional Humanitario». Informe de Marzo 1999.
- Kaës, R. (1989) *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Cap. 8, “Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria, notas sobre una investigación”. Dunot, París.
- Meluk, E. (1998) *El secuestro una muerte suspendida*. Ediciones Universidad de los Andes Santafe de Bogotá, Colombia, 1998.
- Meertens, D. (1998) «Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género.» *Revista Foro*, 34. Colombia, Junio de 1988.
- Puget, J. (1992) «El Psicoanálisis en situaciones extremas». *Revista AAPPG* No. 2, de 1992.
- Puget, J. (1986) «Violencia social y psicoanálisis. Lo impensable y lo impensado». *Revista de Psicoanálisis de Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 1986.
- Puget, J. y Wender, L. (1982) «Analista y paciente en mundos superpuestos». *Revista de Psicoanálisis de ApdeBa*, 1982.
- Puget, J.; Bianchedi, E.; Bianchedi, M.; Braun J. y Pelento, M. L. (1993) «Violencia Social Transgresora». *Gaceta Psicológica* No. 94 Marzo-Abril, Argentina, 1993.

- Puget, J.; Kaës R., et al. (1991) *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Centro Editor, Buenos Aires, 1991.
- Puget, J.; Bianchedi, E.; Bianchedi, M.; Braun, J. y Pelento, M. L. «El status psicoanalítico de la violencia social». *Revista Psicoanalítica APA*, Tomo L, No. 4/5.
- Rojas, M. C. (1990) «La violencia en la familia: discurso de vida, discurso de muerte.» *Revista AAPPG* No. 1-2, Tomo XIII de 1990.
- Ruiz, J. (1998) «Variaciones de tono y contenido en diferentes momentos de las negociaciones de secuestro.» Tesis de grado Universidad de los Andes Santafé de Bogotá, Colombia, 1998.
- Vaca, P. (1999) *El Secuestro*. Webmaster@laberinto-sun.com. Junio 1999
- Ventrici, G.; Santos, G. y Rolfo, C. (1998) «Violencia y configuraciones vinculares». *Revista AAPPG*, Tomo XXI, 1998.

Resumen

El secuestro como forma de violencia social permite reflexionar sobre la función del terapeuta, sobre su impacto en la clínica y formular la pregunta acerca de nuestras posibilidades de intervención.

Se plantea el secuestro como una combinación de la violencia alienante o de terror y la transgresora, donde se reduce la vida humana y el contexto de sus relaciones afectivas al estatus de mercancía.

Se analiza el impacto en los vínculos y en la pertenencia al macrocontexto, para detenernos posteriormente en los mecanismos de defensa que emergen (y a los que no somos ajenos).

La violencia social que vivimos en Colombia, los secuestros masivos e indiscriminados, han generado un cuestionamiento al espacio terapéutico de acuerdo a los modelos ideales que desde la teoría manejamos.

Summary

Kidnapping as a form of social violence enables us to introduce some reflections on the function of the therapist, on its impact on the clinical situation as well as to raise a question on the possibilities of our intervention.

Kidnapping is herein dealt with as a combination of both alienating or panic-stricken violence and transgressing violence, in which human life and its emotional relationships are degraded to the status of merchandise.

Its impact on links and on the sense of belonging to a macro-environment is firstly analyzed. The emerging mechanisms of defence (which we are not strangers to), are then taken into consideration.

The social violence we experience in Colombia –massive and indiscriminated kidnappings–, has engendered a questioning on the therapeutic space as regards the ideal models we are dealing with from the theory.

Résumé

La séquestration en tant que forme de violence sociale permet de réfléchir sur la fonction du thérapeute, sur son impact dans la clinique, et se formuler la question concernant nos possibilités d'intervention.

La séquestration est pensée comme une combinaison de la violence aliénante ou de terreur et la transgressive, la vie humaine et le contexte de ses relations affectives étant réduits au statut de marchandise.

L'impact au niveau des liens et de l'appartenance au macro-contexte est analysé de près, pour prendre en considération ensuite les mécanismes de défense qui surgissent (et auxquels nous ne sommes point étrangers).

La violence sociale que nous vivons en Colombie, les séquestrations en masse et de manière indiscriminée, nous ont fait remettre en cause l'espace thérapeutique par rapport aux modèles idéaux que la théorie nous offre.

**El yo piel
familiar y
grupal ***

Didier Anzieu **

(*) Este texto fue publicado originalmente en 1993, en *Gruppo* nº 9.
Trad.: Mirta Segoviano.

(**) Profesor emérito en la Université Paris 10-Nanterre. Presidente honorario y fundador del CEFFRAP.

I.

Comencemos por recordar algunos *enunciados fundamentales*:

- el yo individual se representa a sí mismo como una piel psíquica (E. Bick).
- Él se representa al grupo como un cuerpo individual dotado de un *espíritu de cuerpo*.
- Existe grupo, y no sólo agrupamiento o reunión, cuando se ha constituido un aparato psíquico grupal (R. Kaës) con instancias psíquicas grupales (ideal del yo, yo ideal, superyó del grupo) y envuelto por un yo grupal (D. Anzieu) o también por un co-sí mismo (A. Abraham).
- Existen relaciones de isomorfía y de homomorfía entre el grupo interno individual (instancias, identificaciones, figuraciones pulsionales) y el aparato psíquico grupal; uno y otro se originan del aparato psíquico familiar (R. Kaës, A. Ruffiot).
- La imagen del cuerpo y el esquema corporal son dos de los principales organizadores del grupo.
- El hombre en tanto ser viviente es excitado por dos grandes necesidades.

La necesidad de conservación de la especie produce la pareja, unida por el placer sexual, y el grupo familiar, unido por el apego y la ternura. El aparato psíquico familiar se organiza en torno de la diferencia/complementariedad de los sexos y de las generaciones (deseos de pene, de vagina, de hijo; bisexualidad y complejo de Edipo). Es lugar de experiencia de los deseos y del principio de placer/displacer.

La necesidad de conservación del individuo produce grupos de producción y de distribución de los bienes, de protección, de desarrollo y de socialización de las personas. El aparato psíquico grupal se organiza a los fines de la satisfacción de las necesidades corporales y psíquicas; es contemporáneo del período infantil de latencia; es el lugar de experiencia de los principios de realidad y de constancia.

Esta conceptualización simplifica la realidad grupal, que presenta formas más complejas, por ejemplo mixtas. La pareja y la familia pueden hacer preceder el logro económico y social a las satisfacciones de la sexualidad y de la ternura; algunos grupos sociales pueden organizarse en torno del supuesto básico de acoplamiento (Bion), incluso a los fines de la práctica de una sexualidad de grupo.

II.

El grupo es la sede de dos tipos de conflictos estructurales: conflictos entre el individuo y el grupo, conflictos entre el grupo y la sociedad.

El conflicto individuo/grupo se juega entre dos tendencias antagonistas: poner al individuo al servicio del grupo; poner al grupo al servicio del cumplimiento de los deseos y de las necesidades de los individuos. La problemática es narcisista: el grupo desprende las pieles psíquicas individuales y las sutura en una *envoltura narcisista grupal*. Distingo en esto tres variedades. El grupo heroico (militares, exploradores, colonos) se centra sobre un ideal del yo grupal (S. Freud) (dependencia, idealización/persecución, culto de la personalidad). El grupo dirigente, aristocrático u oligárquico, se organiza en torno de un superyó grupal (orden, justicia, trabajo, beneficio). El grupo auto-contemplativo (la banda de adolescentes, la comunidad intelectual o religiosa) se construye en torno de un yo ideal común (libertad, igualdad, fraternidad).

El conflicto grupo/sociedad opone dos tendencias: poner al grupo al servicio de la sociedad global y/o de las instituciones del Estado; poner a la sociedad al servicio del grupo. Las dos acusaciones por las que la sociedad busca desacreditar a los pequeños grupos espontáneos corresponden a la forma social y adulta del complejo de Edipo: si algunos individuos se agrupan aislándose del tejido social, es con propósitos «parricidas» (conspiración, complots, actividad fácciosa) o «incestuosos» (encuentros sexuales, per-

versiones); la banda de malhechores combina ambos (robos, violencias, violaciones). El grupo reacciona introyectando reglas que garantizan las instituciones, abren un campo de libertad al grupo y permiten una auto-regulación grupal. De allí una envoltura de reglamentos, de vigilancia, de prohibiciones, análoga a la segunda piel (E. Bick), a la coraza muscular (W. Reich). Propongo llamarla *la envoltura muscular grupal*. Michel Foucault la ha descrito (sin denominarla) en «el encierro» de los alienados y de los asociales. En las reuniones, las disputas sobre el procedimiento ocultan a menudo los debates de fondo hasta que una envoltura muscular de grupo esté suficientemente constituida.

Entre la envoltura narcisista y la envoltura muscular grupal, el grupo se construye una *piel psíquica grupal*, extensión al grupo del yo-piel individual y que se constituye por un doble apuntalamiento sobre los yo-piel individuales y sobre el «cuerpo» social. La distinción lacaniana entre real, simbólico, imaginario, puede resultar aquí ilustrativa.

La piel psíquica grupal real delimita un territorio de grupo (espacio ocupado, lugares, temporalidad grupal, ritmo de las reuniones). Es la envoltura continente del objeto del deseo del grupo: *cf.* la cabaña y el tesoro en *La guerra de los botones*, las cruzadas para la conquista de los lugares santos (o sanos).

La piel psíquica grupal imaginaria corresponde:

- 1) a la envoltura del grupo por las fantasías del grupo: ilusión grupal, fantasías de rotura, por ejemplo;
- 2) a las metáforas orgánicas del lenguaje corriente relativas al grupo: organismo, miembros, cuerpo místico, etc.;
- 3) a la experiencia de la búsqueda en la situación de grupo de una continuidad con la piel y la mirada del vecino (Turquet).

La piel psíquica grupal simbólica comprende:

- 1) los signos de pertenencia al grupo: insignia, broche, uniforme, tatuaje, circuncisión, etc.;
- 2) los rituales;
- 3) las profesiones de fe, etc.

La oposición de la envoltura y del objeto, de la corteza y del núcleo (N. Abraham y M. Torok) es secundaria. En el estadio originario, el objeto primordial (la madre o la persona maternante) es a la vez objeto de la satisfacción del deseo (el pecho bueno idealizado) y envoltura continente y protectora (la madre como para-excitaciones respecto de los estímulos externos y de las necesidades vitales internas cuya no-satisfacción produce el estado de desamparo). Existe continuidad entre la madre-pecho y la madre-piel. La envoltura es el despliegue del objeto (Bick).

Existe doble identificación del bebé con la madre: con la tetra nutricia, con la piel continente. La pareja madre/bebé reposa sobre el supuesto básico de dependencia (Bion).

La misma dinámica en los grupos: obtienen sus envolturas del «objeto» que les es primordial. Este puede ser: una instancia psíquica, una persona investida de una imagen, una teoría (*cf.* la eficacia de las minorías activas frente a un centro flojo o disperso).

Las funciones del yo-piel grupal derivan de las que he descrito para el yo-piel individual:

Mantenimiento de los miembros en torno de un eje director de pensamiento y/o de acción que asegura la cohesión del grupo; la consistencia de un grupo depende de su capacidad para organizarse en un «grupo de trabajo» apoyándose sobre un «supuesto básico» inconsciente y cambiándolo según las circunstancias (Bion); existen consistencias grupales duras (sólidas) o blandas (líquidas, viscosas...); los miembros de una minoría activa son «duros»; el centro es blando (el «pantano»).

Continencia, que comprende varias sub-funciones:

- envoltura/bolsa con orificios que contiene a los «adherentes» y expulsa a los disidentes (la sala de reunión, las actividades de clausura y de sutura...);
- borde que delimita un adentro y un afuera del grupo, con una zona transicional (tamiz de entrada) y con fluctuaciones, límites;
- interfase que pone en contacto el intra-grupo y el out-grupo, con intersticios, frotamientos, erosiones, fisuras en la zona de contacto;
- fronteras que filtran los pasajes (barreras de contacto, abiertas o cerradas, canales de comunicación, control de intercambios, selección de las admisiones, etc.);
- transparencia/opacidad de la envoltura: la casa de vidrio, el calabozo; rigidez/flexibilidad de la envoltura.

Para-excitaciones. El grupo protege de la violencia de los estímulos externos y de las excitaciones pulsionales: regulación por homeostasis y feed-back. Cf. los supuestos básicos de ataque y fuga (Bion) activos en la interacción pequeño grupo/grupo grande; de allí la fantasía del pequeño grupo de los «monitores ensartados» (R. Kaës) replegado sobre sí mismo frente al grupo grande; al mismo tiempo que defiende al grupo de la excitación, la superficie excitada/excitante capta la estimulación (cf. la copresencia buscada como fuente excitadora, el placer de discutir por discutir; cf. las danzas y trances colectivos...).

Significancia. El grupo establece una envoltura sensible que registra:

- a) huellas de las acciones y de las palabras (actas de las sesiones, diario de abordo);
- b) inscripciones regidas por un código (por ejemplo los estatutos, las mociones, los programas, con una jerarquía de los miembros, de los lugares, de los proyectos...);
- c) las normas y la cultura del grupo, con miras a su transmisión;
- d) y que a través de esos signos elabora una percepción de la realidad.

Consensualidad. A la piel individual como sentido común a los cuatro órganos de los sentidos corresponde la búsqueda del consenso en los grupos entre las personas, las funciones y los papeles; consensualidad que llega hasta la unanimidad más o menos obligada (la minoría debe ajustarse a la mayoría; se vota por mayoría que la decisión ha sido tomada por unanimidad); la ilusión grupal signa la creencia jubilosa de que el grupo tiene una piel común que suprime las diferencias entre sus miembros: la angustia de piel desgarrada está ligada a las fantasías de rotura: *cf.* el Terror.

Individualización. Singularidad del grupo que sustituye a las individualidades de las personas y que se diferencia de los otros grupos en una misma estructura (*cf.* el estudio de Lévi-Strauss sobre las máscaras amerindias).

Energización. La unión hace la fuerza; el grupo como recarga libidinal narcisista; el papel de los banquetes, de las ceremonias, de las celebraciones; intensificación de los afectos: entusiasmos, odios.

Sexualización. El grupo como recarga libidinal objetal; erotización defensiva de las angustias de la situación grupal; hacer el amor en lugar de pensar (libertinaje), encuentro del amor-pasión; la pareja enemiga del grupo; descarga del incremento libidinal en la seducción; cumplimiento de la bisexualidad.

III.

Los grupos informales y ocasionales reúnen a participantes que no se conocen anticipadamente, con un objetivo de formación o de psicoterapia. Esos grupos sufren la falta de un cuerpo común sobre el que apuntalar el aparato psíquico grupal que tienen que constituir. A la inversa, el grupo familiar se caracteriza por un exceso de cuerpo: cohabitación, contactos físicos, cuerpo a cuerpo sexual de los padres, engendramiento del cuerpo de los hijos. Entre estos

dos extremos, los grupos despliegan una gama de estados intermedios.

La fantasía de una piel común a la madre y al bebé me pareció constitutiva de un aparato psíquico originario, del que luego el niño debe arrancarse para adquirir una piel psíquica propia.

Una forma de esta fantasía es la fantasía gemelar, que funda un primer tipo de pareja amorosa: los dos miembros se viven como dobles imaginarios, como dos seres o idénticos o simétricos invertidos y complementarios con relación a una piel común y dentro de una envoltura uterina. La pareja está unida por la *similitud de las sensaciones* entre sus miembros. Una vez confrontada con la realidad de la vida de pareja adulta, la fantasía gemelar a menudo sufre reveses seguidos de una desilusión. Cada uno de los dos miembros reprocha al otro no ser ya su perfecto semejante o complementario y lo acusa de buscar la destrucción de la pareja. La escena violenta es una tentativa de restablecer la similitud, pero esta vez ya no se trata de similitudes dichosas sino desgraciadas. Lo que se verifica, es la similitud de la decepción, del rencor, del odio, de la rabia. La fantasía gemelar queda preservada en una modalidad negativa. La simetría gemelar está entonces fundada en la reciprocidad de lo que he llamado el apego a lo negativo. De ahí el efecto generalmente negativo de la escena violenta: restablece contra toda evidencia la fantasía gemelar y prorroga, mediante un doble mecanismo de inversión –contra sí mismo y en lo contrario– la organización económica dual devenida inadecuada a la evolución de la vida de la pareja. La dinámica metapsicológica en juego consiste en el primado del principio de compulsión de repetición sobre los principios del placer y de realidad.

El psicoanálisis individual y familiar con frecuencia pone en evidencia otras variedades de fantasías de una parte de piel común a la pareja y al grupo. Ha descrito la fantasía: un solo pensamiento para dos cuerpos (*similitud de los pensamientos* entre los miembros). Por ejemplo, durante

una terapia familiar, una mujer dice de su marido: «Lo conozco tan bien que podría escribir su autobiografía» (relatado por G. Decherf).

El órgano fantaseado común no está limitado a la piel o a la cabeza: puede ser el pulmón, las piernas, etc., con la pretensión de una *similitud de los ritmos* (resonancia). J. P. Caillot y G. Decherf relataron una sesión de terapia familiar psicoanalítica donde la madre era ditirámica con respecto a la unidad familiar: «Tenemos una tercera pierna común, que nos permite caminar al mismo paso».

S. Becket, en su relato *Le Dépeupleur*, imaginó el tema de un cilindro-pulmón que impone su ritmo a los cincuenta residentes. Estos presentan tres tipos de reacciones: postración, marcha obsesiva en ronda, escalada de las paredes.

Al lado de estas fantasías de similitud, encontramos *fantasías de totalidad*. Una paciente en psicoanálisis individual me cuenta en varias ocasiones un ensueño diurno frecuente en su infancia: veía tres o cuatro penes atados juntos como un ramo. La interpretación trivial, puntuando un deseo del pene, a la vez intensivo (veía varios) y agresivo (eran penes-flores cortados) se probará sin mayor efecto. Se reveló que lo esencial se refería tanto al *ramo* como a las *flores* y que ese ramo representaba la fratria: en efecto, ella tenía tres hermanos. Con el padre, en la familia había un cuarto pene (de allí la duda: «tres o cuatro»). Esos cuatro hombres la mantenían a distancia de sus conversaciones porque ella era no sólo mujer sino además la menor. La familia estaba dominada por las presencias viriles. Mi paciente y su madre eran subestimadas: el ensueño las representaba ausentes, es decir, de poca importancia. El masoquismo materno se avenía a esto mientras que la muchacha reaccionaba mediante la provocación. Por medio de su fantasía, ella se proponía como la representante de la unidad familiar.

Una forma más conocida de la fantasía de totalidad se aproxima a la que los terapeutas familiares sistémicos han

denominado «el paciente designado». En este último caso, uno de los miembros de la familia es considerado como el desecho, el descrédito, el fracasado, portador de todo lo sentido como malo en el grupo familiar. En casos de pacientes en psicoanálisis individual, he comprobado varias veces que uno de los miembros de la familia, generalmente un hijo, era un discapacitado mental, sobreinvestido por los padres. La regla familiar implícita es que los otros hijos no deben ser mejores que él. La excepción se erige como obligación; la anormalidad como norma. El miembro deficiente es un órgano que debe ser común a todos; liga la identidad y la totalidad y garantiza la unidad familiar.

El sueño nocturno eventualmente proporciona representaciones del órgano común unificador de una pareja o de un grupo familiar. Tomemos el ejemplo del sueño «de las pieles suturadas». Después de tres años de psicoanálisis, Palatine cuenta este sueño que luego redacta y del que reproduczo un extracto significativo.

El sueño comienza con el encuentro de la soñante con la pequeña hija de un músico conocido. Luego el relato prosigue:

«Ella me lleva un poco más lejos y abre su portafolios:
“Voy a mostrarte un recuerdo de él”».
«¿Quién era él para ti ? ¿Un padre?»
«Mi padre. Ha muerto, y cuando uno ha perdido a un
padre así.»

«Espero ver el manuscrito de una obra musical. Es claramente un texto, pero me sobresalta: más bien una piel, o pieles de pergamino cosidas entre sí con grandes puntadas de sutura, cubiertas con una tinta muy legible.»

«Hago un gesto para tomar ese documento. Ella me detiene: “¡No lo toques ! Es frágil. Mira, me puse guantes para traértelo” (alusión implícita a mis teorías, que ella conoce, acerca de la prohibición de tocar y de la creación como cambio de una piel).»

«Me digo: “esta chica es neurótica.” (...)»

«Estoy un poco decepcionada: lamento que el texto no sea, finalmente, el manuscrito de una obra.»

Este sueño y sus muchas asociaciones que no puedo relatar me impresionaron como ejemplares de la constitución del yo-piel como superficie de inscripción. El sueño es el sueño de un manuscrito y también el sueño de un manuscrito de sueño. En la realidad, Palatine prepara para la editorial donde trabaja una recopilación de fragmentos escogidos de los poetas del siglo XX. Se trata de fragmentos escogidos; no son verdaderas creaciones ni una obra continua. La fantasía subyacente es no ya la de una parte de piel común a la madre y al hijo, sino la fantasía de un pergamo común a Palatine y a su padre (yo en la transferencia). Un mismo pergamo para varios autores, cada uno inscribiendo sus propios fragmentos de texto sobre los fragmentos de textos de los otros, superponiéndose esos diversos textos sin borrarse; esa es la fantasía de una superficie de escritura común, que toma la imagen de un palimpsesto para figurar la función dialógica o de intertextualidad, propia de la actividad literaria.

Esta fantasía de pergamo común es intermedia entre la fantasía, cronológicamente anterior, de piel común cuya huella conserva (la chica del sueño muestra «pieles de pergamo cosidas entre sí») y la prohibición ulterior de tocar, condición de acceso a la simbolización y al pensamiento personal. La chica exclama: «¡No lo toques! ¡Es frágil!». Usa sin embargo «guantes» para imponer la prohibición. Como la chica, la prohibición vuelve «neurótico» a quien se somete a ella. Simplificando, podríamos decir que la creencia en la identidad de las percepciones entre todos sus miembros es típica de la familia psicótica («tenemos una sola psique para varios cuerpos»), que la fantasía de una parte de piel común a la diáda (cuya comprensión debe ser extendida a «una parte de cuerpo común» y a «un órgano común») es típica de los estados límites; que la prohibición de tocar y sus consecuencias, el arrancamiento y el

despellejamiento de la piel común, la constitución de una piel individual singular, el acceso a la prueba de realidad y al criterio de la identidad de los pensamientos entre sí son típicos de la neurosis.

Unos meses después, Palatine vuelve sobre su sueño del que trabajamos la dimensión topológica. El *patchwork* de las pieles unidas figura un sí mismo hecho de fragmentos separados y yuxtapuestos y traduce aquello de lo que ella sufre, a saber, una angustia de despersonalización (y no, como un poco demasiado rápido yo había pensado, una angustia de depresión). Puedo describirle activo en ella un yo-archipiélago, formulación que termina de aclararlo sobre ella misma. La toma de conciencia consecutiva le permite sentirse reunificada. Accede a un nuevo estado interno, estable, dinámico y triste. Ya no tiene inhibición en sus actividades profesionales; duerme bien, ha reencontrado su fundamento. Pero no aún la alegría. Se trata de una tristeza normal; puede permitirse sentirla sin resultar desorganizada.

Finalmente, se evidencia que las pieles cosidas representan también la imagen del cuerpo familiar de Palatine. Hija única nacida tras un hermano muerto, era un fragmento de reemplazo en la piel familiar. Había sido criada por tres mujeres en la casa: la madre, la hermana de ésta y la madre de estas dos mujeres (abuela de Palatine). A lo que se agrega la nodriza a quien Palatine fue confiada hasta los dos años y a la que era muy apegada (sus padres la recuperaban los domingos). Único hombre, un padre adorado por su hija, pero las tres mujeres montaban guardia y hacían de pantalla entre él y ella. La piel familiar constituida por las tres mujeres y heredada de la generación precedente tenía al padre –miembro agregado– apartado y sirviendo de piel familiar para la nueva familia. A partir del sueño y de los descubrimientos que trajo consigo, Palatine ya no se vio como un «fragmento escogido» por los otros, sino como un todo que ella elige ser. Adquiere la firmeza del Pensar. Participa con una autoridad convincente de sus sentimientos y de sus ideas en su vida personal y profesional. Madu-

ra las decisiones necesarias. Dispone de un yo-piel consistente. Debe –y puede– hacer frente a los contragolpes ejercidos sobre el yo-piel familiar por su toma de autonomía. Administra sin demasiada angustia y con eficacia la crisis familiar que sobreviene en ese momento.

El presente texto esboza un abordaje general de la aplicación a los grupos de las funciones del yo-piel. Su carácter sistemático, necesario para una investigación exploratoria, está llamado a suavizarse y matizarse en la medida de las confrontaciones de la teoría con la experiencia. Pero una experiencia sólo es instructiva si está encuadrada por una grilla de observación y por un cuerpo de hipótesis, el cual se encuentra aquí propuesto por primera vez.

Resumen

El presente texto esboza un abordaje general de la aplicación a los grupos de las funciones del yo-piel. Su carácter sistemático, necesario para una investigación exploratoria, está llamado a suavizarse y matizarse en la medida de las confrontaciones de la teoría con la experiencia. Pero una experiencia sólo es instructiva si está encuadrada por una grilla de observación y por un cuerpo de hipótesis, el cual se encuentra aquí propuesto por primera vez.

Summary

The present paper outlines a general approach of the skin ego functions applied to groups. Its systematic character, necessary for an exploratory research, is opened to be softened and toned in accordance with theory and experience confrontations. It is considered that an experience becomes instructive only if it is set within the framework of a table of obsevations and a body of hyphotesis, which are hereby set forth for the first time.

Résumé

Le présent texte ébauche une approche générale de l'application aux groupes des fonctions du Moi-peau. Son caractère systématique, nécessaire à une recherche exploratoire, est appelé à s'assouplir et à se nuancer au fur et à mesure des confrontations de la théorie avec l'expérience. Mais une expérience n'est instructive que si elle est encadrée par une grille d'observation et par un corps d'hypothèses, lequel se trouve proposé ici pour la première fois.

La experiencia de amor *

Graciela Kasitzky de Bianchi **

(*) Una versión previa de este trabajo fue leída el 7 de mayo de 1999
en el Departamento de Pareja de la AAPPG.

(**) Miembro titular de la AAPPG.
J. L. Pagano 2601, 5º. Tel-Fax: 4802-4780.
E-Mail: bianchi@interar.com.ar

«He soñado a veces con elaborar un sistema de conocimiento humano basado en lo erótico, una teoría del contacto en la cual el misterio y la dignidad del prójimo consistirían precisamente en ofrecer al Yo el punto de apoyo de ese otro mundo. En una filosofía semejante, la voluptuosidad sería una forma más completa, pero también más especializada, de ese acercamiento al Otro, una técnica al servicio del conocimiento de aquello que no es uno mismo.»

Yourcenar, M. (1955)

El otro, sexo

Me referiré al amor, tal vez debiera decir el amar, como el efecto del encuentro de dos sujetos sexuados, ya sea como experiencia puntual o como experiencia que permanece a lo largo del tiempo. Lo que voy a destacar es su carácter de novedad, para los sujetos que lo protagonizan más que el de la estabilidad que pueda proporcionar. Sería un acto inscripto en el orden del acontecimiento, como producción inédita cuyos protagonistas pueden quedar enlazados en lo que llamamos una pareja. Habría que diferenciarlo de la concepción narcisista del amor, movimiento tendiente a lograr la armonía a través de las distintas formas de complementariedad; de las formas alienadas de relación en las que se hace lugar para un sólo sujeto y el otro queda remitido a la posición de objeto; de la adhesión a las formas de vínculo instituidas por la cultura que si bien brindan identidad y pertenencia, no garantizan por sí solas la experiencia peculiar a la que me estoy refiriendo.

Acontecimiento que es capaz de causar una nueva organización de las subjetividades al reconocer los signos que atestiguan la presencia del otro aunque no sea posible traducir esos signos a un plano del conocimiento, y constituirse en ese mismo acto en motor de la simbolización y de la vincularidad.

A partir del amor se podría pensar que la subjetividad se reordena con la inclusión de una novedad: la experiencia de que hay otro y que ese otro es inasimilable. En la experiencia amorosa a la que me refiero, la «otredad» que se presenta se juega en el terreno de lo sexual, como signo del goce del otro, del otro sexo.

En ese encuentro con un otro se va a constatar la existencia de la ajenidad, descubriendo en todo caso, el misterio de que hay otro, no como semejante sino como ajeno, resistente a ser comprendido (en la doble acepción de este término) del todo.

Para esta concepción el amor sería la experiencia que pone en relación uno y otro en lo que tiene que ver con el sexo, y establece un lazo que permite declarar la existencia de dos, como uno y otro. Implica un más allá del complejo de Edipo, que parece hundirse por la brecha que abre la disociación de la sexualidad, cuando deja de ser únicamente fálica.

Retomo aquí el amor como diferente de la fusión narcisista que tiende a hacer uno de dos, que anula precisamente el uno y el otro; de la alienación que aspira a la unicidad pero por el mecanismo de la supresión del otro en tanto sujeto; de la ilusión de unificación construida desde la pertenencia al vínculo matrimonial.

Por ese acto es posible ir más allá en el camino recorrido por la sexuación a través de las vías identificatorias y encarar un nuevo abordaje del enigma que plantea la diferencia anatómica de los sexos más allá de la lógica fálica. Si bien no hay sujeto natural del sexo, el reconocimiento de que hay organismo biológico anatómicamente diferenciado, orienta la asunción de la posición sexuada. Esta se define a partir de la función simbólica que articula el plano anatómico, el fantasmático y el simbólico (relaciones sociales de intercambio).

Que no haya sujeto natural del sexo significa que el sujeto sexuado es producto de un acto simbólico a través

del cual, una diferencia (en función de un determinado sistema simbólico) asume el valor de un significante fundamental que va a ser tomado como significante del deseo, que podría simbolizar la falta encarnada en la diferencia.¹

En esta cuestión de la sexuación, se trataría de hacerle un lugar a lo real de la diferencia, de lo contrario, habría que trabajar para abolirla. En el primer caso las experiencias sexuales permiten mantener las identidades de género previamente adquiridas al mismo tiempo que se sostienen las diferencias simbólico-imaginarias. En el segundo, los sujetos trabajan para abolir esa diferencia simbólica, a través de mecanismos de desmentida de la realidad, de representación de fantasmas, negación de sus deseos, etc., produciendo un encierro en las identidades alcanzadas al momento y un obstáculo a la experiencia de la alteridad.²

Antes del acto sexuado el sujeto dispone de su identidad de género y en la identidad de género la diferencia aparece como representación anticipada de la diferencia. En el encuentro amoroso la diferencia sexual no es representada sino que se presenta en acto, más allá de la representación, es presentación de la alteridad.

La representación es el producto de un trabajo psíquico que consiste en la sustitución de la cosa por su imagen o nombre, como reproducción de una percepción anterior.

¹ La fase fálica, que considera el pene como único órgano sexual, seguirá siendo un dato de base inconsciente para ambos sexos. La sexualidad adulta se disociará de esto accediendo al descubrimiento del segundo sexo (Kristeva, J., 1997).

² «Conviene designar por sexo el conjunto de determinaciones físicas o psíquicas, comportamientos, fantasmas, etc., ligados a la función y placer sexuales. Y por género al conjunto de determinaciones físicas o psíquicas, comportamientos, fantasmas, etc., ligados a la distinción femenino-masculino. La distinción de géneros va desde las diferencias somáticas “secundarias” hasta el “género” gramatical, pasando por los hábitos, la costumbre, el rol social, etc.» (Laplanche, J., 1980).

Sería aquello que del objeto viene a inscribirse en los sistemas mnémicos, lo cual implica que del objeto no todo se inscribe en dichos sistemas.

Lo que no se inscribe se **presenta** como percepción directa, se archiva como signo de percepción que podrá o no inscribirse como representaciones.

Sintetizando, los complejos representacionales correspondientes a las identificaciones de género son los que sitúan a los sujetos en relación a lo femenino o masculino a partir de una serie de enunciados y prácticas culturales vehiculizadas a través de los padres, quienes a la vez que erotizan también significan. Estos complejos representacionales que se organizan según la estructura del Edipo produciendo las identificaciones del sujeto con los emblemas culturales, van a ser alterados con la experiencia de los encuentros sexuales efectivos, como puesta en juego de la erogeneidad en nuevos escenarios, desfallecen los fantasmas y el saber anticipado que se tenía del otro sexo y sobre el propio no alcanza para cubrir lo real de lo que sucede.

Presentación de la alteridad que descompleta esa identidad representada y la suplementa no por vía del conocimiento, con la condición de que sea imposible para un mismo sujeto ocupar las dos posiciones.

Tomando como punto de partida lo real de los cuerpos que ofrecen un hombre o una mujer, se despliegan las representaciones imaginarias instituidas socialmente de lo masculino y lo femenino, que van a homogenizar las identidades de género.

Lo heterogéneo se presenta con posterioridad al encuentro a partir del cual se puede saber que había dos. La diferencia sexual se subjetiva a través de una práctica que habilita la heterogeneidad del amante con la homogeneidad de las representaciones de género ya instituidas (Corea, C., 1998).

Las modalidades de tratamiento de la ajenidad van a determinar cuánto y cómo se puedan sostener las diferencias y si serán fuente de atracción o de rechazo.

Creo que esta idea está en la línea de lo que propone J. Puget cuando plantea que: «Hoy cabe pensar la relación femenino-masculino ya no como complementaria sino más bien como un relación donde un yo agrega a otro una cualidad sin completarlo. A ello se llama relación de suplementariedad.» (Puget, J. 1997)

El encuentro de los sexos es sostenido por el amor y este acto permite establecer retroactivamente que los sexos eran dos y demostrar la imposibilidad de abarcar la totalidad de la experiencia del semejante, en tanto es una experiencia que puede darse a través de dos posiciones que son totalmente irreductibles: la femenina y la masculina.

El otro y el vínculo

Masculino y femenino aparecen entonces como realidades a construir partiendo de un imaginario simbólico. Este imaginario simbólico se **injerta** en los grandes acontecimientos de la vida sexual y adquieren su pleno sentido cuando se es capaz de ligar en red los constituyentes de la vida sexual. (Green, A. 1997)

Pienso que esa red es tanto intrasubjetiva como intersubjetiva y que es la presencia del otro, la imposición de su alteridad lo que crea la necesidad de poner en práctica esa suerte de correlación de subjetividades, que tendrá como efecto formaciones propias del campo de lo vincular.

Los desfasajes entre el otro y su representación son el principal motivo de exigencia de trabajo psíquico intersubjetivo y se resuelven mediante la posibilidad de sostener un vínculo que de por sí, es siempre inestable.

Aunque partimos de la precedencia del otro, su reconocimiento como tal dependerá del interjuego que se dé entre sus imposiciones y sus rehusamientos. Propongo pensar la inscripción del otro bajo la forma de las siguientes alternancias:

- Presencia - Ausencia
- Exceso - Vacío
- Plenitud - Falta

La *ausencia* remite a la pérdida del objeto, al trabajo de duelo y a su búsqueda incesante por los caminos de la representación.

La *falta* como saldo de la operatoria denominada en psicoanálisis castración (lo que le falta al otro) en su relación privilegiada a las diferencias sexuales, que se recorta sobre el fondo de un otro hipotéticamente completo y organiza el campo de lo simbólico.

Por último, lo *vacío* como lo que nunca fue o estuvo, como falla estructural que remite a la imposibilidad de la fusión, cuya contracara serían los excesos (seducción, violencia) que pueden desembocar en el trauma o devenir un suplemento de la situación.

La presencia del otro manifiesta tanto su positividad como su negatividad en lo ausente, lo faltante y lo vacío. Las estrategias para enfrentar los matices de la negatividad construyen las representaciones imaginarias que, sostenidas por el andamiaje simbólico, permitirán un suplemento en donde lo imposible bordea lo real.

La marca del otro proviene de su deseo, inconciente, de modo que lo que marca del otro, el otro no lo sabe, marca sin querer. Esto significa que la presencia no sólo es una percepción o una representación simbólica del lugar del Otro sino también un negativo del otro que se presentifica.

La lógica que ordena la concepción del amor como encuentro inédito, no sería la de la falta sino la de la suplementación. El acto amoroso no viene a completar ninguna falta, o recrear ninguna ausencia sino que suplementa una falla estructural que delimita lo imposible de una situación, no es algo que falta para totalizar sino que es algo que presentado, destotaliza, evidencia un punto de vacío que produce un plus y altera lo que estaba siendo.

Badiou lo expresa hermosamente diciendo: «El acontecimiento es ese suplemento azaroso de la situación que se llama un encuentro» (Badiou, A. 1991).

Que el amor descubra que eran dos impone un límite al goce de uno y abre el espacio para que otro tenga lugar. En el vínculo de pareja se puede procesar a través de la estabilización fantasmática las incursiones de lo extraño, y disponer a la vez un anclaje del sujeto y un soporte para el otro.

Si el vínculo es considerado como la consecuencia de la ruptura de la simbiosis biológica y su continuación en otro nivel, sería el recubrimiento imaginario de una falta originaria, recubrimiento que se hace posible mediante la presencia de un otro que lo pone en juego a través de sus ausencias.

Pero pensamos que es lo imposible lo que convoca a la aparición del vínculo, no para convocar un objeto ausente u obturar la falta en un sujeto, sino como producción inter-subjetiva que origina una clave nueva para descifrar lo que se venía dando.

Retomando desde aquí la cuestión del tratamiento de las diferencias sexuales podríamos decir que los encuentros sexuales efectivos pueden dar lugar a formaciones vinculares que en una realización práctica, permitan que las representaciones imaginarias de género atravesadas por el Edipo sean trabajadas por la alteridad; si por el contrario el trabajo se hace en el sentido de la abolición de la alteridad y la

diferencia, las formaciones vinculares se orientarán hacia la constitución de pactos y acuerdos que confirmen lo propio por la vía de la exclusión de lo extraño en una clausura en las identidades que se constituyeron hasta el momento.

Bibliografía

- Badiou, A. (1991) «¿Es el amor un saber sexuado?», en *El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos*. Buenos Aires, Ediciones de la flor, 1993.
- Berenstein, I. (1997) «Vínculo familiar. Hechos, sucesos y acontecimientos», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XX, Nº1, 1997.
- Bianchi, G. (1998) «Consideraciones sobre la subjetividad», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Vol. XXI, Nº1, 1998.
- Bianchi, G. (1998) «Construcción de la feminidad y la masculinidad en el vínculo de pareja», en *Del amor y sus bordes*. Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Bianchi, G.; Bianchi, H. y Lewkowicz, I. Grupo de estudio sobre constitución de la subjetividad.
- Bianchi, G.; Lamovsky, C.; Moscona, S.; Waisbrot, D. Sexualidad, Vínculo y pulsión. Taller del Departamento de Pareja de la AAPPG. 1998-1999.
- Corea, C. Mujer, Género o qué. (Sin publicar)
- Gomel, S. (1999) «La Familia R. Problemáticas de la representación/presentificación». (En prensa)
- Green, A. (1997) *Las cadenas de Eros*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Kristeva, J. (1997) «Sobre la extrañeza del falo o lo femenino entre la ilusión y la desilusión», *Revista de Psicoanálisis de ApdeBA*, Vol. XX, Nº1 1998.
- Laplanche, J. (1980) «Castración», en *Simbolizaciones. Problemáticas II*. Buenos Aires, Amorrortu, 1988.
- Puget, J. (1997) «Nuevas familias. Por qué perder la capacidad de asombro». Presentación en el Departamento de pareja de la AAPPG, 1997.
- Primer Encuentro de Psicoanalistas de Familia y Pareja: pulsión, Inconsciente, Sexualidad. Problemas de la Clínica Vincular. Publicación de las Mesas Redondas Pre-encuentro. 1999, AEAGP.
- Yourcenar, M. (1955) *Memorias de Adriano*. México, Artemisa, 1985.

Resumen

En este artículo se considera la experiencia amorosa como fundante de la diferencia sexual en el plano de la realización plena de la sexualidad.

Se considera el encuentro con el otro como pieza imprescindible en el armado de la sexuación, entendiendo por sexuación el proceso de asunción simbólica del reparto natural de los sexos. La articulación imaginaria se refiere a las representaciones de género.

Se le da al encuentro amoroso un valor de acontecimiento capaz de reordenar las subjetividades previamente estructuradas.

Summary

In this article, the loving experience is considered as the source of sexual difference in the face of the entire fulfillment of sexuality.

The encounter with the other is hereby seen as the essential piece in the building up of sexuation, defining sexuation as the process of symbolic assumption of the natural distribution of sexes. The imaginary articulation refers to gender representations.

Loving encounter is given the value of an event able to reorder the previously structured subjectivities.

Résumé

Dans cet article l'expérience amoureuse est considérée comme fondatrice de la différence sexuelle sur le plan de la pleine réalisation de la sexualité.

La rencontre avec l'autre est considérée par ailleurs comme une pièce indispensable pour la construction de la

sexuation, celle-ci étant comprise comme le processus d'assomption symbolique du partage naturel des sexes. L'articulation imaginaire la réfère aux représentations de genre.

La rencontre amoureuse a ici une valeur d'évènement capable de réorganiser les subjectivités structurées au préalable.

¿Qué devela la historización del Departamento de Análisis Institucional?

INVESTIGACIÓN: PRIMERA ETAPA, 1998 *

Alicia Nora Corvalán de Mezzano **
Esther Beliera
Raquel C. Bozzolo
Marcela L. Brzustowski
Marta L'Hoste
Raquel Tassart
Graciela Ventrici

ASESOR METODOLÓGICO:
Ignacio Lewcowicz

- (*) Este trabajo fue presentado el 26 de junio de 1998 en el espacio de Investigación de la AAPPG. Fue revisado y corregido en los meses de octubre y noviembre de 1999 por los integrantes del Departamento de Análisis Institucional: Directora suplente, Graciela Ventrici; Integrantes: Esther Beliera, Raquel Bozzolo, Marcela Brzustowski, Corina Guardiola, Magdalena Godoy Garraza, Marta L'Hoste, Marta Martínez, Marta Nusimovich y Raquel Tassart.
- (**) Integrantes del Departamento de Análisis Institucional de la AAPPG:
Directora: Lic. Alicia Nora Corvalán de Mezzano. Viamonte 2811 4º 17, tel: 4962-9154.
Equipo:
Lic. Esther Beliera. Gorriti 3666, tel: 4963-2288.
Lic. Raquel C. Bozzolo. Paraguay 5074, tel: 4772-1477.
Lic. Marcela L. Brzustowski. Migueletes 1306 P.B., tel: 4777-8765.
Lic. Marta L'Hoste. Armenia 1491, tel: 4832-1234.
Lic. Raquel Tassart. Independencia 950, Pilar, tel: (02322) 431121.
Dra. Graciela Ventrici. Céspedes 2361 2º F, tel: 4784-1437.

Por qué y cómo se hizo la investigación

1. Al asumir la Dirección del Departamento de Análisis Institucional,¹ en mayo 1997, la nueva directora propuso un proyecto de trabajo fijado para una primera etapa con los integrantes del mismo, con la doble finalidad de construir una tarea de nucleamiento del equipo al mismo tiempo que desarrollar una investigación. La Dirección consideró, a partir de un somero diagnóstico situacional, que la tarea a encarar sería refundar el Departamento y, para ello, el interés por el eje histórico institucional podría ser un elemento valioso.

En esa oportunidad se dio cuenta del proyecto a la Comisión Directiva en una breve síntesis aquí reproducida:

«Diseñar con los interesados a incluirse en el Departamento un rastreo histórico con metodología oral, entrevisas psicológicas individuales y grupales, recurriendo también a fuentes documentales para historizar el Departamento de Análisis Institucional, desde una perspectiva histórico-libidinal.

Rescatar la memoria de los precedentes miembros, indagar en el mito fundacional y las sucesivas transformaciones, si las hubo, fracturas y quiebres, etc., es un buen modo de inicio para saber el lugar que ocupa en el imaginario de la Asociación este Departamento, así como rescatar una historia del área.

¹ El Departamento de Análisis Institucional, es uno de los seis que integran la AAPPG. Los directores de estos departamentos son elegidos por la Comisión Directiva al igual que los del Centro Asistencial, del Instituto de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares y de Publicaciones e Información bibliográfica. También la Comisión Directiva nombra a los coordinadores de las Subcomisiones: Científica, Docencia, Interinstitucional e Investigación.

Este rastreo requiere un diseño para lo cual propondré los lineamientos generales partiendo de la aplicación de metodologías que vengo estudiando y aplicando para el rastreo histórico de las instituciones. Las preguntas que sirven de inicio son:

- ¿Por qué el nombre del Departamento?*
- ¿Cuál fue, es y será la identidad del Departamento dentro de la Asociación?*

preguntas siempre enmarcadas en el contexto socio-político del país.

Las metáforas que guiarán la investigación, propuestas al grupo, serán la tolva y el obrador. Ambas son metáforas para analizar y abordar el objeto institucional. La tolva incluye el conjunto de disciplinas que con sus teorías y metodologías posibilitan abarcar la complejidad de las instituciones. El obrador refiere al lugar de intercambios acerca de aspectos transferenciales-contratransferenciales y de implicación respecto a la institución abordada.

Propongo entonces:

- realizar una investigación institucional del Departamento a través del rastreo documental y de historia oral con informantes claves;*
- instalar el obrador de la memoria del Departamento con los propios integrantes que hayan participado en él en alguna etapa;*
- discutir metodologías de abordaje para la investigación a desarrollar.*

Se irán marcando tiempos para las distintas etapas de la recolección de datos, la interpretación de los mismos y la obtención de conclusiones.

El trabajo realizado culminará con una publicación de las conclusiones y propuestas para reiniciar una nueva etapa con mayor claridad en cuanto al sentido y perfil de un Departamento que se ocupa de las instituciones.

No es poco importante conocer la historia precedente a fin de saber delinear el futuro más fructífero en base a una definición, lo más clara posible, de la identidad de un Departamento de la Asociación.»

2. Los integrantes iniciales –sólo tres– reflexionaron acerca de sus *historias personales-profesionales*, con relación al interés por este campo de teorización y práctica. Esta actividad era una manera de presentación mutua y de conocimiento.

Hacia el mes de abril de 1998 ingresaron otros tres integrantes que se sumaron a la tarea de investigación.

3. Desde septiembre de 1997 se incluyó, como asesor metodológico, al Licenciado en Historia, Ignacio Lewkowicz.

4. Iniciamos:

a) En referencia a distintos momentos cronológicos, la búsqueda de datos de diferentes corrientes teóricas, la reconstrucción de variados hechos con relación al Departamento, a la AAPPG y al espacio social.

b) La preparación de un cuestionario para indagar acerca de la imagen, que desde adentro y desde afuera del Departamento, se tiene del mismo.

c) La construcción de una *planilla* para el registro de datos dentro de doce categorías, organizados por fechas:

1. Datos generales de la AAPPG; 2. Congresos y eventos; 3. Docencia/cursos; 4. Publicaciones; 5. Asistencia; 6. Pronunciamientos frente a situaciones políticas; 7. Departamento de Análisis Institucional; 8. Cuestiones interpersonales; 9. Orientación teórica y campos de práctica; 10. Relaciones con Asociaciones Nacionales e Internacionales; 11. Evolución del Análisis Institucional en la Argentina; 12. Dudas/hechos.

En el transcurso de esta *investigación-acción* o *investigación institucional* que está en procesamiento aún, fuimos advirtiendo los distintos momentos en cuanto a producción científica, a la participación en lo asistencial, al número de integrantes, al carisma o no de la Dirección, a la producción de eventos, a la incidencia ideológica del contexto social, etc.

En el mes de octubre de 1997 ya planteábamos que había indicios de que en la APPG, el actual Departamento carecía de autonomía desde su origen histórico. Esto lo confiaba a cierto aislamiento, apoyado en:

- la preponderancia de los desarrollos acerca de los pequeños grupos por sobre los referidos a las organizaciones y grupos institucionales;
- las políticas institucionales de distribución de poder subordinadas a la posesión de un marco teórico netamente psicoanalítico.

Nos planteábamos que *la existencia de este Departamento constituye un síntoma*, que como repetición parece subsistir con la doble característica de no ser autónomo históricamente y al mismo tiempo no ser eliminable. El horizonte de interpretación nos refería a la historia de la APPG y al campo de lo institucional desplegado por fuera de esta organización. Para poder incluir aquellas confrontaciones y debates teóricos que habitaban el campo de problemas de lo institucional, debimos optar entre un paradigma estructuralista y un paradigma histórico.

Comenzamos a anexar a la planilla mencionada, en secuencia cronológica, los hechos acontecidos en otras instituciones tales como la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA), la Escuela de Psicología Social, el Espacio Institucional, la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA), la Federación Argentina de Psiquiatras.

La eficacia de la investigación histórica consiste en que ella misma es un factor constitutivo del equipo, con un efecto de intervención.

Como *hipótesis de base* nos dijimos que *la institución* no es abarcable sólo desde el psicoanálisis, mientras que el psicoanálisis es fundamento suficiente –desde el posicionamiento teórico de la APPG– para *la pareja, la familia y el grupo*.

Nos preguntamos: *¿por qué existe el Departamento?*

Comenzamos a caracterizar lo institucional como un campo ligado a referentes políticos, sociales, económicos, antropológicos, para lo que no basta considerar los referentes conceptuales psicoanalíticos en «estado puro».

Volviendo a preguntarnos sobre la existencia del Departamento, surgieron los siguientes interrogantes: *¿por qué y para qué existe en relación con la Asociación?*

Así llegamos a delinear las tres preguntas que formularíamos en las encuestas a realizar.

Definimos *una muestra* pequeña, de diez a doce personas, a las que entrevistaríamos. Este grupo se caracterizó por constituir un universo heterogéneo en edad cronológica, en pertenencia departamental, en representación de distintos estamentos jerárquicos y con diferentes tiempos de inserción institucional.

La consigna a formular consistía en pedir a los entrevistados la mayor libertad posible en las respuestas, a partir de asegurar la reserva de sus nombres. Partimos de explicar nuestro objetivo de investigación solicitándoles su opinión, con el fin de obtener enunciados cualitativos, de razones de existencia del Departamento.

La *entrevista* duraba quince minutos y consistía en tres preguntas:

1. ¿Por qué piensa que se creó el Departamento de Análisis Institucional?
2. ¿Qué funciones cumple actualmente este Departamento?
3. ¿Qué funciones, le parece, deberían asignarse a este Departamento y qué tareas tendría que cumplir?

Acompañando este rastreo de campo para recoger la historia oral, recurrimos a las fuentes documentales, revisando actas, boletines y publicaciones.

En diciembre de 1997 teníamos construida la planilla donde volcamos los datos obtenidos mediante la transmisión oral de los propios integrantes del Departamento y de las fuentes documentales consultadas.

No hemos abierto un casillero con referencia a las reacciones frente a las entrevistas, pero nos llegan comentarios de que se percibe como una operación institucional que produce efectos más allá del Departamento.

5. Esquema de presentación del 26 de junio de 1998.

Esta primera presentación constituye un momento más de la investigación misma, dado que estamos en procesamiento, no en etapa cerrada, por lo cual, de la participación de los integrantes aquí presentes surgirán nuevos datos que sumaremos a nuestra indagación. Los tres momentos de esta presentación consisten en:

A.

1. Relato breve de *nuestra tarea de investigación* en sus sucesivos pasos, realizada hasta aquí.
2. Presentación de la planilla que será usada como apoyatura referencial en los distintos momentos de la presentación (ver pg. 99, punto 4 c).
3. Relato de los sucesos o episodios históricos significativos en orden cronológico.
4. Lectura de frases extraídas de las entrevistas que aportan datos históricos significativos y/o recurrentes respecto de los obtenidos en el rastreo documental.

5. Formulación de las líneas de sentido de la existencia sintomática del Departamento de Análisis Institucional.

B.

Formulación de la *consigna de participación de los asistentes* a la presentación:

«Pueden participar planteando en primer término si van a dar cuenta de *un hecho*, reforzando alguno presentado por nosotros o rectificándolo, *una conjetura* o *una hipótesis*.»

C.

Participación de los discutidores invitados: Dr. Aldo Schlemenson, especialista en análisis organizacional, y Lic. Ignacio Lewkowicz, historiador y asesor metodológico de esta investigación.

Sucesos o episodios históricos significativos:

1. La AAPPG se fundó en el año 1954. Lo hizo a instancias de la Asociación Americana de Psicología y Psicoterapia de Grupo de EEUU, a la que quedó afiliada desde el inicio. El núcleo fundador estaba constituido por psicoanalistas miembros de Asociación Psicoanalítica Argentina (APA).

Con respecto a la fundación, dos situaciones:

a) En el mes de mayo de 1998, con motivo de la inauguración del salón «José Bleger», una integrante del panel miembro fundador de la AAPPG, Gilou García Reinoso, recordó aquellos momentos iniciales con la siguiente frase: «Estaba con nosotros Arnaldo Rascovsky, quien *fue puesto* por la APA».

b) En el año 1957, la Editorial Paidós publicó «Psicoterapia del grupo. Su enfoque psicoanalítico». Sus autores eran los doctores L. Grimberg, M. Langer y E. Rodrigué. En la solapa y el prólogo, al hacer referencia a las inscripciones institucionales de esos autores, sólo se consignaron

sus cargos en la APA, a pesar de que habían sido fundadores de la AAPPG y ocupado cargos directivos en ella.

2. En el año 1974, mientras el doctor Dellarossa ocupaba la presidencia de la AAPPG, encargó a la Profesora Ida Butelman la organización de una *comisión de supervisión y asesoramiento institucional* para atender así consultas de las instituciones de la salud que llegaban a la AAPPG. Durante esos años, en el curso de formación que se dictaba en la institución, se incluía algún caso institucional en la materia «Abordaje de Material Clínico». En los años posteriores, la Comisión Directiva incluyó como asesores, sin previo acuerdo del claustro docente, a analistas institucionales.

3. En 1978, bajo la dictadura militar en Argentina, la Comisión Directiva sintió peligrar la existencia de la institución. Se tomaron algunas medidas de seguridad, como formas de entrada y salida de la sede. Se recurrió a pretextos administrativos y pedagógicos para separar de la institución a algunos de los alumnos.

Los grupos de reflexión, utilizados como dispositivos pedagógicos, fueron ejerciendo funciones de creciente control sobre la tarea de los docentes y los alumnos, amparados siempre en el secreto profesional. Fue lo que se llamó «el Reino del Encuadre».

4. En 1984, se «departamentalizó» la Asociación. Se fundó entonces el Departamento de Análisis Institucional, bajo la dirección de la Profesora Ida Butelman. Las reuniones de dicho departamento se realizaban en su estudio *porque allí estaban los libros necesarios*.

Por entonces se produjo una crisis en la APA –cuya resolución daría lugar a la fundación de otra asociación psicoanalítica reconocida por la IPA, la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). La AAPPG estaba presidida por un miembro de APdeBA y renunció otro psicoanalista, que mantenía su pertenencia a la APA y que

reclamaba la Dirección del Departamento de Análisis Institucional, por su condición de médico.

5. En 1985 fue la primera vez que una psicóloga no perteneciente a la IPA, Lic. Juana Gutman, asumió la presidencia de la APPG. En esos años APA y APdeBA abrían sus seminarios de formación y el análisis didáctico a los Licenciados en Psicología.²

6. En 1992, en el marco de una fuerte hegemonía del «Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares», nominación que había sido creada en 1988, la profesora Ida Butelman renunció a la Dirección del Departamento de Análisis Institucional. En su lugar, la Lic. Mirella Crema asumió la Dirección Interina, que al año siguiente quedó efectivizada.

7. En 1993, la Subcomisión de Investigación realizó un trabajo de investigación titulado «Pertenencia y alienación acerca del término Configuraciones Vinculares». La metodología consistió en una encuesta sociológica que apuntaba a revelar el perfil socio-profesional de los miembros de la APPG y sus opiniones sobre el núcleo principal de su producción teórica: las «configuraciones vinculares». El resultado de dicho trabajo mostró que la mayoría de los miembros de nuestra Asociación, eran además miembros de otras asociaciones profesionales y que los docentes, quienes tenían a su cargo la transmisión de los desarrollos teóricos de la Asociación, opinaban que el concepto *configuraciones vinculares*, tenía por función principal la distinción de la APPG dentro del campo psicoanalítico. Le otorgaban entonces un lugar de funcionalidad política más que de consistencia teórica. Dicho informe fue presentado en la apertura de una Jornada Anual. No se recuerda debate posterior.

² En Argentina, la formación que imparten las asociaciones psicoanalíticas reconocidas por la IPA estuvo, desde 1942 y hasta ese año 1985, dirigida exclusivamente a los médicos, condición impuesta por el Ministerio de Salud Pública a la fundación de la primera asociación, la APA.

8. En 1995, luego de un año de intenso trabajo (ateneos, seminarios, intervenciones), el Departamento de Análisis Institucional organiza una Jornada Abierta de concurrencia masiva, evaluada como muy satisfactoria.

9. En 1996, el Departamento parecía no existir. Los profesionales que permanecían en él se hacían cargo de las cátedras concursadas en el instituto de formación de la APPG (IPCV) y de algunas intervenciones, de las que no ha quedado registro. El año terminó con la renuncia de la Directora, Lic. Mirella Crema, quien sugirió tres opciones para su sucesión. De esa terna, la Comisión Directiva eligió a la Lic. Alicia Corvalán de Mezzano. En la primera reunión convocada por la nueva Directora, se hicieron presentes tres miembros del Departamento de Grupos que querían ingresar al de Análisis Institucional: la Lic. Bozzolo, la Lic. L'Hoste, y la Dra. Ventrici. Ante un cambio de horario propuesto por la Dirección, tanto la Lic. Crema como la Lic. Guebel manifestaron sus dificultades para concurrir a dichas reuniones y permanecen hoy en sus funciones docentes en el Instituto, en la cátedra de Análisis Institucional.

Representaciones obtenidas

En el curso de la investigación se fueron recopilando todos los datos que han sido ubicados en la planilla que fue presentada. De acuerdo al diseño, se realizaron las entrevistas para indagar qué representaciones tenían del Departamento los actores de la Asociación.

Se organizó así la encuesta con las tres preguntas mencionadas, para que fueran contestadas en una entrevista de quince minutos.

Estas encuestas, que son cualitativas, fueron aplicadas a miembros de los distintos estamentos de la Asociación: profesores, alumnos, secretarias y socios participantes de los distintos Departamentos, tomando en cuenta antigüedad y edad.

La encuesta arroja las siguientes representaciones:

- NO SE DAN RAZONES QUE DEN CUENTA DEL ORIGEN DEL DEPARTAMENTO. HAY RELATOS INCERTOS, DUDOSOS, BUSCANDO EXPLICACIONES PARA LLENAR EL HUECO.
- LAS TAREAS QUE REALIZA EL DEPARTAMENTO ESTÁN DESDIBUJADAS. ¿QUÉ HACE? NO SE SABE, SÓLO SE LO PUEDE IMAGINAR.
- SE OFRECEN PERCEPCIONES DE CÓMO SE LO VE. ES UBICADO RECURRENTEMENTE COMO SEPARADO DEL RESTO DE LOS DEPARTAMENTOS DE LA INSTITUCIÓN.
- ASÍ COMO HAY DESCONOCIMIENTO SOBRE LO QUE HACE, SE DESPLIEGAN DIVERSAS IDEAS SOBRE LO QUE DEBERÍA HACER
- UNA TENDENCIA ES LA DE INDIVIDUALIZAR AL DEPARTAMENTO EN TORNO A UNA TAREA DE INTERVENCIÓN SOBRE OTRAS INSTITUCIONES.
- LA OTRA TENDENCIA ES LA QUE CONSIDERA LA INVESTIGACIÓN QUE SE ESTÁ REALIZANDO COMO UNA OPORTUNIDAD DE INTERVENCIÓN INSTITUCIONAL SOBRE LA PROPIA AAPPG.

Algunas líneas de sentido de la existencia sintomática del Departamento de Análisis Institucional.

1. No se ha realizado una reflexión histórica para conocer y enfrentar la significación de los cambios producidos en los últimos tiempos: en la sociedad, en la AAPPG, en el propio Departamento y en el campo institucional. La dictadura militar corta, en este campo, el desarrollo de muchas de sus líneas e impide sus prácticas bajo el signo de la represión social. Recobrado el orden constitucional, se pro-

ducen transformaciones histórico políticas que, con una creciente hegemonía de las leyes del mercado, inciden en las organizaciones y en las mismas prácticas institucionalistas. Las transformaciones sociales producidas en el marco de la acentuada neoliberalización atraviesan el hacer y las conceptualizaciones del campo institucional.

2. El Departamento de Análisis Institucional constituye un reservorio de ciertos rasgos del gesto fundador de la APPG –en tanto lugar de nuevas prácticas no legitimadas por el psicoanálisis, como lo eran en ese entonces las grupales– al mostrar la insuficiencia del cuerpo teórico psicoanalítico para dar cuenta de las problemáticas de su campo. Por el otro, lo institucional aparece potencialmente como dueño de un saber acerca de la «Institución» que necesariamente incluye a la Institución Psicoanalítica.

3. El Departamento de Análisis Institucional nace acomulado al Departamento de Grupos. Cuando se legitima psicoanalíticamente la teoría de los grupos y al mismo tiempo, en el conjunto de la Asociación emerge y se consolida la teoría de las Configuraciones Vinculares, el Departamento de Análisis Institucional queda ubicado en un borde, por lo que se refuerza el lugar ambiguo que tiene en la Asociación.

4. En el campo social, se producen transformaciones profundas, que generan incertidumbres. En el espacio de producción de pensamiento, aumenta la necesidad de legitimar las prácticas dentro de marcos disciplinarios consensuados. No existe a nivel internacional ninguna organización que brinde semejante reaseguro en el espacio institucionalista.

5. La crisis de las significaciones que fundaron y sostuvieron las prácticas «psi» favoreció la ilusión de mantener un Departamento cuyas prácticas extramuros ampliaran el campo laboral. Éste es uno de los puntos de sostén imaginario que justifica la existencia del Departamento de Análisis Institucional.

Nos encontramos en la actualidad abocados a la construcción de instrumentos eficaces para la evaluación de los efectos de esta presentación, que serán comunicados en una próxima publicación.

**Gráfico obtenido por aplicación de técnicas bibliométricas
Nº de artículos publicados sobre el tema institucional entre
1961 y 1998**

Notas: 1984: Fundación del Departamento de Análisis Institucional.
1992: Primer cambio de Directora del Dpto.
1997: Cambio de Directora del Dpto.
Autora: Alicia Corvalán de Mezzano. Seminario Prof. Helio Carpintero. 1998.

Bibliografía

- Barela y otros (1992) *Barrio y memoria*. Instituto Histórico de Buenos Aires, 1992.
- Castoriadis, C. (1975) *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. I y II, Tusquets Editores, 1989.
- Clementi, Mezzano y otros (1994) «Memoria, historias e instituciones». Departamento de publicaciones, Facultad de Psicología, (UBA), 1994.
- Ferraroti, F. (1990) *La historia y lo cotidiano*. Centro Editor de América Latina, 1990.
- Freud, S. *Obras completas*. Amorrortu editores. T. 19.
- Gehring, P. (1991) «Entrevistas a tres generaciones». Revista *Historia y fuente oral*. Universidad de Barcelona, 1991.
- Hartog y otros (1992) *Subjetividad e historia en el fin de siglo*. Ed. Cea, 1995.
- Kaës, R. (1991) *Violencia de estado y psicoanálisis*. Centro Editor de América Latina, 1991.
- (1993) *Psychanalyse et representations sociales*. 1993.
- Le Goff, J. (1991) «El orden de la memoria». *Pensar la historia*. Ed. Paidós, 1991.
- Meyer, E. (1991) «Recuperando, recordando, denunciando, custodiando la memoria del pasado puesto al día. Historia oral en Latinoamérica y Caribe». Revista *Historia y fuente oral*, Barcelona, 1991.
- Mezzano, A. C. de (1996) *La Trolva y el Obrero: dos metáforas sociales*. Secretaría de Cultura, Facultad de Psicología, Serie Catálogos. Bs.As., 1996.
- «Memoria colectiva, recuerdos personales e instituciones». *Actas del XII Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de grupo*. 1994.
- Schwarzstein y otros (1991) *La historia oral*. Centro Editor de América Latina, 1991.
- Thompson, P. (1987) *Las voces del pasado*. 1987.

Pulsión e intersubjetividad *

René Kaës **

(*) Esta conferencia fue dictada por el Dr. Kaës en la AAPPG el 5 de agosto de 1999.

Trad.: Mirta Segoviano

(**) Psicoanalista. Presidente del CEFFRAP. Profesor emérito de la Université de Lumière, Lyon-2.

La cuestión de las pulsiones en el vínculo intersubjetivo

La cuestión de la pulsión casi no ha sido explorada cuando se trata de pensar la articulación del sujeto y del vínculo intersubjetivo. La pertinencia misma de la cuestión queda planteada por ejemplo en Pichon-Rivièr, cuando construye el concepto de vínculo y propone que sustituya al de pulsión. Define entonces la estructura vincular sobre la negación del narcisismo primario como el efecto de un proto-aprendizaje: las primeras experiencias sociales constituyen al sujeto mismo. Se trata aquí de una constante de su teoría del vínculo: en la interacción se produce la interiorización de la estructura de relación.

Si por el contrario, admitimos la pertinencia de la cuestión, debemos examinarla bajo un doble punto de vista. Por un lado, interroga la especificidad de una pulsión que estaría directamente implicada en la formación del vínculo, por ejemplo con la noción freudiana de una pulsión social. Por otro lado, interroga la formación misma de la vida pulsional en la intersubjetividad. En cada uno de estos puntos de vista la pulsionalidad está situada en el límite entre ligazón intrapsíquica y vínculo intersubjetivo. En esta conferencia, pondré el acento sobre el segundo enfoque del problema, pero evocaré antes algunos aspectos del primero.

1. PULSIÓN GREGARIA, PULSIÓN DE AFERRAMIENTO Y PULSIONALIDAD INTER-RÍTMICA

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, tras haber puesto en evidencia que la pulsión de vida es el ligante [*flant*] energético que sostiene las identificaciones sobre su base libidinal, Freud llega a preguntarse, no sin precaución, si no es útil formular la hipótesis de una pulsión *gregaria* o *social* o *de grupo*. Freud escribe: «nos cuesta acordar al factor numérico una importancia tal que le sería posible despertar por sí solo en la vida psíquica del hombre una pulsión nueva y ordinariamente no activada. Por eso, nuestras suposiciones se orientan hacia otras dos posibili-

dades: que la pulsión social pueda ser no-originaria y no-descomponible y que los comienzos de su formación puedan encontrarse en un círculo más estrecho, como por ejemplo el de la familia». La retoma de esta hipótesis por Slavson casi no hará avanzar el debate, mantenido en suspenso desde 1921 hasta los trabajos de los años 1960-70 sobre el apego. Las investigaciones realizadas por Bowlby abrieron otras perspectivas; sugirieron que previamente a toda investidura de objeto, la pulsión de aferramiento encuentra ante todo un fundamento en la necesidad vital de agarrarse al cuerpo de la madre. Establecer y mantener un contacto con la superficie de su cuerpo y con la actividad psíquica que acompaña los acercamientos, constituye una preparación a cualquier apuntalamiento de la pulsión sobre la experiencia de la satisfacción de las necesidades corporales indispensables para la vida. Las investigaciones realizadas sobre los autistas reunidos en grupo (G. Haag) permiten sostener la hipótesis de que en ellos la pulsión de aferramiento se encuentra particularmente estimulada. Pero esta hipótesis no lleva a concluir la existencia de una pulsión social originaria, en todo caso la pulsión a aferrarse podría constituir el comienzo de la formación de una tendencia secundaria, social, a seguir (*sequor*) y a agruparse (*grop*, la masa, el nudo). A esta corriente se unen las investigaciones que conceden un lugar determinante a la pulsión de dominio en la emergencia del vínculo y especialmente en la formación de la alteridad.

En lugar de concluir en la especificidad de una pulsión social, algunos trabajos se centraron sobre la pulsionalidad en grupo o de grupo. Un precursor de estos trabajos es la perspectiva abierta por J.B. Pontalis en 1963, cuando propuso la idea de que el grupo es un objeto de investidura pulsional y de representaciones inconscientes. Más recientemente, los trabajos de O. Avron han relanzado con precisión el debate sobre la pulsionalidad en la constitución del vínculo grupal. O. Avron despeja de la observación clínica la noción de un proceso inter-rítmico (o de interligazón rítmica) que señala un modo energético de ligazón entre los individuos presentes en un grupo. Supone así un fun-

cionamiento pulsional que garantizaría la ligazón básica de los psiquismos, un funcionamiento diferente al de la pulsión sexual y que se aproxima a los puntos de vista de Freud que hemos recordado.

La cuestión de la pulsión de muerte en el vínculo intersubjetivo

Aunque la invención de la pulsión de muerte se haya producido algunos años antes, en el movimiento del trabajo psíquico de la guerra, Freud subrayó sobre todo en *Psicología de las masas y análisis del yo* la fuerza de la ligazón de las pulsiones libidinales que subtienden los movimientos de identificación en la formación y el mantenimiento del vínculo intersubjetivo. En esa época no avanzó tan precisamente en el análisis de los efectos de la pulsión de muerte en la desagregación del vínculo, en el odio y en la violencia que atraviesan y a veces coagulan los vínculos de grupo. Habrá que esperar las graves meditaciones de *El malestar en la cultura* para abordar más frontalmente su incidencia. Sin embargo, es por la tensión entre las pulsiones de vida y la pulsión de muerte que son trabajadas las vicisitudes de los movimientos de ligazón y de desligazón en los grupos.

La noción de pulsión de muerte es hoy mejor diferenciada en sus componentes, bajo el efecto de sus manifestaciones violentas o mudas en la historia individual y colectiva: al lado de los efectos de destrucción y de autodestrucción masivas, de la reducción a lo inerte y a la indiferenciación, del retorno sobre sí de la agresividad normalmente dirigida al objeto, incluimos actualmente en la pulsión de muerte la desligazón necesaria para nuevas operaciones de ligazón y de reorganización, los movimientos de odio contra el objeto, ciertas conductas de riesgo u ordálicas. Estos componentes de la pulsión de muerte mantienen y regeneran el vínculo intersubjetivo. Cuando estos componentes agresivos o anárquicos de la pulsión de muerte no son tolerados por los miembros de un grupo, no hacen más que aumentar

la fuerza de los componentes propiamente letales de la pulsión de muerte.

E. Enriquez analizó el trabajo de la muerte en las instituciones, esencialmente en su componente destructivo.¹ Destacó cómo la violencia originaria fundadora de la institución o del grupo instituido, tal como Freud lo describe en *Tótem y tabú*, retorna constantemente en el proceso mismo de la institución: «las instituciones indican por defecto la posibilidad constante del asesinato de los otros», pero también, agregaremos nosotros, de sí mismas. Las instituciones se organizan para hacer frente a esos ataques destructivos fraticidas o parricidas construyendo pantallas a menudo muy frágiles que sirven para limitar los retornos a lo inerte (anonadamientos, impedimentos de pensar) o a lo informe, las proyecciones persecutorias y los actos violentos. Sin embargo, para vivir y regenerarse, para elaborar como crisis las violencias que la harían estallar, necesita de los componentes agresivos y anarquistas de la pulsión de muerte.

2. EL VÍNCULO COMO CONDICIÓN MISMA DE LA FORMACIÓN DE LA PULSIÓN

Vayamos ahora a la segunda perspectiva de nuestra cuestión. Un marco problemático general permite abordarla bajo el ángulo del trabajo psíquico impuesto por la situación intersubjetiva del objeto. Sostengo dos proposiciones:

1. Para hacer vínculo y nacer a la vida psíquica, el sujeto debe someterse a ciertas exigencias de trabajo psíquico impuestas por el encuentro con el otro, con más-de-un-otro o, para decirlo de otra manera, por «el encuentro con la subjetividad del objeto».

¹ Cf. E. Enriquez, 1987, «El trabajo de la muerte en las instituciones» en R. Kaës, J. Bleger y Col., *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*, Buenos Aires, Paidós.

2. Se desprende entonces netamente el componente intersubjetivo actuante en la formación misma de la pulsión.

1. La exigencia de trabajo psíquico impuesto a la psique por la situación intersubjetiva del sujeto

Freud propone la noción de una exigencia de trabajo psíquico (*die Arbeitsanforderung*) a propósito de la pulsión en los *Tres ensayos*, luego en *Pulsiones y destinos de pulsión*: «la “pulsión” nos aparece –escribe Freud– como un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, como un representante psíquico de las excitaciones surgidas del interior del cuerpo y llegadas al alma, como la medida de la exigencia de trabajo impuesta a lo psíquico a consecuencia de su correlación con lo corporal» (1915, G.W., X, 214). La pulsión como trabajo se definiría por las operaciones de ligazón o de transformación exigidas a la psique para realizar su meta de satisfacción o de supresión del estado de tensión.

La noción de una exigencia de trabajo psíquico impuesta por la subjetividad del objeto se inscribe en un debate central del psicoanálisis. Mucho antes de la segunda tópica y *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud esboza una perspectiva sobre la función del otro y sobre el vínculo en la vida psíquica: desde su primera definición de la identificación (1897), desde sus interrogaciones sobre la psicopatogénesis en *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna* (1908), y con *Tótem y tabú* (1912-3) sobre la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. Unos meses más tarde, redactando *Introducción del narcisismo*, Freud interroga la función del otro en la psique del sujeto y la inscripción de éste en una cadena intersubjetiva e intergeneracional de la que es a la vez el eslabón, el servidor, el heredero y el beneficiario.

No es por lo tanto correcto presentar toda la primera tópica como fundada sobre una representación autárquica o solipsista del aparato psíquico: si el encuadre teórico del

espacio intrapsíquico era necesario para conocer su configuración y tratar sus conflictos, la clínica y la especulación abrieron ventanas hacia los bordes de este espacio, hacia la psique del otro y de un conjunto de otros.

Esta toma en consideración de lo que llamo *correlaciones de subjetividades* está en el centro de las investigaciones contemporáneas sobre la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. Ella obliga a reevaluar las tesis clásicas sobre la relación de objeto: si éstas reintrodujeron el objeto en el sujeto, no siempre destacan lo suficiente las consecuencias de la introyección del vínculo con un objeto animado de vida psíquica propia, no toman lo bastante en consideración *la experiencia de la relación del sujeto con la subjetividad del objeto*. El concepto de *Erfahrung* califica precisamente en Freud esta cualidad de la experiencia que J. Laplanche definió como movimiento al contacto del movimiento del objeto. Tal concepto cruza al de correlación de subjetividad: cualidades y relaciones que pertenecen a este objeto son incorporadas o introyectadas con el objeto.

Estas ideas nos son ya familiares. Nos hemos vuelto sensibles a la cualidad del trabajo psíquico que la actividad de representación y de identificación de la psique materna impone a la subjetividad del bebé. Los conceptos de función alfa, de capacidad de *réverie*, de cripta y de fantasma, de visitantes del yo o de porta-palabra se inscriben en este abordaje de las correlaciones de subjetividad. Precisamente los defectos de esas funciones y de esas capacidades revelaron la dimensión subjetiva del objeto en las graves deformaciones del aparato psíquico, especialmente en la clínica de las psicosis, de los trastornos psicosomáticos, de los estados-límites y de las perversiones. Todas estas patologías describen cierta cantidad de fallas o de insuficiencias de la presencia del otro en el objeto: son enfermedades de las correlaciones de subjetividad.

La experiencia del grupo nos obliga a ir más lejos en esta vía: no podemos asimilar la consistencia del vínculo

intersubjetivo a una serie de relaciones de objetos ni perder de vista las modalidades de la presencia del otro *en el objeto*. Debemos prestar atención a las exigencias de trabajo impuestas a la psique por las correlaciones de subjetividad de las que procede el sujeto.²

¿Cuáles son las exigencias de trabajo psíquico impuestas por las correlaciones de subjetividad?

Distingo cinco (las expuse más ampliamente en *El grupo y el sujeto del grupo*).

La primera deriva de la correlación de la psique con la investidura pulsional que recibe del objeto. Esta investidura y las representaciones que le están asociadas juegan un papel decisivo en la formación de las pulsiones; la cuestión del apuntalamiento está pues en el centro de esta primera proposición. Es así como la investidura narcisista del recién nacido por parte de sus padres y por parte del conjunto intersubjetivo en el que nace a la vida psíquica impone a su psique, como a la de los otros, un cierto trabajo de ligazón y de transformación. Propongo considerar el *contrato narcisista* (descrito por P. Aulagnier) como la medida de este trabajo.

La segunda exigencia de trabajo psíquico procede de la correlación de la psique con los procesos responsables de la formación del inconsciente, en cuanto dependen en parte, pero expresamente del conjunto intersubjetivo del que el sujeto es parte interesada y parte constituyente. Aquí están implicados los procesos ligados a la presentación de las Prohibiciones fundamentales. La medida del trabajo psíquico requerido en esta correlación de subjetividad se expresa en las *alianzas inconcientes*; éstas son producidas por las operaciones de co-represión, de renegación en co-

² Cf. R. Kaës, 1998, «L'intersubjetivité: un fondement de la vie psychique. Repères dans la pensée de P. Aulagnier», *Topique*, 64, 45-73.

mún y de rechazo colectivo, y bajo el efecto de los renunciamientos necesarios para establecer la comunidad de derecho.

La tercera exigencia de trabajo psíquico impuesta a la psique por las correlaciones de subjetividad es satisfacer la necesidad de establecer vínculos psíquicos con sus objetos, particularmente aquellos de los que depende para recibir su amor, pero también aquellos que ha instalado en ella bajo el efecto de diversos procesos: incorporación, identificación proyectiva, introyección. La medida de este trabajo es la *identificación*.

La cuarta exigencia deriva de la correlación de la psique con la formación del sentido y de la actividad representacional del otro, más generalmente del conjunto de los sujetos hablantes, ligados entre sí por representaciones compartidas y significantes comunes. Estas formaciones son necesarias para las identificaciones, y a cambio éstas las sostienen. Propongo considerar la *interpretación* como la medida de este trabajo.

Distingo una quinta exigencia impuesta a la psique por las correlaciones de subjetividad. Se trata de una exigencia de *no-trabajo psíquico*: en esta categoría entran todas las medidas de no-vínculo, de retiro de investidura, de desidentificación, de no-pensamiento o de abandono de pensamiento.

La formación de la pulsión oral y la introyección del seno constituyen el paradigma de la mayoría de estas exigencias: el «seno» en cuanto está animado por la subjetividad del objeto. Con el «seno» se introyecta el representante del narcisismo primario, se suscitan represión y renunciamiento, se «tragan» sentido y vínculo. Cada una de estas exigencias de trabajo psíquico no implica sólo al objeto, sino al otro del otro (J. Lacan), al otro del objeto (A. Green) y lo que designo como el otro *en* el objeto. En efecto, es importante distinguir el otro y el objeto: el otro, presente en el objeto, es irreducible a su interiorización

como objeto, aun cuando toda la pulsación libidinal tiende a integrarlo en unidades cada vez mayores, y cuando el componente letal de esta misma pulsación tiende a reducirlo a lo mismo.

Estas cinco exigencias de trabajo psíquico bajo el efecto de las correlaciones de subjetividad forman una base de hipótesis para introducir la problemática de la intersubjetividad en la psique del sujeto singular.

2. *La cuestión del apuntalamiento de la pulsión en la intersubjetividad*

Si el otro y la subjetividad del objeto intervienen de una manera decisiva en los destinos de la pulsión, si la cualidad de la experiencia de satisfacción incluye la cualidad de la satisfacción experimentada por el objeto mismo, es decir la cualidad de la actividad psíquica de la madre, es necesario volver a la teoría del apuntalamiento para articular pulsión e intersubjetividad.

Hace unos quince años expuse mi punto de vista acerca de este asunto crucial de la cuestión del apuntalamiento.³ A partir de un estudio crítico realizado en el conjunto del texto de Freud, distingui tres momentos de la evolución del concepto de *Anlehnung*. El primero, el mejor conocido, es el de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905): el apuntalamiento es la pieza maestra que sostiene el edificio freudiano en el pasaje que continuamente construye entre lo biológico y lo psíquico. *Anlehnung* es ahí evocador de un origen o de un fundamento y, como lo ha señalado J. Laplanche,⁴ de una derivación más que de un puntal. Es notable que en ese primer momento, las cuatro dimensiones de la pulsión:

³ R. Kaës, 1984, «Étayage et structuration du psychisme», *Connexions*, 44, 11-48 [«Apuntalamiento y estructuración del psiquismo», *Rev. AAPPG* TXV nº 3-4 y TXVI nº 1-2].

⁴ J. Laplanche, 1970, *Vie et mort en psychanalyse*. París, Flammarion.

empuje, objeto, meta y fuente, son enteramente consideradas desde el punto de vista intrapsíquico, y únicamente desde el punto de vista económico.

El segundo momento se inicia en 1910, con la modificación de la primera teoría de las pulsiones y con la correspondiente problemática del yo y de la elección del objeto sexual, como lo ha destacado Guillaumin: la problemática del apuntalamiento (*die Anlehnung*) se mantendrá en sus primeras dimensiones, pero será coextensiva del vínculo *primario* en el apoyo sobre la *madre* y de la problemática unidad-fragmentación. La subjetividad del otro aparece entonces como un término decisivo del apuntalamiento. Es lo que ocurre cuando Freud formula la idea de que el narcisismo primario del niño toma apoyo, impulso, modelo sobre la investidura narcisista que recibe (o no recibe) de sus padres. Lo mismo sucede cuando esboza la idea de que en la formación de la pulsión de autoconservación y en la pulsión libidinal la experiencia de satisfacción experimentada por el objeto de apuntalamiento es decisiva.

El tercer momento se inscribe en una continuidad problemática con el precedente. Lo precisa y desvía en una dirección que deja asomar el efecto de la pulsión de muerte cuando Freud articula las relaciones del apuntalamiento con la pérdida del objeto de amor, el desamparo (*Hilflosigkeit*), pero siempre con las formaciones colectivas puesto que delimita el papel jugado por la función del ideal y las formaciones de la cultura. Estas nuevas consideraciones sobre el concepto de apuntalamiento serán particularmente desarrolladas en los textos llamados «antropológicos» o «sociológicos» de Freud, en 1927 (*El porvenir de una ilusión*) y en 1930 (*El malestar en la cultura*).

El apuntalamiento de la pulsión de muerte en la intersubjetividad

Es preciso volver a la pulsión de muerte. Aunque su teorización en términos de apuntalamiento no haya sido

efectuada ni por Freud, ni después de él, me parece posible sostener esta noción principalmente porque pulsión de muerte y pulsión de vida no son simétricas; no sólo porque la pulsión de muerte es aquí también la medida de la exigencia de trabajo impuesto a la psique por su correlación con lo biológico: identidad o retorno a lo mismo, tendencia hacia un estado de no-tensión, destrucción del objeto y de sí mismo. Las metáforas freudianas en *Más allá del principio del placer* no dejan de hacer referencia a estos componentes.

Pero atenerse a este nivel de la construcción sería hacer poco caso a otras dimensiones de la pulsión de muerte en las cuales intervienen la subjetividad del objeto y la inter-subjetividad. Recordemos aquí cómo muy tempranamente (carta a Fliess del 31 de mayo de 1897) Freud describe el incesto como «un hecho antisocial», es decir un cierto retorno a lo mismo y no solamente a lo idéntico. La prohibición del incesto, que será uno de los más potentes motivos en *Tótem y tabú*, es el único obstáculo a la regresión de la sociedad natural hacia la horda, el estado de masa, la confusión y la hipercondensación; es el complemento del renunciamiento al fraticidio. La pulsión de muerte trabaja los grupos como la psique individual: desagrega, pero también diferencia.

En los vínculos de grupo, y sin duda en cualquier forma de vínculo, nos vemos confrontados con el trabajo de la pulsión de muerte en esos dos momentos antagonistas que son la institución del vínculo (la violencia de los orígenes) y la desagregación del vínculo. No podemos pensar la pulsión de muerte sólo a partir de su determinación intrapsíquica, sino que debemos situarla en las vicisitudes del encuentro con el objeto, con la experiencia del objeto, con lo mortífero transmitido por el objeto. El niño no es sólo el heredero y el servidor de las pulsiones narcisistas y libidinales que atraviesan y sostienen la sucesión de las generaciones, es también el heredero y el servidor del psiquismo no ligado, derrumbado sobre sí mismo y destructor que recibe de sus padres y de las relaciones de éstos con sus

propios padres. La pulsión de muerte se apuntala sobre el objeto melancólico (cf. el complejo de la madre muerta en A. Green) en el duelo imposible de los padres y del sobreviviente ante la muerte de un niño. Se apuntala sobre la experiencia del no-vínculo y del no-sentido transmitido, a veces inyectado en la relación con el otro. La experiencia del grupo, el acompañamiento psicoanalítico de los equipos de tratamiento psiquiátrico son ocasión de vivir y de elaborar la resonancia excepcional de la pulsión de muerte en el vínculo, y el apoyo que ésta toma sobre él. Sabemos entonces con una cierta precisión que la insuficiencia del para-excitaciones externo expone al sujeto, y *a fortiori* al *infans*, a la amenaza de la muerte psíquica, a una agonía psíquica (D. W. Winnicott).

La transformación de las excitaciones en pulsión

En la cura y quizá más netamente en los grupos, es posible comprender cómo la transformación de las excitaciones asociadas a la no-satisfacción de la necesidad en pulsiones, y ulteriormente en fantasías de deseo, no ha tenido éxito a causa de las dificultades surgidas en la relación precoz entre el niño y el entorno familiar. Cuando las circunstancias hacen posible esta transformación, el componente intersubjetivo activo en la formación de la pulsión aparece netamente. Es lo que Freud evoca cuando incluye los cuidados maternos, es decir la cualidad de la actividad psíquica del objeto,⁵ en las condiciones intersubjetivas que permiten la transformación de la necesidad en pulsión: para posibilitar, en la relación primordial, que las fuentes pulsionales del bebé sean estimuladas y que las excitaciones se organicen como proceso, es necesaria una suficiente animación psíquica. La fuente de la pulsión no es solamente «salida del interior del cuerpo», localizada en un órgano, una parte del cuerpo: si la rabdomante materna no llega a

⁵ cf. nota 4 en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911)

detectarla, a sacarla a la luz y hacerla brotar, esta fuente permanece estrictamente potencial.

Las características del dispositivo de grupo precisan estas proposiciones. El grupo reúne a varios sujetos, lo más a menudo extraños unos a otros en el momento del encuentro inicial. Cada uno de los miembros del grupo se ve así confrontado con un encuentro múltiple e intenso con varios otros, objetos de investiduras pulsionales, emociones, afectos y representaciones diversas, en resonancia o en disonancia unos con otros. He supuesto que, en tal situación, en un juego complejo de proyecciones y de identificaciones reciprocas, se producen y sostienen una co-excitación interna y una co-excitación mutua importantes.

La pluralidad en la situación de grupo desarrolla experiencias pasajeras de desborde y de puesta en fallo de la capacidad de asociar las estimulaciones excitadoras con representaciones. Si los dispositivos para-excitadores son insuficientes, estas experiencias son potencialmente traumátogenas. Si admitimos la hipótesis de Freud según la cual lo originario se constituye probablemente en ocasión de la ruptura del para-excitaciones, se encuentran así reunidas ciertas condiciones que concurren a la formación del inconciente originario.

Postulamos aquí la idea de una correlación más o menos constante entre los componentes intrapsíquicos y los componentes intersubjetivos del para-excitaciones. Por el hecho de la pluralidad a la que son confrontados los miembros de un grupo y de la «relación de desconocido» que ahí se anuda, los miembros del grupo utilizan mecanismos de defensa conjuntos y comunes: identificaciones de urgencia, un cierto renunciamiento a realizaciones pulsionales directas tácitamente consentido sin que cada uno lo sepa; «se» produce así un cierto arreglo inconsciente de las zonas psíquicas donde el vínculo es posible. Desde los primeros instantes de la vida de los grupos la represión, la renegación o el clivaje de las representaciones peligrosas trabajan en la producción de lo inconciente. Estos mecanismos de

defensa co-construidos forman el principio de las alianzas inconscientes. Los contenidos inconscientes de estas alianzas retornan en las modalidades de las transferencias y del trabajo asociativo, según las vías propias de cada uno pero también a través de las producciones psíquicas del grupo como conjunto.

De estas investigaciones se desprenden algunas proposiciones esenciales:

– la idea de que la pulsión se construye como organizador de la excitación; que es el resultado del trabajo del para-excitaciones interno, es decir, de la actividad fantasmática del yo, y del para-excitaciones externo, que la función alfa, la ensoñación materna, la función de porta-palabra de la madre garantizan. Este trabajo es el del apuntalamiento de la pulsión en la intersubjetividad.

– Cuando los para-excitaciones fallan, por ejemplo en un retorno frente a frente durante la cura individual, o en el período inicial de los grupos, la regresión de la pulsión hacia la excitación produce un efecto de desligazón pulsional. Vemos en marcha ahí, por defecto, la correlación entre pulsión e intersubjetividad.

– La noción de la regresión de la pulsión hacia la excitación por falla de las conjunciones intrapsíquicas e intersubjetivas se verifica constantemente en las experiencias traumáticas, cualquiera sea su origen, y ya se trate del bebé, del adolescente o del adulto. Daré un ejemplo de esto en la cura individual: al final de la cura, me ocurre proponer a ciertos analizantes un retorno progresivo hacia el frente a frente alternando con sesiones acostados. Este dispositivo reconduce regularmente hacia los nudos traumáticos del sujeto. Así, una de mis pacientes particularmente sensible a las captaciones imaginarias de la mirada, evoca, de regreso en el diván tras una sesión frente a frente, varias situaciones traumáticas que surgen con una excitación sorprendente, incluso para escenas ya trabajadas durante la cura: escenas de seducción bajo la mirada del padre, ame-

naza de agresión con un cuchillo por parte de un enfermo bajo la mirada de los terapeutas anonadados. Que la función continente, para-excitadora e interpretante del analista sea eficaz o ineficaz en la transferencia muestra claramente la incidencia del vínculo en la regresión y en la transformación de la pulsión.

Resumen

La cuestión de la pulsión casi no ha sido explorada cuando se trata de pensar la articulación del sujeto y del vínculo intersubjetivo. La pertinencia misma de la cuestión queda planteada por ejemplo en Pichon- Rivièrre, cuando construye el concepto de vínculo y propone que sustituya al de pulsión. Si por el contrario, admitimos la pertinencia de la cuestión, debemos examinarla bajo un doble punto de vista. Por un lado, interroga la especificidad de una pulsión que estaría directamente implicada en la formación del vínculo, por ejemplo con la noción freudiana de una pulsión social. Por otro lado, interroga la formación misma de la vida pulsional en la intersubjetividad. En cada uno de estos puntos de vista la pulsionalidad está situada en el límite entre ligazón intrapsíquica y vínculo intersubjetivo. En esta conferencia se acentúa el segundo enfoque del problema, pero se evocan antes algunos aspectos del primero.

Summary

The issue of the drive has almost remained unexplored when it comes to think about the articulation between the subject and the intersubjective link. Its relevancy is put forward by Pichon-Rivièrre, for instance, when he builds up the concept of link and suggests that it replaces the drive concept. On the contrary, if we admit the pertinency of said issue, we have to examine it from a double point of view. On the one hand, it opens up a question on the

specificity of a drive that would be directly involved in the link formation, for example, with the Freudian notion of a social drive.

On the other hand, it introduces the question of the sheer formation of the driving life within intersubjectivity. According to each of these views, the drive is placed on the boundary between the intrapsychic bond and the intersubjective link. At this conference, this second approach is emphasized, though certain aspects of the first one are also mentioned.

Résumé

La question de la pulsion n'est guère explorée lorsqu'il s'agit de penser l'articulation du sujet et du lien intersubjectif. La pertinence même de la question est posée par exemple chez Pichon-Rivière qui, lorsqu'il construit le concept de lien, propose d'en effectuer la substitution à celui de pulsion. Si au contraire on admet la pertinence de la question, nous avons à l'examiner sous une double face. D'un côté elle interroge la spécificité d'une pulsion qui serait directement impliquée dans la formation du lien, par exemple avec la notion freudienne d'une pulsion sociale. D'un autre côté elle interroge la formation même de la vie pulsionnelle dans l'intersubjectivité. Sur chacune de ces faces la pulsionalité est située à la limite entre liaison intrapsychique et lien intersubjectif. Dans cette conférence, on met l'accent sur la seconde face du problème, mais on évoque d'abord certains aspects de la première.

**Yo, Sujeto e
Identificación.
Elementos para
una discusión * [¹]**

Yves Lebeaux

- (*) «Je, Sujet et Identification. Éléments pour une discussion». Este artículo fue originalmente publicado en 1986, en la Revista *Topique*, nº 37.
- Trad. Mirta Segoviano
- [1] Existe una dificultad para diferenciar terminológicamente en castellano *Je y Moi*, ambos traducibles por *yo*. Para distinguirlos, utilizaremos *Yo*, con mayúscula, para *Je* y reservaremos la minúscula para traducir, como habitualmente, la instancia tópica del *yo*. Lo mismo ocurre con *parole* y *mot*, para las que en castellano contamos sólo con *palabra*. Sin embargo, existe entre los términos franceses una diferencia de matiz que a veces toma en psicoanálisis una importancia significativa. Distinguiremos *parole* traduciéndola como *palabra hablada* (que precisa esa diferencia), cada vez que la claridad del texto lo exija. *[N. de la T.]*

Cuando un autor que se pretende riguroso elige utilizar términos nuevos, es porque tiene que decir algo que los discursos en uso no le permiten formular en forma adecuada, es porque se ve llevado a elaborar conceptos que no encuentran su lugar en las construcciones teóricas existentes. Cuando Piera Aulagnier elige hablar del Yo, cuando toma distancia con relación a una literatura analítica de lengua francesa donde más comúnmente sigue tratándose de Sujeto o de yo, es porque introduce una problemática y una perspectiva que las herramientas conceptuales disponibles no le permiten articular de manera satisfactoria. Quijiera intentar aquí reflexionar sobre la lógica y las implicaciones de tal elección. Mostrando ante todo que implica una crítica muy precisa de la teoría lacaniana y de la concepción que ésta propone de las relaciones entre Sujeto y yo. Esforzándome luego en echar luz sobre lo que el concepto de Yo aporta de nuevo y original en el discurso psicoanalítico sobre la subjetividad. Interrogándome finalmente sobre las dificultades y las oscuridades que tal reformulación puede dejar subsistir, en particular con respecto al problema de la identificación. Espero que este recorrido permita reunir los elementos de una discusión que ayude a ubicar y formular mejor algunas cuestiones importantes.

La crítica del concepto lacaniano de sujeto

Uno de los ejes capitales de la relectura de Freud operada por Lacan fue muy pronto la puesta en primer plano en el campo psicoanalítico del término y del concepto de sujeto. Se trataba de reformular la metapsicología freudiana desde una perspectiva y un marco epistemológico que se sitúan muy cerca del centro de la experiencia analítica –alguien habla a otro y esta palabra prueba tener efectos de mutación subjetiva verificables. La práctica de la asociación libre permite descubrir la existencia de un deseo y de un saber, por lo tanto de un sujeto, ahí donde menos se lo esperaría: en las formaciones psicopatológicas y las producciones psíquicas que escapan al dominio de la conciencia. Este descubrimiento lleva como recompensa a una

transformación profunda del concepto de sujeto. Si en un sentido muy general y comúnmente retomado, el término sujeto sigue designando al ser humano en tanto hablante, cognoscente y deseante, en Lacan adquiere además una acepción mucho más precisa y directamente regida por la lógica propia de la experiencia analítica. El sujeto es entonces concebido como efecto del significante; sólo aparece en la medida en que es representado, en tanto producido por la articulación de un mínimo de significantes. La paradoja es que sin embargo permanece irreductible a todo lo que sería representación y significación: la tesis de Lacan es que la palabra hablada determina al sujeto más acá del punto en que da lugar a una comprensión, a la consideración intencional de un objeto de discurso comunicable, más acá del vínculo asegurado por el uso lingüístico entre significante y significado. El sujeto está así a la vez presente y ausente en la cadena significante que soporta la palabra hablada, se manifiesta en forma privilegiada en todo aquello que del discurso escapa a la intención consciente del que lo pronuncia. Esencialmente inconciente y dividido, sólo puede ser aprehendido en la resignificación de un enunciado que ha tenido un efecto de verdad y que remite al acto de una enunciación irreductible al enunciado y siempre a retomar. Inasimilable a cualquier cosa del orden de la sustancia, del ser pensante, tal sujeto está por el contrario afectado por una falta radical que lo hace forzosamente deseante, pero deseante de un deseo que es menos deseo de satisfacción que deseo de reconocimiento: el deseo que deviene aquí aquello que no deja de significarse y de buscar hacerse escuchar, aquello que se encuentra subtendido y permanentemente relanzado por la falta inscrita en la psique de un objeto-causa radicalmente heterogéneo al campo de lo figurable y de la representación. Aquí se ubica la oposición neta entre el sujeto y el yo, formándose este último a partir de la imagen espejular y estando constituido por la suma de las identificaciones con los semejantes que tuvieron valor de referencias ideales en la historia de un sujeto. De esto resulta un desmantelamiento del concepto de identificación que se verifica remitir a mecanismos y a operaciones forzosamente heterogéneas.

Conviene diferenciar al menos tres modos de identificación: la identificación imaginaria con uno u otro rasgo del objeto perdido que ha funcionado como presentificación del ideal del yo; la identificación simbólica con uno u otro lugar determinado por reglas culturales que mediatizan la ley más radical del lenguaje, la identificación con el Nombre de aquél que se encuentra designado en tal sistema como el Ancestro o el Padre simbólico; la identificación con el objeto-causa del deseo en tanto la huella de su falta se ha inscrito en la fantasía inconsciente, elaborada a partir de las situaciones y de los objetos que determinaron las primeras demandas del sujeto y que por lo tanto han tomado para él valor de significantes del X, del término faltante que causa su deseo y define la forma como él se sitúa con relación al Otro. Otro con O mayúscula porque no se trata aquí del semejante, del *alter ego* del que se puede hacer una representación, sino de esa instancia de alteridad implicada por toda palabra hablada en la medida en que apela a un destinatario y a un reconocimiento de la verdad que ella hace surgir. Para Lacan el individuo humano sólo es aprehensible en el campo psicoanalítico como un sujeto atrapado de entrada en esta dialéctica de la relación inconsciente con el Otro, en la sincronía de una estructura determinada por las leyes del lenguaje y que remite a una alteridad irreductible a cualquier otro concreto: el Otro designa justamente el punto donde la palabra hablada, esencialmente por su faceta de significante, a la vez inscribe al sujeto en la dimensión de la verdad y lo excluye de cualquier relación directa con esta verdad. La paradoja, es que Lacan asigna por otra parte como fin –en el doble sentido del término– a la cura analítica el advenimiento de este sujeto no obstante dado de entrada y estructuralmente determinado. *Wo es war, soll Ich werden*: toda la ética del psicoanálisis consiste aquí en esta necesidad y este deber para el sujeto de advenir asumiendo el lugar que en un sentido era desde siempre el suyo, reconocerse deseante de un deseo comandado por los significantes que especificaron su relación con la falta pero en el que se encuentra el poco de libertad y de juego dejados al ser humano por la estructura.

Aunque breve y esquemático, este resumen de las tesis elaboradas por Lacan en los seminarios de los años 50-60 debería permitir situar en forma más precisa la distancia entre el concepto de Sujeto y el concepto de Yo, articular mejor la crítica de la perspectiva lacaniana que contiene la introducción por Piera Aulagnier del término Yo.

Un primer punto decisivo es evidentemente el rechazo de la extensión dada por Lacan al campo de aplicación del concepto de significante. Para Piera Aulagnier, sólo es legítimo utilizar este concepto en el dominio del lenguaje organizado. El advenimiento del Yo está precisamente ligado a la posibilidad para el *infans* de acceder verdaderamente a la palabra, de nombrar sus representaciones y sus afectos que hasta entonces dependían de modos de organización de la vida psíquica –originario y primario– en los que no podría tratarse de significante en el sentido riguroso y lingüístico del término. Este acceso a la palabra hablada es en un mismo movimiento acceso a la representación ideica, único soporte posible de un saber coherente, y principalmente de ese saber de sí mismo por sí mismo que constituye al Yo como instancia específica. De todas maneras, la barra puesta por Lacan entre el significante y el significado es rechazada: la subjetividad cuyo advenimiento permite el Yo, se funda por el contrario sobre la comprensión, por limitada que ésta sea, del Yo por él mismo gracias a la mediación de la nominación y de la idea. Ya no es posible instituir una heterogeneidad radical entre Sujeto y yo, la oposición entre simbólico e imaginario debe ser retomada como una dialéctica interna al Yo mismo y constitutiva de su definición. Efectivamente, a partir del momento en que se encontraba recusada la pertinencia de la oposición neta hecha por Lacan entre un Sujeto esencialmente inconciente, determinado por lo simbólico, y un yo esencialmente consciente, atrapado en la ilusión de lo imaginario, se imponía la necesidad de elegir un término nuevo.

Pero también se imponía en la medida en que Piera Aulagnier rechaza seguir a Lacan hasta el fin en su tentati-

va de hacer coincidir el campo del psicoanálisis con el del sujeto. La subjetividad de la que el Yo constituye el advenimiento, no está ahí desde siempre, no es posible hacer superponer íntegramente existencia de un psiquismo y existencia de un sujeto. Para dar cuenta de la clínica, tanto como de los datos de la observación empírica, hay que dar lugar a un modo de representación y de organización de la vida psíquica en el cual la dialéctica sujeto/Otro no puede operarse puesto que la diferenciación entre el sujeto y el Otro no se ha efectuado aún. El recurso a la noción de originario responde a esta necesidad de introducir, dentro mismo del campo psicoanalítico, una articulación entre la subjetividad hecha posible por el acceso a la palabra hablada y un más acá de esta subjetividad constituido por las primeras representaciones psíquicas de la relación del individuo con el mundo y consigo mismo, representaciones precisamente caracterizadas por la ausencia de toda referencia que permita dividir los elementos de la experiencia entre un polo subjetivo y un polo de exterioridad, de alteridad. En cierta manera, lo originario reintroduce también el cuerpo dentro del campo del psicoanálisis, puesto que su organización es estrechamente dependiente de las exigencias y de los ritmos de un funcionamiento biológico que le provee por otra parte sus primeros modelos representativos. La subjetividad debe pues confrontarse con un más acá y con un más atrás de ella misma. No se deja aprehender en la sola dimensión de la estructura y de la sincronía. Es preciso volver a dar su lugar a la génesis y a la diacronía, tomar en cuenta el hecho de que los diferentes modos de funcionamiento psíquico se instalan uno tras otro, en un orden que instituye a la vez una heterogeneidad radical y una dependencia insuperable entre el Yo por un lado, lo originario y lo primario que lo han precedido por el otro.

Otro punto de divergencia es el lugar que conviene conceder al pensamiento y a la realidad en la teoría psicoanalítica. En la medida en que, para Lacan, la verdad del sujeto está esencialmente de lado del inconsciente, del lado del significante en tanto separado del significado, del lado de la enunciación que viene a hacer ruptura con la significa-

ción manifiesta del enunciado, el pensamiento como aprehensión organizada y comunicable de una realidad objetiva se encuentra radicalmente sospechado y en última instancia descalificado. La coherencia y la inteligibilidad del mundo amenazan ser sólo un anzuelo imaginario y venir a enmascarar lo que, en la relación del sujeto con lo real, excede el registro de la representación. El Yo de Piera Aulagnier se funda en cambio sobre la validez relativa del saber, sobre la necesidad de un mínimo de comprensión de la realidad externa e interna. De allí la insistencia sobre la dimensión de lo comunicable y de lo compatible en la relación con lo verdadero y en las relaciones intersubjetivas –en particular en esta relación específica que es la cura analítica. De allí la necesidad para el Yo de disponer de un mínimo de referencias identificatorias que no estén sometidas a la amenaza de una vacilación o de una puesta en duda radicales. La sociedad, la cultura y la historia, ocupan en consecuencia en el espacio analítico un lugar diferente. Ya no son sólo un marco exterior y una condición de posibilidad empírica para una dialéctica sujeto/Otro que se jugaría en una dimensión radicalmente heterogénea, vertical, en última instancia trascendente. Proveen al Yo el contenido mismo de las representaciones a partir de las cuales puede edificar el saber de sí para sí que lo define. Imponen tomar en cuenta la cuestión del referente de la representación y del lenguaje, la cuestión de la existencia de un mundo común a todos los sujetos y de un conocimiento de la realidad que, por limitado e imperfecto que sea, sigue siendo sin embargo la referencia obligada de toda comunicación. Por otra parte hacen de la temporalidad el horizonte insuperable del Yo, la posibilidad para este último de identificarse siendo inseparable de la elaboración de un proyecto y de la construcción de una representación supuesta de su pasado y de su origen. Pero aquí la crítica de las tesis lacanianas nos hace encontrar el aporte más específico del concepto de Yo: una nueva forma de legitimar, dentro del campo psicoanalítico, el pensamiento y la historia.

El pensamiento y la historia

Cuando leemos lo que escribe Piera Aulagnier sobre el advenimiento del Yo y sobre su diferencia con el fantaseante, puede parecer a primera vista que se trata simplemente de una retoma de la oposición hecha por Freud entre procesos secundarios y procesos primarios, así como entre representación de palabra y representación de cosa –el inconsciente sólo conteniendo representaciones de cosa, mientras que lo propio del preconciente sería unirles representaciones de palabra, operar una transcripción y una traducción en otro sistema que permite nuevas relaciones entre representaciones. Visto más detenidamente, es evidente que la elaboración del concepto de Yo supera el marco de una simple relectura de Freud y representa una tentativa de dar cuenta mejor de la novedad introducida en el funcionamiento psíquico por el acceso del *infans* a la palabra. Mientras que Freud, en la lógica de su descubrimiento, ha teorizado sobre todo la continuidad que existe entre las funciones psíquicas llamadas superiores y la organización pulsional y fantasmática inconsciente, la influencia persistente y determinante de lo arcaico en el seno de la psique del adulto, la reflexión de Piera Aulagnier insiste aquí sobre las modificaciones decisivas aportadas por el lenguaje en la organización y el funcionamiento del psiquismo. Modificaciones decisivas, puesto que coinciden con la aparición de esta instancia nueva que es el Yo. El hecho de poder nombrar imágenes y afectos va efectivamente a la par de la capacidad para el enunciante de reflexionarse él mismo, de reconocerse una identidad a través de la asunción de una cierta cantidad de enunciados autodesignativos, de operar una diferenciación radical con lo que no es él: el deseo del otro ya no es la causa única y última de todo lo que experimenta el individuo, el mundo tiene una consistencia y leyes propias, irreductibles a la buena o mala disposición del otro, el Yo dispone de un deseo y de una identidad irreductibles a la imagen que otro puede devolverle de él mismo. Lo que antes sólo era un conjunto de puestas en escena, de argumentos fantasmáticos aún no verdaderamente organizados y unificados, va a unificarse en un conjunto de enun-

ciados cuya coherencia exige la exclusión de la contradicción, el reconocimiento de lo posible y de lo imposible, la toma en consideración del sistema que asigna al individuo un lugar determinado con relación a la diferencia de los sexos y de las generaciones, a la familia y a la sociedad. El Yo es por lo tanto claramente inseparable de ese surgimiento del pensamiento hecho posible por el acceso al lenguaje; es, podríamos decir, este pensamiento-mismo, esta transformación de los afectos en sentimientos y de las imágenes en representaciones ideicas que coincide con la constitución del inconciente como conjunto de los argumentos y de los enunciados incompatibles con la puesta en sentido, con la coherencia impuesta por este nuevo modo de funcionamiento psíquico. La división del sujeto no pasa aquí entre sujeto de la enunciación y sujeto del enunciado, no está regida por la barra que existiría entre significante y significado; pasa entre los enunciados conformes a las exigencias de coherencia del pensamiento, al mantenimiento de la identidad del Yo, y los enunciados que no son conformes a él. Si esta conformidad supone la toma en cuenta de leyes que no dependen de la buena disposición del individuo y se imponen ineluctablemente a él, esto no impide, por el contrario hace posible, un proceso esencialmente creador. El Yo, efectivamente, sólo puede establecerse dando a su pasado y a su porvenir un sentido cuyo ordenador es él, eligiendo un proyecto identificatorio y una interpretación de su origen permanentemente reelaborados. Esta elección depende evidentemente de todos los elementos de la situación familiar, social, cultural que es la suya, pero, sin embargo sigue siendo su obra y funda una singularidad irreductible. Aquí se instaura una dialéctica entre lo simbólico, como conjunto de referencias identificatorias indispensables impuestas por un sistema de reglas independientes del Yo, y lo imaginario como conjunto de los posibles *a priori* no determinables a través de los cuales el Yo puede pensarse a sí mismo pensando su porvenir y reinterpretando su pasado. Ahí encontramos lo que constituye uno de los aportes esenciales del último libro de Piera Aulagnier: la definición del Yo como historiador de su propia historia, el enlace entre esta función de historiador y la constitución

de las identificaciones. «El proceso identificatorio es la cara oculta de ese trabajo de historización que transforma lo inasible del tiempo físico en un tiempo humano, que sustituye un tiempo definitivamente perdido por un discurso que lo habla» (p. 196).

El carácter paradójico de la situación del Yo puede en consecuencia ser articulado en forma más precisa. Por un lado, es realmente creador, autor de una historia que ningún otro puede escribir en su lugar; sólo surge elaborando ese discurso que le permite apropiarse del tiempo. Y podemos preguntarnos desde esta perspectiva si la fantasía de auto-engendramiento no es el correlato o el correspondiente imaginario que toda subjetividad elabora inevitablemente desde el momento en que ella se plantea en esta dimensión de auto-interpretación que la constituye. Pero, por otro lado, la historia que se trata de elaborar ataña en una parte esencial a un antes y a un más acá de sí mismo que el Yo debe no obstante reconocer como suyos. Más aún, sólo puede tener éxito en esta tarea apoyándose sobre el discurso y el pensamiento de un Otro, único capaz de proveerle informaciones y referencias que no han podido ser registradas y memorizadas por el *infans* que ha sido. Se instituye pues aquí una dialéctica esencial entre el surgimiento del pensamiento y del Yo como espontaneidad auto-creadora, elaborando ella misma su propio modo de estructuración, y la dependencia no menos radical respecto de una alteridad a la vez interna y externa a la psique. Una de las apuestas fundamentales del último libro de Piera Aulagnier es precisar lo que ocurre con esta dialéctica cuando se instala una potencialidad psicótica.

Lo que es decisivo, es que el advenimiento del Yo sea simultáneamente confrontación de ese Yo con un impensable, que el acceso al lenguaje y a la representación ideica coincida con la exclusión del dominio del pensamiento de toda una parte de la psique y de la realidad externa –y esto por el hecho de la actitud del porta-palabra que, a la vez conscientemente pero sobre todo inconscientemente, prohíbe al niño hacer un libre uso de su pensamiento, de manera de mantener fuera de representación una verdad que debe a

cualquier precio ser tenida por inexistente. Hubo realmente constitución de un pensamiento y de un Yo, pero de un pensamiento y de un Yo que se encuentran de entrada mutilados y minados desde adentro por una falla que representa en consecuencia una potencialidad de fractura para la subjetividad. De hecho, la falla es doble, se sitúa en dos niveles, por una parte entre lo originario y lo primario por un lado, el Yo del otro: toda una parte de las experiencias originarias y de las fantasías no podrá ser asumida, nombrada, transcrita en el registro de la representación ideica, porque corresponde a lo que el porta-palabra ha sido incapaz de metabolizar él mismo, a lo que no ha reprimido y que en consecuencia ha puesto en acto en la relación con su hijo. Ahí hay un inaceptable y un inasumible por parte del porta-palabra que es impuesto al niño pero que a la vez le está radicalmente prohibido pensar. O si le ocurre pensarlo, este pensamiento mismo será objeto de una «vaporización», de un borramiento tal que devendrá absolutamente inaccesible para el Yo y no dejará tras de sí las huellas y las inscripciones que pueden hacer accesible y reversible la represión neurótica. El Yo se encuentra así separado de una parte esencial de lo que lo ha precedido y preformado, al mismo tiempo que de todo el sector de la realidad y del discurso común que el porta-palabra ha sido incapaz de integrar verdaderamente. Pero a causa de esto, el corte pasa también al interior del Yo mismo. Porque si éste sólo puede establecerse identificándose, reconociéndose en enunciados auto-designativos, estos enunciados le son primero provistos por el porta-palabra. En la situación que da lugar a la potencialidad psicótica, el Yo se ve confrontado con un dilema insostenible: o bien acepta la identidad, la interpretación de él mismo que le impone el porta-palabra –pero entonces hay partes enteras de sus sentimientos, de su experiencia y de su historia que caen absolutamente fuera del pensamiento; o bien entrevé la verdadera significación de la actitud del porta-palabra respecto de él y rechaza la identidad inaceptable que le es impuesta –pero entonces pierde toda referencia identificatoria y se ve confrontado con lo inasumible, por ejemplo tener que ser el que jamás hubiera debido nacer. De ahí una falla y una fractura siem-

pre posible entre el Yo como instancia identificante y el Yo como conjunto de los identificados asumidos por la psique. De ahí la imposibilidad para el Yo de encontrar en una identificación simbólica, en el vínculo inadmisible con un identificado no sometido a lo arbitrario del porta-palabra, el núcleo de permanencia y de certeza que le permitiría pensarse como sujeto de una historia, capaz de preservar una identidad a través de todos los cambios impuestos por el tiempo. Lo impensable que le ha sido impuesto amenaza siempre volver a caer sobre él. Y si la debilidad del vínculo con el porta-palabra y de la creencia en su discurso confronta al Yo con este impensable, tendrá que recurrir a una causalidad delirante y a una figura persecutoria para tratar de pensar pese a todo el destino que se le ha asignado, para dar sentido a lo insensato. El delirio mismo da testimonio así de la actividad creadora del Yo y de la necesidad para él de llegar a pensarse. Pero da testimonio también de la imposibilidad en que se encuentra el Yo de articular pensamiento e historia cuando el porta-palabra no ha sido capaz de cumplir su tarea, cuando no ha sido justamente el porta-palabra de una instancia de alteridad que permite al pensamiento y a la subjetividad del niño advenir verdaderamente en su diferencia.

La cuestión que se verifica crucial es pues la del vínculo dialéctico existente entre la constitución del pensamiento, del Yo, y un modo de encuentro con el Otro que es su condición de posibilidad esencial. Vínculo paradójico, puesto que el porta-palabra debe proveer a la psique del *infans* elementos identificatorios sin los cuales ningún pensamiento podría advenir, pero que debe al mismo tiempo respetar lo suficiente la alteridad del Yo por venir para que éste tenga verdaderamente la posibilidad de pensar y de pensarse por sí mismo. Que esta relación con el Otro estremecza al Yo en su raíz misma, es precisamente lo que muestra Piera Aulagnier cuando define una de las funciones esenciales del analista frente al psicótico: ser el que escucha su discurso y ayudarlo de ese modo a volverse el que escucha su propio discurso. Es decir que no hay ni pensamiento ni palabra verdaderas sin la referencia interna

a esta instancia de alteridad, de escucha y de reconocimiento que permite al Yo inscribirse en la dimensión de la verdad, advenir como lugar de verdad posible, ser sujeto de esta verdad. El análisis tiene aquí como función primordial favorecer la emergencia de una función y un espacio que faltan. Ha habido pese a todo advenimiento de un pensamiento y de un Yo, pero de un pensamiento y de un Yo mutilados de una dimensión absolutamente constitutiva sin la cual en particular no se puede operar verdaderamente la articulación del pensamiento y de la historia, la inscripción de la subjetividad en una historia.

Yo e identificación

Si toda esta reflexión parece extremadamente esclarecedora y convincente, podemos sin embargo preguntarnos si el concepto de Yo permite pensar hasta el final las apuestas aquí asignadas al análisis, si éste no se topa con ciertas aporías cuando se trata de dar cuenta del conjunto de las preguntas planteadas por los procesos de identificación. Tomemos como punto de partida de esta interrogación la dialéctica identificante/identificado. Piera Aulagnier muestra la necesidad para el identificante de asegurarse de un identificado en el cual pueda reconocerse y que constituye para él una referencia inalienable; utiliza la distinción entre simbólico e imaginario para diferenciar digamos el núcleo estable de la identidad del Yo y todas las figuras inestables, contingentes que pueden revestir sus proyectos identificatorios. Pero muestra también que el proceso de identificación supone una apertura permanente que prohíbe la detención del movimiento, la fijación del Yo identificante a un identificado cualquiera, que preserva un más allá del enunciado y de lo figurable en los cuales encuentra forma el identificado. La cuestión que se plantea entonces es la del estatuto del Yo identificante, cuestión muy cercana, en mi opinión, a aquella a la que responde la elaboración del concepto de sujeto por Lacan, pero que va a devendir aquí más difícilmente articulable en la medida en que el Yo ha sido definido por el pensamiento y la representación

ideica, identificado con el saber de sí por sí que permiten enunciados auto-designativos.

El problema que se presenta aquí es el del vínculo, en el campo psicoanalítico, entre pensamiento y subjetividad, entre representación y verdad. Podía ser necesario criticar la posición lacaniana que tendía a hacer oscilar del lado del puro imaginario todo lo que era significación comunicable, comprensión compartible, y mostrar que no existe subjetividad posible sin una cierta apropiación de sí mismo por sí mismo, que sólo el pensamiento puede fundar. La confrontación del psicoanálisis con los problemas planteados por la potencialidad psicótica volvía más importante aún esta insistencia sobre el pensamiento. Persiste la cuestión de que el descubrimiento del inconciente confronta además con la paradoja de que el pensamiento se encuentra también a la vez subvertido y relanzado por la relación con un no pensado, con un no decible donde se plantea y se preserva además lo que hay de más irreductible, de más inalienable en la subjetividad. El proceso analítico muestra cómo la relación del ser humano con la verdad está atrapada en el movimiento no dominable de apertura y de cierre de un inconciente que no sólo es el testigo de la permanencia de lo arcaico sino que constituye además el punto de emergencia de lo más vivo de la palabra y del deseo, que viene permanentemente a sorprender al pensamiento, desbancarlo de su pretensión de cerrarse sobre sí mismo, confrontarlo con lo imprevisto de una verdad que toca no obstante la subjetividad en su raíz. La existencia misma de una relación con lo verdadero presupone precisamente el espacio de un pensamiento organizado, pero el surgimiento de lo verdadero se presenta como trastornando este espacio y volviendo imposible toda coincidencia del Yo con el saber que él tiene de sí mismo.

El Yo del que nos habla Piera Aulagnier no es ciertamente un yo autónomo que podría establecerse y pensarse por fuera de la relación con lo que lo precede y que permanentemente se le escapa. En todo caso, sin embargo, esta relación está articulada de una forma que acentúa la hetero-

geneidad de lo secundario con relación a lo primario y *a fortiori* a lo originario. El Yo sólo encuentra un lejano precursor en esta serie de argumentos donde se figura virtualmente el lugar del fantaseante, en lo que va a devenir justamente el sujeto del inconciente en tanto «auto-presentación en, y por la cual, el fantaseante se reconoce como respuesta y efecto de la interpretación que la actividad primaria forja del deseo del Otro». (*La violence de l'interprétation*, p. 91.) La distinción freudiana entre imagen de cosa e imagen de palabra es aquí retomada para fundar la originalidad irreductible de lo secundario con relación a lo primario. Pero Piera Aulagnier precisa también que la imagen de sí mismo elaborada por el fantaseante sólo tiene valor identificante gracias a la leyenda que la acompaña, gracias a los signos que él puede percibir del deseo del Otro a su respecto; que la voz y el discurso del porta-palabra constituyen el objeto de una investidura muy precoz, anterior a todo acceso al lenguaje organizado. Todo esto lleva a preguntarse si es posible definir únicamente al fantaseante y al Yo por los caracteres de organización y de funcionamiento que los diferencian, si es legítimo plantearlos solamente como dos instancias que no estarían intrínsecamente determinadas por sus relaciones recíprocas. Si el fantaseante no es concebible fuera del espacio de un vínculo con el deseo del Otro, ¿puede reducirse a las representaciones que de él proveen los argumentos fantasmáticos de lo primario? Y si el Yo sólo puede establecerse pensando lo que lo ha precedido, ¿no es porque encuentra en lo primario una auto-presentación irreductible a la representación ideica y no obstante indispensable?

Esta cuestión de la relación del pensamiento y del Yo con lo que los precede y se les escapa, se manifiesta como absolutamente crucial con relación al problema de la identificación. La concepción que nos propone Piera Aulagnier del proceso identificatorio me parece dejar subsistir dos dificultades capitales. La primera atañe a la identificación simbólica. Es muy cierto, en un sentido, que ésta da al Yo una representación estable de sí mismo, un lugar que no está determinado por la buena disposición del porta-pala-

bra o del *infans*, sino por un conjunto de reglas que los superan. Sin embargo, este lugar sigue siendo al mismo tiempo un lugar vacío, lo que deja intacta la cuestión de la identidad singular de aquél que lo ocupa. Así, la función del nombre propio es precisamente introducir a esta dimensión del lenguaje que excede la significación y la representación, permitiendo al Yo tener relación con su ser de sujeto sin por eso adquirir un saber de esto, un conocimiento articulable y comunicable. Existe aquí hiato en el modo de relación entre significante y significado que habitualmente prevalece en el uso del lenguaje. El concepto de identificación simbólica responde a la necesidad de atender, en el campo analítico, a esta situación paradójica de una subjetividad que sólo puede advenir, tener relación consigo misma, reconociéndose identificada por lo que le prohíbe, por el mismo motivo, prenderse en una significación, en un significado o un sentido comprensible. Si es efectivamente necesario mantener una distancia irreductible entre Yo identificante y Yo identificado, evidentemente hay que plantear un modo de identificación irreductible a todo enunciado donde se preserve una identidad cuya paradoja es no dar lugar a un saber, constituyendo al mismo tiempo la condición de posibilidad de la existencia de un saber, de un pensamiento y de un Yo.

Esta identidad no es la de una mónada, surge en el espacio de una relación con el Otro que la especifica intrínsecamente y de la cual la fantasía constituye la figuración inconciente. Aquí se encuentra destacada una segunda dificultad. Parece necesario pensar la relación del Yo con lo primario de tal modo que este último no sea sólo el testigo de un modo de organización psíquica antiguo, sino la vía obligada de todo reconocimiento por parte del Yo de su deseo y de su lugar con relación al Otro. De otro modo, se comprende mal cómo, en el proceso analítico, la regresión a las demandas perimidas podría permitir al mismo tiempo un cambio que afecta al Yo mismo y lo que él tiene de más actual en su relación con el deseo. Es preciso realmente que los objetos y los lugares figurados en la fantasía tengan una función identificante que no concierne solamente a la

prehistoria del Yo, sino también a lo más vivo de su historia. Si hay tentativa de respuesta, en el registro de lo figurable, a la pregunta del deseo del Otro, la fantasía es para el Yo vía de acceso a una verdad de su relación con el Otro que excede los límites de lo figurable, al reconocimiento de una serie de identificaciones que lo estructuran en forma decisiva como ser de deseo en la medida en que éstas determinan e inscriben psíquicamente su relación con la falta. La fantasía no es sólo un límite, de algún modo externo, que prohibiría al Yo igualarse al todo de la psique; es aquello a través de lo cual el Yo puede tener relación con lo que lo causa y lo identifica como objeto-sujeto de deseo, con lo que Lacan se había esforzado en articular elaborando el concepto de objeto *a*.

Tres cuestiones me parecen organizadas por esta reinterrogación sobre los procesos de identificación. Sólo las evocaré brevemente. La primera corresponde al narcisismo. La investidura del Yo por sí mismo supone efectivamente la referencia a un núcleo identificatorio estable y la constitución de un proyecto identificatorio asumible. Pero existe, me parece, en los dos modos de identificación que acaban de ser evocados, una dimensión que excede al narcisismo. En tanto sujeto designado por un nombre y situado en el campo del deseo del Otro, el Yo se ve confrontado con lo que, de sí mismo, no es susceptible de representación o no puede ser representado como faltante. Falta en consecuencia esta reflexión virtual de sí mismo sobre sí mismo, esta posibilidad de tomarse como objeto que parece necesaria para que se pueda hablar de narcisismo. Esto llevaría a reflexionar sobre el vínculo dialéctico que puede haber ahí entre identificación y narcisismo, sobre la manera como sufrimiento y quiebre narcisistas pueden remitir a conflictos identificatorios que se juegan en otro espacio que aquél en el cual hacen sentir sus efectos.

La segunda cuestión corresponde a la historia. Si es esencial para el Yo acceder a la temporalidad, si el análisis muestra claramente que el sujeto sólo puede asumir su identidad reconociéndose originado por un deseo que lo ha

precedido y proyectando en el porvenir una figura cuando menos, aceptable, de sí mismo, muestra también lo que hay de insuficiente en una visión puramente lineal de la historia. Piera Aulagnier habla de la dimensión quasi metafísica presente en la mayoría de las construcciones delirantes que parecen buscar plantear un origen absoluto fuera del tiempo, dar al Yo un fundamento que escape a la contingencia del deseo de los padres y del nacimiento. Muestra en forma convincente hasta qué punto el rechazo de esta contingencia atestigua de la imposibilidad para el Yo de asumir lo impensable y lo inaceptable que representaría su inscripción en la historia. Pero tal rechazo atestigua quizá también la existencia de una cuestión que se plantea a todo sujeto y no solamente al delirante. El origen no puede ser planteado en la única dimensión del tiempo y de la sucesión de las generaciones, a partir del momento en que es el de una subjetividad que adviene al acceder al pensamiento, al retomar la palabra por su propia cuenta, al reconocerse sujetado a una ley que le abre lo posible confrontándolo con lo imposible. Del mismo modo, el porvenir no puede reducirse al proyecto identificatorio, en la medida en que su surgimiento impone también la relación con lo desconocido, y en particular con lo desconocido que representa para el sujeto su propia muerte. Ya se hable de *Logos* y de *Anagké* con Freud, de *Real* con Lacan, de misterio y de mito con Valabrega, o de relación de Desconocido con Rosolato, se está efectivamente obligado a situar la historia, dentro del campo psicoanalítico, con relación a una dimensión que excede la temporalidad. El analizante busca precisamente, con la ayuda del analista, construirse una historia, reencontrar los eslabones faltantes entre lo que es y lo que ha sido. Pero encuentra forzosamente un momento donde se trata sobre todo de asumir un destino, de reconocer la dimensión de destino de su historia y de ese modo salir de los límites de una posición de puro historiador. Lo desconocido, lo no pensado y lo no pensable ya no constituyen, en consecuencia, un límite de algún modo exterior, una laguna que se trataría de llenar poco a poco y que no dejaría de volver a abrirse: obligan al ser humano a reconocer que la relación consigo mismo que lo funda como suje-

to y sujeto de una historia es al mismo tiempo relación con lo que le prohíbe toda captura y dominio de su identidad.

Esto lleva a la tercera cuestión que quisiera evocar brevemente, la de la sublimación. Se puede abordar esta cuestión bajo el ángulo de la constitución de un sector de actividades y de objetos en el cual la pulsión renuncia a la obtención directa de su meta que es la satisfacción, bajo el ángulo de una relativa autonomización de la búsqueda del saber propio del Yo con relación al peso permanente de las coacciones de lo originario y de lo primario. Al hacerlo, se corre el riesgo sin embargo de restaurar una especie de dualismo que la experiencia analítica hace difícilmente sostenible. El corazón del proceso de sublimación, ¿no es más bien el trabajo que el Yo efectúa para reconocer el deseo que se significa a través de la pulsión y de la fantasía, para hacer advenir a la palabra y al pensamiento lo que lo precede y lo funda, para dar valor de destino a lo más contingente de su historia? Esto lleva a preguntarse si es legítimo considerar como inseparables deseo y búsqueda de placer, o si más bien no hay que reconocer la existencia de un vínculo, pero también de una separación irreductible, entre el sujeto deseante y lo que en la psique permanece regido por el principio de placer-displacer.

Elementos para una discusión

Yo o Sujeto: ¿es posible elegir entre estos dos conceptos? La reflexión que hemos hecho lleva más bien a recusar tal elección en la medida en que hace aparecer cada vez más claramente que esos dos conceptos no son del mismo orden. El Yo define sobre todo una instancia caracterizada por un cierto modo de organización y de funcionamiento psíquicos que lo diferencian y lo sitúan con relación a otras instancias. El Sujeto designa en cambio una estructura y una dinámica que desbordan el tabicado en instancias, es lo que atraviesa y vectoriza todo aquello que se juega en el proceso analítico como proceso de subjetivación inseparable de la relación con el Otro.

¿Es preciso decir entonces que el Sujeto concreto nace de la articulación del conjunto de las instancias y que las oposiciones que se nos presentaron sólo corresponden a una diferencia de punto de vista o de formulación? Esta respuesta tendría la ventaja de la simplicidad si nos devolviera además a una concepción muy general y pre-analítica del término Sujeto, que haría de este último el equivalente de la personalidad global o de la sustancia pensante. Se trataría así por preterición el aporte muy específico del trabajo de Lacan sobre la cuestión y se enmascararía divergencias que, por difíciles de situar que éstas sean, sin embargo imponen su existencia.

Me parece más pertinente reconocer que el concepto de Sujeto permite articular toda una dimensión del proceso analítico permaneciendo lo más cerca posible de la experiencia y evitando los clivajes o recortes que acarrea inevitable y legítimamente un modo de pensar más objetivante. A este respecto, una de las dificultades puestas en evidencia por el recurso al concepto de Yo es que este último designa a la vez una instancia específica, definida por oposición a otras, y lo que en el proceso analítico se manifiesta como escapando a toda tentativa de localización, de reducción a un enunciado o a una figuración domeñable. Y parece difícil prescindir aquí del concepto de Sujeto, una vez que ha sido sacado a la luz, en particular cuando se trata de pensar la cuestión del fin –en el doble sentido de la palabra– del análisis. Con relación al Yo, el Sujeto sería lo que no puede plantearse verdaderamente y cumplirse sin esta instancia específica, fundada sobre el lenguaje organizado y el pensamiento, que es el Yo; sería al mismo tiempo lo que subvierte, no sólo la pretensión del Yo de igualarse al conjunto de la psique, sino la posibilidad para el pensamiento de constituirse como organización plenamente autónoma, de funcionar como referencia última y de estar sólo sometida a las leyes que son las suyas.

Quedaría por precisar el alcance y la apuesta de las divergencias que están en el origen de la elección del término Yo. En mi opinión, el debate abierto aquí correspon-

de a dos cuestiones esenciales: la unidad del campo psicoanalítico, la relación entre palabra hablada y pensamiento.

Si está dividido, el Sujeto lacaniano permite sin embargo una unificación radical del campo del psicoanálisis. Evidentemente, Lacan no ignora lo que cerca y condiciona el surgimiento del sujeto: la necesidad fisiológica como punto de partida del ciclo de la demanda; lo real del cuerpo como tope insuperable de todo movimiento de realización subjetiva; la realidad social e histórica con su lógica y sus necesidades propias; la cualidad del entorno con que se ha beneficiado o sufrido el pequeño. En todo caso, en el análisis sólo puede tratarse del sujeto y de la forma como todo esto se ha visto metabolizado en significantes de un deseo, de un cierto modo de relación con el Otro, en síntoma que subtiende la demanda de análisis y que da lugar a la transferencia como relación con el Sujeto supuesto saber el sentido y el origen del sufrimiento subjetivo. El Yo, justamente porque constituye una instancia, se define en cambio por su articulación y su oposición con lo que, en un sentido, no puede sino escapar total o parcialmente al campo del análisis: lo originario como primera inscripción psíquica de la relación con el mundo y con el Otro que jamás se dejará alcanzar y traducir adecuadamente por el pensamiento; lo primario como organización que obedece a las leyes de la figurabilidad y que pone en jaque la exigencia de unidad, de auto-apropiación que introduce el Yo en la psique. A causa de esto, el campo del psicoanálisis aparece desgarrado, o al menos atravesado por las manifestaciones de lo que permanece irreductible a un momento de afirmación o de apropiación subjetivas. El analista está obligado a tomar en consideración toda una serie de factores que constituyen otras tantas condiciones de posibilidad del proceso analítico y que sin embargo dependen de otra lógica. Existe así una historia del cuerpo, una historia de las primeras relaciones del *infans* con su entorno, una historia de la psique materna, sin hablar de la historia en el sentido corriente del término; hay, pues, toda una serie de historias que han dado lugar a experiencias y a inscripciones propiamente psíquicas pero que permanecen inaccesibles y no

movilizables para un análisis que se contentaría con poner en juego el principio de asociación libre y de la puesta en palabras, por parte del analizando, de su problemática subjetiva. El analista debe aquí trabajar en la constitución de un espacio que falta y preocuparse en forma prioritaria por el establecimiento de una relación con el Otro que no está dada desde el principio. Lo que obliga inevitablemente a referirse a otros parámetros que los que son significantes para el sujeto en sufrimiento, a trabajar en una construcción de lo que justamente no ha advenido para el Yo, de lo que sólo puede ser imaginado a partir de indicios o de huellas accesibles por otras vías que las del saber inconciente y de la rememoración en la transferencia. De esto resulta una articulación muy diferente del campo del psicoanálisis con lo que no es él y una toma en cuenta, dentro mismo del análisis, del carácter insuperable de la separación entre, digamos, sujeto y viviente, sujeto y pre-sujeto. De esto resulta además, me parece, un reconocimiento más razonado por parte del psicoanálisis de la posibilidad, o de la necesidad a veces, de vías diferentes de abordaje terapéutico del sufrimiento psíquico. Si una parte esencial de la historia del sujeto por venir se ha inscrito en un nivel que permanece inaccesible a toda tentativa de apropiación de su pasado por parte del Yo, entendemos que recorridos diferentes al de la cura analítica permiten una actualización y una movilización de esas inscripciones, volviendo eventualmente posible la retoma de un proceso de subjetivación bloqueado o incluso no advenido.

El otro polo del debate me parece constituido por la concepción que conviene hacerse de las relaciones entre palabra hablada y pensamiento en el campo de psicoanálisis. Las palabras *[mots]* son quizá equívocas y es difícil descubrir lo que cada uno escucha decir cuando utiliza términos como saber, representación, significación, idea, pensamiento. En todo caso, en su tentativa de elaboración del concepto de Yo, Piera Aulagnier ha utilizado formulaciones que sugieren inevitablemente una cierta transparencia de la comprensión y por lo tanto una capacidad del Yo para comprenderse él mismo, de lo cual el análisis muestra

quizá más aún los límites. Me parece importante retomar aquí la discusión correspondiente al concepto de signifícant. Lacan ha hecho quizá un mal servicio a la comunidad analítica al insistir tanto como lo ha hecho sobre el punto de anclaje lingüístico del concepto y sobre su origen saussuriano. Se ha expuesto así a las críticas absolutamente pertinentes de los analistas y de los no analistas que rechazaban seguirlo en lo que podía parecer como una unificación abusiva del campo del psicoanálisis en torno de una problemática esencialmente lingüística. Esta cuestión ha sido planteada y en cierta forma neta desde hace bastante tiempo, principalmente por Piera Aulagnier y Jean-Paul Valabrega. Pero lo que aparece con la distancia, es quizá la posibilidad de retomar la cuestión de otro modo, interrogándose sobre el concepto de signifícant en una perspectiva propiamente psicoanalítica. Me referiré aquí a una tentativa como la de Rosolato en su artículo «Destin du signifiant». El interés principal de este trabajo es proponer una concepción del signifícant que, por una parte, tome en cuenta el inmenso dominio del signifícant no verbal y, por otra parte, ponga el acento sobre la especificidad del uso que se hace del término signifícant en el campo del psicoanálisis. Lo que se ha conservado de la perspectiva lacaniana, es la idea de un vínculo esencial entre el descubrimiento freudiano del inconsciente y el reconocimiento de una predominancia del signifícant sobre el significado, de una anterioridad de la articulación de la cadena signifícant con relación al sentido. Esta predominancia y esta anterioridad fueron sobre todo verificadas en y por el análisis de una cierta cantidad de síntomas y de formaciones psicopatológicas. Pero pueden ser generalizadas, y llevan entonces a una reevaluación de las relaciones entre palabra hablada y pensamiento. Si la palabra hablada es precisamente en toda una faceta de ella misma comunicación de un pensamiento, vehículo de una significación compatible, revela en forma privilegiada en el análisis esta otra cara por la cual es siempre también manifestación de un sujeto, posición de una demanda y de un deseo irreductibles a todo enunciado, remisión a una cadena inconsciente que parasita poco o mucho el fin intencional consciente de aquél que

habla. La verdad surge aquí como sorpresa en la medida justamente en que excede al significado inmediato y se deja percibir o adivinar en las particularidades de una articulación significante donde se enmascara a menudo lo más vivo de lo que el sujeto busca hacer escuchar. Tal retoma del concepto de significante permitiría, en mi opinión, dar mejor cuenta de la situación conflictiva y paradójica de un Yo que a la vez adviene con la coherencia de un pensamiento hecho posible por el lenguaje organizado y permanece atravesado por una palabra hablada donde se significan un sujeto y un deseo que vienen permanentemente a subvertir la necesidad de orden y de dominio de la razón.

Resumen

El autor intenta reflexionar sobre la lógica y las implicaciones de la elección, por parte de Piera Aulagnier, del término Je [Yo]. Mostrando ante todo que implica una crítica muy precisa de la teoría lacaniana y de la concepción que ésta propone de las relaciones entre Sujeto y yo. Esforzándose luego en echar luz sobre lo que el concepto de Yo aporta de nuevo y original en el discurso psicoanalítico sobre la subjetividad. Interrogándose finalmente sobre las dificultades y las oscuridades que tal reformulación puede dejar subsistir, en particular con respecto al problema de la identificación.

Summary

The author intends to think about the logic and implications of the choice of the term je (ego), made by Piera Aulagnier. At first, he shows that it involves a highly accurate critique to the Lacanian theory and to the conception of the relations between the subject and the ego that this theory sustains. The author then attempts to throw light upon the new and original contribution that the concept of

the ego provides to the psychoanalytic discourse on subjectivity. In the end, the author deals with the difficulties and obscurities that such a reformulation might entail, particularly regarding the problem of identification.

Résumé

L'auteur essaie de réfléchir à la logique et aux implications du choix, par Piera Aulagnier, du terme de Je. En montrant d'abord qu'il comporte une critique très précise de la théorie lacanienne et de la conception qu'elle propose des rapports entre Sujet et Moi. En s'efforçant ensuite de mettre en lumière ce que le concept de Je apporte de nouveau et d'original dans le discours psychanalytique sur la subjectivité. En s'interrogeant enfin sur les difficultés et les obscurités qu'une telle reformulation peut laisser subsister, eu égard en particulier au problème de l'identification.

Estocadas y paradojas del ideal

Sara L. de Moscona *

(*) Lic. en Psicología. Miembro Titular de la AAPPG.
Bacacay 3251 (1406) Bs.As., Argentina. Tel: 4612-9981.
E-mail: amoscona@yahoo.com

El mal: «más allá» del odio

¿Podríamos considerar la existencia de un «más allá» del odio como problema de la condición humana?

Cuando Freud aludía a la metáfora de los puercoespinas, quienes cuando se alejan sienten frío y cuando se aproximan se lastiman, lo hacía para explicar cómo se comportan las personas respecto a las relaciones afectivas.

Los momentos de aproximación y alejamiento responden a deseos contrapuestos. Es allí donde la relación con el otro puede expresarse como una manifestación de una disposición al amor y al odio.

Pero hay un más allá del odio... el desenfreno y la violencia extremas productores del arrasamiento y la abolición del otro como sujeto. Por lo que el otro está en esa difícil encrucijada en la cual pasa de ser reconocido en su alteridad, a ser deseado hasta la posesión, la fusión, el sometimiento, la anulación, la alienación, la indiferencia, el exterminio.

Positividad del lazo, recortada sobre la radical imposibilidad del vincularse.

Las púas o espinas pueden leerse también como aquello que del lenguaje se clava en el sujeto aprovechando su desvalimiento inicial, no sólo sometiéndolo a los mandatos, sino situando al sujeto masoquistamente, donde oír es igual a obedecer.

Excedente pulsional, faz oscura de toda legislación que escapa fatalmente a la regulación deseante.

Hay un aspecto de la ley que resulta asimilable por el sujeto y por otra parte, existe un aspecto discordante y excesivo de la instancia moral que está presente en la teoría del superyó como representante de la realidad y a la vez como abogado del ello. Esta zona muestra una ley insensa-

ta y loca donde el principio del placer yace narcotizado y donde se anudan: masoquismo primario, pulsión de muerte, ello y más allá del principio del placer.

Asimismo, la concepción lacaniana del superyó como imperativo de goce estriba en ir más allá de lo que el sujeto puede elaborar. Resabios del padre muerto en su talante demoníaco, vengativo y feroz. Campo minado del sujeto y del lazo social en la cultura. Pueden incitar tanto al crimen como al martirio, a emprender la «guerra santa», a batir todos los *récords*.

Es así como el camino del infierno está empedrado de las «mejores intenciones» y es porque en cada una de esas intenciones se puede esconder una masacre.

Por eso sostengo, contrariamente al dicho popular, que «hay mal que por bien no viene» ya que la desgraciada historia y los variados holocaustos del siglo XX (los hay modernos y post-modernos) son lamentables muestras del «lado amable» y del lado mortífero al que conducen... Más allá del amor y más allá del odio... Ya lo escribió Baudelaire: «La mayor astucia del diablo es convencernos de que no existe».

Triple función del ideal que normativiza pero impele y coacciona, lo que no debería de movernos a engaños. De modo tal que lo más racional resulta lo menos razonable.

Las relaciones entre el superyó y la clínica nos enfrentan a la necesidad de distinguir ciertos fenómenos clínicos tales como la melancolía, la manía, la perversión y fundamentalmente ese escollo pavoroso a la cura, verdadera estocada y jaque-mate al psicoanálisis: la reacción terapéutica negativa.

Punto de problematización de la cuestión del mal. Proyecto del mal como tal: un empeorar al mejorar.

La «vida que no quiere curarse» tiene para Lacan el status de la maldición asumida.

Pese a ello, los grandes maestros nos enseñaron a no retroceder y nos incitan a luchar contra el superyó hostil y despiadado.

Resumiendo: la parte sádica y cruel de la ley, aquella que es incompatible con la vida, está en las antípodas del superyó como representante de la realidad.¹

A su vez el ideal, en tanto se presenta como un bien que atrae como fuente de fascinación y enamoramiento, suele ser causa del más atroz enceguecimiento. Esto se da cuando el ideal se absolutiza (hipnosis, sugestión, fenómenos de masa, etc.). Cuando hablamos del aspecto insensato de la ley, no hacemos referencia a la justicia como valor, sino a su aspecto formal, a esa gran maquinaria que F. Kafka describe genialmente en «El proceso».

Ese «Otro de la ley» se nos presenta como esencialmente impersonal en una suerte de trivialidad donde nadie se posiciona como el causante del mal en cuestión.

«Bajo la transparencia del consenso está la opacidad del mal. Todo lo que expurga su parte maldita, firma su propia muerte» (J. Baudrillard, 1991). Así reza el teorema de la parte maldita.

Él nos propone analizar los sistemas contemporáneos en sus aspectos catastróficos, en sus fracasos y aporías, pero también en su excesiva eficacia que los lleva a perderse en

¹ Dice el imperativo categórico kantiano a) obra como si la máxima de tu acción pudiese ser erigida en ley universal y b) trata al otro como fin en sí mismo, jamás como medio (las proposiciones amorales que se desprenden de los crímenes contra la humanidad, son las formas invertidas del imperativo categórico.)
Kant habría demostrado la tiranía de la razón. Esa tiranía que en parte designa, también hace advenir el mal: ordena gozar.
Sade, por su parte, nos señala cómo en la médula de todo deseo hay una parte atroz que es la del goce. Excesos rebeldes e insimilables de la pulsión.

el delirio de su propio funcionamiento. En este sentido, creo que es difícil comprender a Hannah Arendt (1953) describiendo a Eichman como un burócrata sin imaginación ni personalidad, cuando nos disponemos a ver al genocida como un carácter demoníaco, para defendernos de la mayor de las congojas, que es esa intolerable vacuidad del mal. Su trivialidad, su gratuidad y su ausencia de sentido.

Cuando ella diagnosticó la banalidad del mal, no lo hizo para minimizar el crimen sino para alertar a los hombres de la era tecnocrática sobre el hecho. Para advertirles que estaban perdiendo su aptitud para la libertad y la capacidad para juzgar el mal.

Julia Kristeva (1995) tiene un pensamiento similar cuando apunta al padecimiento de las «nuevas enfermedades del alma». Ella dice que: «los sujetos están sometidos al estrés, a las imágenes y a los antidepresivos, corriendo el riesgo de perder el fuero interior; pérdida que desemboca en la autopista de las psicosomatosis, la corrupción y el vandalismo...», «Lo cual nos lleva a hacer la genealogía de lo que estamos perdiendo: nuestra sensibilidad al mal».

Por todas estas razones, el discurso del analista invita a su modo a reflexionar sobre la dimensión del mal.

Entonces nuevamente me pregunto ¿cómo definir el mal, mal radical, mal absoluto?

Se lo podría identificar anteponiendo a ciertas palabras el prefijo DES que denota negación o inversión del sentido.

Desinvestidura, desintrincación pulsional, desubjetivación, desligadura, desublimación.

Piera Aulagnier (1997) nos va a decir que «la modificación última radical que se puede imponer al viviente es transformarlo en algo muerto». «El poder de dominio tiene como carácter compartido el de proponerse siempre un

plus, el de intentar superar los límites que encuentra cada vez».

Aniquilación por nadificación, donde el otro no es un prójimo, no es ni un semejante ni un congénere, sino un objeto despreciable y destruible hasta el punto que puede ser sólo un número marcado en el cuerpo o un mero consumidor.

Para referirse a esta modalidad, mostrando estéticamente el horror, en su libro «La chispa de la vida» Erich María Remarque alude premeditadamente a las personas en términos de esqueletos y Michael Ende lo hace a través de un cuento infantil, «La historia interminable», donde un niño debe salvar a Fantasía (representada por una niña). ¿Salvarla de quién? De la nada, que gigantesca y lentamente, pero sin piedad y sin pausa, venía amenazando a todos los seres vivientes.

Proceso de «nientificación» o nadificación subjetiva. Así aparecía bajo la forma de imágenes en el sueño de una paciente, hija de desaparecidos. Un desierto despoblado y la Plaza de Mayo convertida en un páramo, las personas agazapadas, temerosas y desprotegidas no podían sobrevivir debido a que había ocurrido un desastre nuclear (lo asocia con Chernobyl).

Un niño del ghetto de Teresín lo expresaba en una poesía que se titula «No he visto más mariposas»² y continúa.... «Las mariposas no viven aquí en el ghetto».

«Lo que la literatura y el psicoanálisis añaden a la filosofía es que el juicio es tributario de un goce, entroncando así el mal no sólo en la capacidad de juzgar, sino en la compleja

² Como lo señala Kaës, los objetos de transmisión están marcados por lo negativo.

No sólo se transmite lo positivo que abastece la continuidad narcisista del mantenimiento de los vínculos sino también lo que en ellos falta, lo que no se tiene, y lo que no ha recibido inscripción.

demanda del cuerpo pensante, hablante y actuante. Sin ese develamiento que nos coloca en presencia de los resortes maléficos del goce, nos arriesgamos a adormecernos, a quedar drogados por la banalidad del mal. Empezamos a perder nuestra libertad y acabamos sin alma, robotizados».

Nombrar el mal, por el contrario, seguirle la pista, nos umbilica en el goce de hombres y mujeres, permite hacer historias del mal, para no sucumbir al mal (como lo es por ejemplo el género de la novela policiaca o la novela del terror). J. Kristeva finaliza diciendo. «De nuestra capacidad de continuarlas depende el destino de la libertad y nuestra aptitud para tener alma. Sin embargo, nada es menos seguro» (op. cit.).

A esta altura de la exposición me surgieron algunos interrogantes que deseo compartir con ustedes.

Partiendo de Freud, Lacan, P. Aulagnier, Green, Kristeva, etc., quienes plantean el mal como vicisitudes de la pulsión de muerte, el superyó como su puro cultivo, los funcionamientos a predominio del yo ideal, el sadomasoquismo, el goce, la perversión, la alienación y la violencia en todas sus formas, me pregunto si estas teorizaciones tan ricas y profundas por cierto, nos alcanzan para dar cuenta hoy del mal radical o del mal absoluto.

Por mi parte, tengo la impresión de que autores como H. Arendt o J. Baudrillard intentan abrirlnos a otras conceptualizaciones de algo que estaría más allá de la pulsión de muerte. Tema que deseo abrir a la reflexión por lo que *propongo como hipótesis para pensar el problema del mal absoluto, paradigma de la desinvestidura, considerar, además del mal de la perversión, otras formas de mal, que apuntan a la destrucción por la destrucción misma, no importa a qué y a quién sea, ya que no obedecería al odio sino a una burocracia que lleva a cumplir con el mandato de hacer daño por el daño en sí.*

Destrucción por la destrucción, el mal por el mal en una

suerte de rueda libre, donde el mal cotidiano y el mal del horror son dos de sus formulaciones posibles:

a) El mal del horror

Mal absoluto ya que no puede ser reducido a motivos humanos comprensibles sobre la planificación y la industria de la muerte perpetrada por seres no pensantes, seres cosificados previamente que siguen un plan frío y desapasionado concebido y ordenado al estilo de la más perfecta burocratización.

Al respecto Lacan (1959) nos dice que: «...No por ello deja de ser cierto que esta formidable elucubración de horrores, ante la cual flaquean, no sólo los sentidos y las posibilidades humanas, sino la imaginación, no es estrictamente nada al lado de lo que se verá efectivamente en escala colectiva, si el gran, el real desencadenamiento que nos amenaza estalla. La única diferencia que hay entre las exorbitantes descripciones de Sade y una tal catástrofe, es que ningún motivo de placer habrá intervenido en ésta última. No serán los perversos quienes la desencadenarán, sino los burócratas, acerca de los cuales ni siquiera habrá que saber si serán mal o bien intencionados. Será desencadenada por una orden, ésta será perpetrada según las reglas, los engranajes, los escalones, las voluntades doblegadas, abolidas, encorvadas, por una tarea que pierde aquí su sentido...». La terrible originalidad del totalitarismo no se debe a ninguna idea nueva que haya entrado en el mundo, sino al hecho de que sus acciones rompen con todas nuestras categorías de pensamiento político y nuestros criterios de juicio moral.

Ocurre que cuando el mal se banaliza, se cotidianiza, se vacía de su contenido satánico para llenarse de trivialidades, queda sin veladura su poder destructivo. Rutinariamente producimos el mal y hacemos de él algo común y ordinario. Sólo cierto modo de contemplar de cara el mal para trasponerlo lo mejor posible puede sustraernos a la banalización y abrirnos a la libertad.

b) El mal cotidiano

Con este término aludo a comportamientos caóticos, vandálicos y antisociales. Son producciones de personas comunes que en los distintos niveles de la cotidianidad realizan determinados actos motores y generan conductas tales como por ejemplo incendiar objetos, dañarlos o romperlos, etc.; sin tener conciencia de su acción en una suerte de «porque sí», ni siquiera porque algo verdaderamente les molesta o los perturbe.

Así lo entiende Hannah Arendt (1953), quien señala que ante la trivialidad, gratuidad y ausencia de sentido del mal «somos responsables no sólo y no tanto de lo que hayamos hecho cuanto de lo que hagamos para impedir el deterioro creciente del hábitat humano y somos responsables ante las generaciones futuras de la herencia natural, política y cultural que les leguemos y no sólo de nuestros actos y de las consecuencias inmediatas de éstos». Apuesta hacia una ética orientada al futuro ya que en nuestro mundo, también la ética se ha convertido en un «bien», es decir que se vende en el mercado de las relaciones públicas y de la comunicación. Se la ha denominado «Markética», nueva instancia de legitimación de los negocios humanos. Podría ser un nuevo nombre de un tango de Discépolo, un producto de ese exceso donde se nos hace creer que todo vale. Nos hallamos en el terreno *del mal de la perversión*.³

Pero si pensamos que la historia del hombre es la historia de la trascendencia y de sus límites, para bien o para mal, podemos trascender el límite de la desesperanza; dado que lo inhumano o lo a-humano es parte de lo humano. Anverso y reverso del concepto se pertenecen, siendo el mal la acción que efectúa una negación real y positiva del ser del hombre. La conciencia de los límites no debe conducir necesariamente a la inacción y a la impotencia parali-

³ Acerca del mal de la perversión me he referido con más amplitud en otros trabajos (ver referencias bibliográficas).

zante. Si así lo entendemos, podemos ganar la posibilidad de «heredar transformando» para lograr mejores condiciones de vida y ésta sí es una decisión ética.

Poder percibir el mal donde existe y donde anida es en última instancia una actitud optimista ubicada en el centro de esa contingencia del ser absolutamente indeterminada que alude al abismo sin fondo del ser humano.

«No podemos tener esperanza de predecir el futuro del hombre pero podemos influir sobre él». Se trata de una ética del tiempo que rehabilita el futuro pero que debemos empezar a demostrar en el aquí y ahora tomando como ejes *la implicación y la responsabilidad*.

Si todo no es posible, si logramos sostener la angustia como señal en el yo sin apartarla ni disiparla y si no nos acomodamos fácilmente al malestar, entonces podemos unir nuestro horizonte y nuestro clamor al de Jorge Luis Borges cuando dice «Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria».

Bibliografía

- Aulagnier P. (1977) *Los destinos del Placer*. Madrid, Argot, 1979.
- Arendt H. (1953) *De la historia a la acción*. Barcelona, Paidós, 1995.
- Baudrillard J. (1991) *La transparencia del mal*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Bettelheim B. (1952) *Sobrevivir*. Barcelona, Grijalbo, 1983.
- Berlfein E., Moscona S. *Perversión del lazo social*. XI Jornadas A.A.P.P.G., *Actas*, 1995.
- Ende M. (1979) *La historia interminable*. Madrid, Alfaguara, 1996.
- Gerez-Ambertín M. (1993) *Las voces del superyo*. Bs.As., Manantial, 1993.
- Kristeva J. (1993) *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid, Cátedra, 1995.
- Lacan J. (1959) *La ética del psicoanálisis*. Bs.As., Paidós, 1990.

- Lamovsky C., Moscona S. lincuencia». Conferencia. *Rev. Escuela de Psicoterapia para graduación*. Ficha A.A.P.P.G, Bs.As. dos *El Superyo*, Nº 23, 1997.
1990. Semprún J. (1995) *La escritura o la vida*. Barcelona, Tusquest, 1997.
- Matus S., Moscona S. «Acerca de la desmentida y la vincularidad». XI Jornadas A.A.P.P.G., *Actas*, 1995. Sichere B. (1995) *Historias del mal*. Barcelona, Gedisa, 1996.
- Moscona S. «El malestar en nuestra cultura. Violencia- De-
- Todorov T. (1991) *Frente al límite*. México, Siglo XXI 1993.

Resumen

Propongo como hipótesis para pensar el problema del mal absoluto, paradigma de la desinvestidura, la posibilidad de considerar que, además del mal de la perversión, existen otras formas de mal que apuntan a la destrucción por la destrucción misma, no importa a qué y a quién sea, ya que éste no obedecería al odio sino a una burocracia que lleva a cumplir con el mandato de hacer daño por el daño en sí.

Aniquilación por nadificación, donde el otro no es un prójimo. Circulará entonces el mal por el mal en una suerte de rueda libre, donde el mal cotidiano y el mal del horror son dos de sus formulaciones posibles que se destacan por sobre el siniestro horizonte del mal de la perversión.

Finalmente planteo que lo inhumano o lo a-humano es parte de lo humano, siendo el mal una negación real y positiva del ser del hombre.

Summary

In this paper, I propose as a hypothesis to think about the problem of the absolute evil as a paradigm of cathexis detachment, the possibility of considering that, besides that

of perversion, there are other forms of the evil that aim at the destruction by the destruction itself, no matter what or who it is directed against, since it would not be determined by hate but by a bureaucracy that leads to the fulfillment of the order to do harm for the sake of the harm itself.

*Annihilation for nothingness or nonentity where the other is not considered a fellow man. The evil will then flow as a sort of free wheal. The **daily evil and the evil of horror** are two of its possible formulations, beyond the uncanny horizon of the evil in perversion.*

I would finally suggest that inhumanity or the non-human is part of the human, and that the evil stands as a real and positive denial of the man's being.

Résumé

Je propose comme hypothèse pour penser le problème du mal absolu, paradigme du désinvestissement, la possibilité de considérer le fait que, en plus du mal de la perversion, il puisse exister d'autres formes de mal qui visent la destruction pour la destruction elle-même, sans que le quoi ou le qui est une importance quelconque, puisque celui-ci n'obéirait pas à la haine mais plutôt à une bureaucratie qui le mène à accomplir l'ordre de faire du tort pour le simple fait de faire du tort.

*Anéantissement par annihililation, où l'autre n'est pas un prochain. Le mal pour le mal circulera alors dans une sorte de roue libre où le **mal quotidien** et le **mal de l'horreur** sont deux de ses formulations possibles qui se détachent par dessus l'inquiétant et étrange horizon du **mal de la perversion**.*

Je propose finalement que l'inhumain ou le a-humaing fait partie de l'humain, le mal étant un négation réelle et positive de l'être de l'homme.

**¿Vicisitudes?
del encuadre
en la clínica vincular**

Graciela Rajnerman *

(*) Lic. en Psicología. Miembro adherente de la AAPPG.
Vuelta de Obligado 1275, 6 B. Tel: 4783-0775.
E-mail: schrott@fibertel.com.ar

Introducción

En el inicio, una aclaración: varias de las ideas disparadoras de este artículo surgen del trabajo realizado con un grupo de colegas, con quienes compartimos la cátedra de Fundamentación teórica del psicoanálisis de los vínculos II, que pertenece a la formación en el Instituto de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares de la AAPPG.¹

Como ocurre en toda producción grupal, no podría precisar con exactitud los límites de mis ideas; se genera cierto confort muy particular para el pensamiento, donde cada uno aporta, escucha, enriquece lo propio, ya sea fortaleciendo sus hipótesis, o bien desestimándolas.

El alejamiento entre la teoría y la práctica constituye uno de los mayores riesgos a que como psicoanalistas nos vemos enfrentados hoy en día. En un extremo nos encontramos con cierta clínica cercana al pragmatismo, donde la eficacia gana todo el terreno posible. En el otro, el puro teoricismo, entrecruzado con ciertos discursos de tintes metafísicos, se aleja de nuestro objetivo esencial: la cura, aliviar el padecer humano.

En este trabajo me propongo tratar de establecer aquellos puentes que acercan nuestro quehacer cotidiano a los fundamentos de nuestra teoría. Más específicamente, explicitar cuáles son las condiciones que hacen posible, a mi modo de ver, el análisis en nuestra especialidad: el psicoanálisis vincular.

Cualquiera sea el paciente (a saber, individual, grupo, familia o pareja), la encrucijada del trabajo del análisis se

¹ Dicha cátedra está formada por los licenciados R. Dimarco, R. Gaspari, G. Santos, G. Selener, D. Singer, y F. Trevisan.

Agradezco muy particularmente al Lic. Ricardo Gaspari, con quien compartí el material clínico, por sus fecundos comentarios y a la Lic. Griselda Santos por la dedicación puesta en la lectura del presente artículo.

sostiene entre develar lo ya existente y/o construirlo. Por mi parte, me inclino a acentuar la idea de trabajo, entendido éste como trabajo simbolizante, que favorece la deconstrucción y reconstrucción de la trama argumental de la historia fantasmática, siempre parcial y fragmentaria. Reconozco así al trabajo analítico, no como la búsqueda de una realidad que yace en los fondos del psiquismo y cuyo objetivo es ponerla a trabajar en la superficie, sino como aquello producido en el encuentro mismo. No me propongo ir al encuentro de verdades pasadas sepultadas bajo el manto del tiempo, sino apelo a un trabajo simbolizante, donde el pasado se crea y se re-crea en función de un presente que lo interpela en la búsqueda de nuevas significaciones.

Sin entrar en ciertas discusiones históricas acerca del valor científico del psicoanálisis, es innegable el valor del mismo como un sistema conceptual congruente con un método para entender y aliviar el padecimiento de niños, hombres y mujeres, ya sea en una sesión bi-personal o bien en otras configuraciones vinculares.

Todo corpus de conocimiento tiene un método que le permite acceder a su objeto de conocimiento: es el conjunto de variables e invariantes que conducen al objeto de estudio.

Plantea Alan Chalmers (1982):

«El objeto no puede designarse de inmediato como objetivo, en otros términos, una marcha hacia el objeto no es inicialmente objetiva. Hay que aceptar una verdadera ruptura, entre el conocimiento sensible y el conocimiento científico».

Desde el psicoanálisis, en esta marcha acompañamos a la comunidad científica en general tratando de acercarnos a nuestro objeto a través de ciertas reglas que nos ayuden a la mayor objetividad posible; aceptando desde el inicio el quiebre entre lo sensible (lo propio del objeto, lo inasimilable del mismo como tal) y lo científico (los intentos de captarlo en la aventura de su conocimiento).

No hay un objeto objetivo, hay objetivaciones de un objeto, siempre parciales, siempre fragmentarias. Diríamos que cada dispositivo permite la emergencia y organización de un tipo de material, delimitando un campo de intervención específico; pero, subrayando lo que opinábamos anteriormente acerca de lo fragmentario, *parcial* de todo saber, de todo abordaje.

En nuestra disciplina (psicoanálisis), si planteamos al inconsciente como nuestro objeto de estudio, nos encontramos con la particularidad de lo indeterminado del mismo, es decir sin intencionalidad alguna; se manifiesta.

Ensayando hipótesis, diría que esta característica de indeterminación del inconsciente hace que el mismo se determine, se manifieste en cada situación. Los distintos dispositivos recortan partes de este objeto, de ese *en sí*, e intentan abordarlo en su especificidad.

Un caso clínico

Al año de su separación, Carlos (38 años) y Ana Laura (35 años), padres de Ana (13 años) y Laura (12 años), realizan una consulta con un colega a pedido de la psicopedagoga de la menor de las niñas. La particularidad de esta demanda giraba en torno a que debía ser vincular, ya que la madre manifestaba su franca oposición a los abordajes individuales. Si bien Ana Laura tenía la tenencia legal de las hijas, se había podido ocupar poco de las mismas por sus problemas psíquicos, a los que se le sumaba cierta creencia religiosa que le prohibía entre otras conductas mirar televisión y comer ciertas comidas, situación que complicaba su relación con las niñas.

La consulta se lleva a cabo pocos meses después de que Carlos empieza a salir con Raquel. El noviazgo de Carlos provoca respuestas de muy distinta índole en las hijas: Laura no quiere volver a ver al padre, mientras que Ana, por lo contrario, desde ese momento no quiere ver a su madre.

Ambos padres solicitan entrevistas individuales con el terapeuta con el que habían realizado la consulta. En la entrevista con Ana Laura, ella insiste en la idea de que sólo aceptaría un tratamiento para mejorar los vínculos, ya que sus experiencias pasadas (tratamientos individuales) no habían sido buenas. En esta oportunidad, relata un episodio traumático de su vida. Cuando tenía 9 años, en un accidente familiar mueren instantáneamente sus padres y una hermana, fue ella la única sobreviviente.

En la entrevista solicitada por Carlos, éste se muestra sumamente preocupado por la salud psíquica de sus hijas.

No era el deseo de los padres compartir entrevistas en forma conjunta.

Al conocer a las hijas, el terapeuta observa cierta violencia potencial en juego, que producía cierto grado de asfixia que recaía sobre Laurita (así solían llamar a Laura). Se diseña un dispositivo de manera tal que contemple distintas posibilidades: que concurran sólo las hermanas, o bien con la madre y/o el padre (hubo hacia el final de este primer momento una sesión con todo el conjunto). Se deja explicitada la posibilidad de incluir a otro profesional en el proceso psicoterapéutico. Se pone a circular la idea de trabajo en equipo.

De este primer momento del trabajo vincular señalaré:

– La situación que se arma ante un pedido de Laurita al padre, acerca de ser llamada Rita, forma ya utilizada por su hermana y sus compañeras del colegio. El padre no le da importancia en un primer momento, interpretando como «una niñería» dicha demanda. El terapeuta trata de darle un lugar importante a este pedido, entendiendo que ahí se juega algo más que una denominación. A través de esta demanda Laurita-Rita busca discriminarse de su mamá.

– Las entrevistas de las hijas con el padre se desarrollan en un clima elaborativo. Rita se va mostrando cada vez más plástica, aunque en la escuela desarrolla ciertas

conductas de aislamiento. Suele decir: «...A mí no me importa hablar con las chicas en el recreo, yo hablo con Dios...»

— La madre por distintos motivos fue dejando de asistir a las sesiones, y simultáneamente se fue desconectando de la vida de sus hijas, pasando largos períodos en los que se desconocía con precisión su paradero.

Al finalizar este período, se va instalando un clima de transferencia positiva, que hacía posible un trabajo vincular elaborativo. Cada una de las hijas se encontraba en momentos distintos: por un lado Ana reclamaba cierta intimidad en sus relatos adolescentes. En cuanto a Rita, si bien había más plasticidad en sus comentarios, su material era denso, algunas verbalizaciones rozaban cierto tinte alucinógeno. Esas situaciones llevan al terapeuta a considerar un cambio de rumbo. Retoma aquella primera idea de trabajo en equipo y arma una nueva estrategia de abordaje: hace una derivación para Rita, que acepta sin mayores dificultades; y decide tomar en tratamiento individual a Ana, bajo expreso pedido de ésta.

Se abre un segundo momento del proceso psicoterapéutico. A partir de este momento me incluyo como terapeuta individual de Rita, razón por la cual me referiré a este lugar en primera persona.

Algunos aspectos me resultaron significativos del tratamiento individual de Rita, a saber: un primer momento de fuerte identificación con la madre, en franca oposición con Raquel, la novia de Carlos. Esta era criticada desde diversos ángulos, aunque muy particularmente en sus aspectos femeninos.

Con la madre no tenía mayor relación, era poco lo que la veía y su cotidianidad circulaba por carriles en los cuales ella quedaba excluida.

En el transcurso del proceso terapéutico, Rita va abandonando el aislamiento, se integra a su grupo de pares,

ocupando en el mismo un lugar de liderazgo y popularidad. A la vez, la rivalidad con Raquel comienza a ceder.

La madre decide definitivamente ir a vivir primero a Londres, aunque finalmente se instala en Mendoza.

Ante esta situación, ambos terapeutas (yo, terapeuta individual de Rita y el terapeuta individual de Ana) acordamos incluir entrevistas vinculares en co-coordinación. Dichas entrevistas se han realizado en forma alternada en uno y otro consultorio. En total, han sido tres, asistieron: Carlos, Ana y Rita.

Durante el transcurso de estas entrevistas, Rita defendió con vehemencia a la madre, enfrentándose con su padre y con su hermana. Este discurso no se correspondía con el que sostenía en su tratamiento individual.

En su decir a solas «...ante ellos jamás lo voy a reconocer...». No iba a reconocer el dolor que le producía enfrentarse con una madre que la dejaba sola y quería guardar para sí la fantasía de tener aquella mamá protectora que le hubiese gustado tener. El reconocerlo ante los otros quebraba dicha ilusión.

No es mi intención analizar el material presentado, sólo marcar algunos ejes particularmente conflictivos que, puestos a trabajar, entiendo enriquecen nuestra clínica.

1. Redefinir la categoría paciente. ¿Quién es el paciente del proceso psicoterapéutico mencionado?

¿Cómo conceptualizar los diferentes sentidos que el discurso de un sujeto adquiere en ausencia o en presencia de los otros miembros de la familia?

2. Lugar del analista, en lo que respecta a favorecer el despliegue transformador en el proceso de cura. Sus rehu-
samientos.

3. ¿Variabilidad del tiempo-espacio-dinero? Sus conse-
cuencias en el proceso psicoterapéutico.

Prescriptivo y descriptivo

Me gusta la metáfora de pensar a la sesión de análisis como un laboratorio, límite espacio-temporal donde se entrecruza la teoría que nos sostiene como analistas junto con el relato de nuestros pacientes que, a la manera de elementos significativos, recortamos de esa situación.

Jean Laplanche (1980) utiliza la metáfora de la cubeta como recinto que delimita un interno-externo.

En sus palabras «...lo que cuenta en esta imagen de un cuerpo, es materializar la idea de que es indispensable un recipiente para crear una diferencia de potencial...»

Este tipo de modelos marcan un límite entre el adentro y el afuera, en esta oportunidad interno-externo de la sesión analítica.

Pensamos, junto con el autor citado, que la situación analítica no proviene de la pura espontaneidad, se aleja considerablemente de lo que denominamos «natural», más aún diríamos que el analista maneja ciertas reglas para convocar a que el fenómeno que pretende analizar ahí se suscite. Diferencia así dos órdenes: prescriptivo y descriptivo.

El orden de lo prescriptivo enmarca los límites de la cubeta, delimita un espacio, permitiendo que el orden de lo descriptivo allí emerja.

Más específicamente, definiríamos al descriptivo como aquél que abarca a nuestro objeto de estudio, sus leyes, así como las posibilidades de su transformación.

Luego, el orden de lo prescriptivo delimita tres tipos de reglas que representan las tres paredes de la cubeta: tiempo y dinero en su doble vertiente autoconservativa y sexual, la regla fundamental y por último la posición del analista enmarcada en los rehusamientos.

Sólo desde estos lugares es que podemos entender, pensar y usar el más preciado de nuestros medios terapéuticos: la transferencia.

Encuentro así la sesión de análisis como un campo de intervención, situación para nada natural, espontánea; muy por el contrario, encuentro a un analista activo, trabajando para intentar que el proceso de análisis ahí se desarrolle.

Remarco una idea que me resulta fecunda: mientras que el paciente está invitado «a decirlo todo», intentando no tropezar con la barrera de la censura, al analista se le solicita una posición de rehusamiento tanto de saber como de poder, donde no hay cabida ni para la lógica del sentido común, ni para opinar sobre lo adaptativo.

Lo que permanece y lo que cambia

El título de este apartado me resulta sugerente:

¿Podemos considerar el encuadre de un tratamiento vincular como un facsímil del individual? ¿Qué aspectos cambian del mismo y cuáles permanecen? Más aún ¿cómo permanece lo que permanece? ¿Idéntico a sí mismo?

No se trata de buscar identidades, ni rasgos parecidos, sino por lo contrario poner a trabajar las diferencias. Así, lo que permanece, no permanece idéntico a sí mismo, se transforma. Ya decíamos en el inicio del trabajo que cada dispositivo recorta partes del objeto que intenta aprehender y abordarlo en su especificidad. Son justamente estas transformaciones (a las que me referiré más adelante) las que le otorgan al encuadre vincular su riqueza y particularidad.

En esta dirección, propongo pensar el espacio entre el analista y el paciente como un juego de posiciones, lugares simbólicos producidos, construidos por la situación misma.

Posiciones que, si bien necesitan de personas que las encarnen (obviamente devienen necesarios sujetos concre-

tos), son las posiciones, sus articulaciones y no la simple presencia de los sujetos las que posibilitan la emergencia del análisis.

No se es analista, se deviene analista en el transcurso mismo de un proceso terapéutico, en una posición que, siguiendo al autor mencionado, caractericé como una posición de rehusamiento.

Paciente implica también un devenir: se deviene paciente mientras sea posible ubicarse en una posición caracterizada párrafos anteriores como aquel lugar posible del abandono de las representaciones-meta conscientes, entregado al juego de la libre asociación.

Ambas posiciones, la regla fundamental y los rehusamientos enmarcan junto al setting (tiempo-dinero) en su doble acepción adaptativa y sexual, la cubeta del análisis.

Así, la cubeta como metáfora nos permite trazar un límite, delimitando la instauración del espacio analítico.

Ahora bien, cuando en el transcurso del tratamiento del caso clínico mencionado, hacemos distintos recortes, a saber: del padre con las hijas, las hijas solas; incluso cuando convocamos a otro terapeuta que también se incluye en algunas entrevistas vinculares en co-terapia, ¿estamos variando el encuadre?

El tratamiento se ha desarrollado sobre distintas configuraciones vinculares, con distintos terapeutas, en distintos consultorios. ¿Es el encuadre lo que se ha modificado?

Mi respuesta es negativa, hemos sostenido siempre los prescriptivos que arman la cubeta analítica. La misma propone una legalidad, instaura un orden simbólico desde donde pensar la situación analítica, delimitando un adentro-afuera, enmarcando y diferenciando los órdenes de lo prescriptivo y descriptivo.

Es el analista quien desde una posición tanto de rehusamiento como de actividad simbolizante, en cada sesión sostiene los prescriptivos que enmarcan la cubeta analítica, favoreciendo así el despliegue del trabajo simbolizante. El par prescriptivo-descriptivo no queda instaurado de una vez y para siempre, sino que se renueva, se sostiene y cobra su eficacia en cada vez.

Si tenso aún más estas hipótesis, diría que el encuadre son los prescriptivos que operan entre la «cabeza» del analista y el discurso del paciente.

Sostener estas reglas que enmarcan la cubeta me permiten pensar que el encuadre se ha sostenido. Como mencioné en la primera parte del trabajo, cada dispositivo recorta al objeto; éste, diría, es por definición siempre parcial, fragmentario.

Recorriendo bibliografía psicoanalítica en relación con el tema en cuestión, aparece como un criterio significativo el mantener las variables del encuadre lo más fijas posibles, reservando cualquier tipo de variabilidad como una vía para pensar del lado del paciente las causas que lo originaron. Esta forma de pensar el encuadre resalta los aspectos repetitivos, va a la búsqueda de ellos.

Desde otra línea, pienso al encuadre como marco instaurador de cierto nivel simbólico que permite pensar el adentro-afuera de la sesión. A la variabilidad de los sujetos, de los espacios (consultorios), le opongo la persistencia del orden simbólico que pauta el nivel de lo prescriptivo. Esta concepción nos permite, en determinados momentos del proceso de un análisis víncular, recortar quién/quiénes concurren a la sesión. A este movimiento lo denomino *operatoria*.

Para quienes venimos pensando y trabajando ya hace algunos años en psicoanálisis familiar, definir y sostener quién es el paciente ha sido una tarea ardua.

En los primeros tiempos de nuestras teorizaciones, en los tratamientos familiares, la consigna bi-generacional (aquella que requería de por lo menos un miembro presente de cada generación), nos valía de eje rector para poder delimitar el mínimo necesario para considerar a la familia como presente en el consultorio.

Disponíamos tanta cantidad de sillas como sujetos integraran la familia, estrategia ésta que connotaba, en la figura de la silla vacía, la ausencia de determinado miembro de una familia. El trabajo con familias pensaba a ésta como un todo y hacia ese todo tratábamos de dirigir nuestras interpretaciones. Estas estrategias clínicas eran acompañadas por un modelo teórico estructural.

La *estructura* como modelo para pensar las relaciones familiares era de gran nivel de predictibilidad y determinación.

Luego, algunos otros más atrevidos hablábamos de estrategias para la construcción del paciente familia, aludiendo así no sólo a entrevistas alternadas entre la pareja de padres y la familia en su totalidad, sino también reconociendo «...que si el encuadre anula las diferencias, en lugar de propiciar su reconocimiento, nos podría precipitar en un sometimiento fetichizante en lugar de ser el instrumento de que nos adueñamos para el acceso al inconsciente..» (Rajnerman, G. y otros, 1991).

En ciertas oportunidades (como por ejemplo este caso clínico) algunos de nosotros optamos por recortar ciertos vínculos en el seno de un tratamiento, modalidad que hasta no hace poco formaba parte de una transgresión a nuestro «superyó analítico», tratando de distanciarnos así de los riesgos planteados en el inicio del trabajo de nuestra clínica actual: el pragmatismo o el teoricismo. Encuentro la justificación de tal proceder en ciertos cuestionamientos al modelo estructural, como mencioné anteriormente; limitar su posibilidad de predictibilidad, de determinación, permitió cierto movimiento también en la clínica.

Distintos autores psicoanalíticos describen, con relación al tema del encuadre, una amplia gama que va desde aspectos más fijos a otros más móviles. Me he apoyado en Laplanche porque consideré que su planteo de pensar estos problemas como un juego entre prescriptivo y descriptivo constituye una vía fecunda para pensar estas cuestiones del análisis vincular.

He denominado a esta parte del presente artículo «lo que permanece y lo que cambia» del dispositivo vincular, tratando de incluir tanto las modificaciones con relación al encuadre bi-personal como las transformaciones internas (operatorias) que el mismo proceso suele exigirnos.

Los cambios se pueden pensar en dos órdenes: por un lado, en relación con las especificidades que el prescriptivo adquiere en lo vincular, y por otro lado, en relación al descriptivo. Con referencia a este último (modificaciones de lo descriptivo), no me detendré en este trabajo, ya que lo entiendo como un aspecto suficientemente vasto, que excede de la propuesta de este artículo. Sólo mencionaré como generalidad, el recorte siempre fragmentario y parcial que todo dispositivo imprime sobre su objeto de abordaje.

Sobre las variaciones que sufre el prescriptivo, mencionaré:

1. En relación con lo que denominé «posición paciente», la libre asociación como posibilidad de decirlo todo, considero que sufre modificaciones con respecto a su devenir en la sesión bi-personal. Tomando como ejemplo el caso clínico, a la censura que en cada uno de los aparatos psíquicos se opone a decirlo todo, se le agregaba la aprobación o no de los otros miembros de la familia. Considero la cadena asociativa familiar como una complejidad de la cadena asociativa individual. Complejidad que incluye no sólo los aspectos verbales del discurso, sino también los gestos, miradas, fluidos corporales que montan la escena, llevada a primer plano en este tipo de tratamientos.

Entonces, la ausencia del diván genera un «*minus*» y un «*plus*». *Minus* porque el sujeto queda enfrentado a la mirada tanto del terapeuta como de los otros y esto suele tener efectos inhibitorios y/o excitatorios sobre algunos sujetos. Situación que podríamos pensar como reductora de la posibilidad del decirlo todo. Circuito pulsional que la presencia del otro pone en funcionamiento cortocircuitando la palabra.

Un *plus* porque el relato de los otros miembros del conjunto vincular suele actuar como un disparador de los propios deseos reprimidos. Dicho relato se transforma en una vía apta de transmisión donde se interjuegan lo dicho y lo no-dicho en el habla, generando otra opción que ayuda a lo reprimido a retornar.

2. Los rehusamientos que enmarcan la posición del analista quedan sostenidos y cobran su eficacia en la conducción de la cura.

Considero no obstante que la «presión transferencial» en los dispositivos vinculares aumenta. No se trata de una sumatoria de transferencias individuales, muy por el contrario, es en la articulación de la transferencia de cada miembro con el conjunto vincular que ésta cobra sentido. Dicha presión transferencial suele constituir una invitación de fácil acceso para el analista a actuar, opinar desde lugares familiares conocidos por todos nosotros.

Como mencioné anteriormente, la sesión de análisis es un fenómeno que se aleja de la espontaneidad, hay intencionalidad en la forma en que el analista la conduce.

Pensar el lugar del analista desde el rehusamiento y la actividad podría entenderse en forma parojoal. No lo es. El analista se rehusa a dar, a incluirse en la escena de la sesión como dueño del saber, aportando sus propias soluciones sobre el padecer del paciente. Pero es al mismo tiempo activo con relación al manejo de variables e invariables que sostienen la cubeta analítica y en tanto apela a

una actividad simbolizante para aliviar el padecer del paciente.

3. Con relación al tiempo y el dinero (*setting*) sostene mos como válida su diferencia entre lo contractual y el valor sexual del mismo. Si bien, también aquí, lo vincular complejiza su entendimiento. La pared externa, que nos evoca el aspecto contractual, se sostiene más allá de las flexibilidades que cada caso nos exija. El aspecto interno, el valor libidinal, suele vehiculizar aspectos reprimidos de gran valor para el trabajo del análisis.

En el caso mencionado, el lugar donde se hacían las entrevistas familiares, el cobro de las mismas, así como el momento en el que se llevaban a cabo, fueron variables muy tenidas en cuenta por nosotros, evitando no incurrir en ninguna de las perversiones del *setting*, ya sea sacralizarlo (transformarlo en ritual) como manipularlo (transmitir mensajes). Nos abocamos así a la tarea de revisión de dichos aspectos del dispositivo, en una construcción casi artesanal del mismo, que contemplaba las necesidades del caso en cuestión.

Conclusiones - Retomando cuestiones clínicas

En el caso clínico presentado, abordar el motivo de consulta inicial necesitó de un proceso (brevemente descripto).

Acerca del tema de *proceso analítico* plantea el Dr. Isidoro Berenstein (1997):

«... La idea de proceso, al hablar de un tratamiento psicoanalítico, incluye la presunción que recorre un camino según un eje cuyo punto de partida lo constituye un estado inicial de sufrimiento tanto del propio yo como vincular, y que motiva el comienzo de una experiencia terapéutica...»

Continúa, más adelante:

«...Encarar el proceso de esta manera está dentro de los

lineamientos de las definiciones tradicionales en ciencia, donde se emplea el concepto de proceso partiendo de la idea de que los sistemas pasarían mediante sucesivas transformaciones de un estado inicial a un estado final...».

Agrega después:

«...El concepto de proceso arrastra cierta marca de tiempo cronológico, sobre todo cuando se considera la secuencia en períodos...»

Queda así planteado un estado inicial de tensión, la idea de cierto transcurrir temporal necesario para que el proceso se desarrolle y el arribo a las condiciones de llegada. Estas últimas (condiciones de llegada) son diferentes de las primeras (estado inicial), en tanto el proceso se ha desarrollado.

El proceso analítico queda asociado no sólo a la idea del transcurrir temporal, sino a la de trabajo del análisis, como planteaba en el inicio del presente artículo, trabajo simbolizante sobre la trama argumental de la historia fantasmática siempre parcial y fragmentaria. Entiendo la cubeta analítica como el «laboratorio» donde dicho proceso transcurre.

Sostener el orden de lo prescriptivo me permite mantener los lineamientos generales que todo saber científico exige.

Como decía en párrafos anteriores, fue necesario un proceso para abordar el motivo de consulta.

La demanda inicial por los vínculos, por una niña que se aislaba, que hablaba con Dios, se complejizó con el paso del tiempo, con una adolescente con dificultad en aceptar ciertas legalidades, una madre con serios trastornos psíquicos, por mencionar algunos de los ejes conflictivos que se presentaban en el material.

Intenté definir la categoría «paciente» por uno o varios sujetos y una posición que lo/s determina como tal/es. De

igual modo, la categoría «terapeuta» se arma por un sujeto o más, y una posición que lo/s determina como tal/es.

Las categorías son espacios vacíos, sus atributos prescriben un modo de funcionamiento para quien ocupe dicha posición.

Así definido, pude pensar a Rita como mi paciente, pero no sólo ella, sino también la trama vincular de la cual forma parte, que he podido no sólo escuchar sino hacer objeto de mi intervención.

Del otro lado, me he ubicado en posición de analista, sosteniendo un orden simbólico, alejándome lo máximo posible del «sentido común» y de mi experiencia personal como eje rector de mi escucha e intervención. Esta opción incluye la posibilidad de recortar *in situ* distintos tramos de la trama vincular favoreciendo cierto despliegue del proceso.

Entiendo que no puedo actualmente determinar cuándo esta alternativa se transforma en un camino fecundo. Más aún, no es ésta mi búsqueda actual (es decir, precisar indicadores que a la manera de huellas de una presa nos indiquen un recorrido), sino pensar en algunas otras formas de poder objetivar nuestro objeto de estudio, nuestro campo de abordaje.

En el caso en cuestión, enfrentar a Rita con las dificultades de su madre, con las limitaciones de ésta con relación a su posibilidad de hacerse cargo de su maternidad y verse a sí misma como un sujeto independiente, quedaban favorecidas por un encuadre vincular. Sus auto-teorizaciones se resbalaban, perdían consistencia frente al otro.

Así, la madre como objeto interno llegaba a ser duramente criticada en el ámbito de una sesión individual, y con la misma dureza, defendida en una sesión vincular. Entiendo que ante el otro, no soportaba el dolor que le provocaba el reconocimiento de estos aspectos, debiendo su yo defenderse con firmeza del daño imaginario que di-

cho reconocimiento le representaba. De esta manera, el mismo objeto interno «madre» recibía tratos muy distintos en la soledad de la sesión bi-personal que cuando el otro con su presencia le obligaba a tomar contacto con ciertos aspectos disociados. Este movimiento le implicaba tanto el quiebre de una ilusión como el confrontamiento ineludible con su dolor.

Distintos aspectos del objeto sólo podían ser trabajados en distintos dispositivos, más aún sólo podían ser conocidos bajo las condiciones que estos mismos dispositivos generaban. Como planteaba en el inicio del trabajo:

«Cada dispositivo permite la emergencia y organización de un tipo de material delimitando un campo de intervención específico, subrayando lo parcial de todo saber, de todo abordaje».

Bibliografía

- Berenstein, I. (1997) *Lo vincular*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Bleichmar, S. (1994) «Teoría-clínica: crisis en los fundamentos». *Revista de la A.A.P.P.G.* Año 1994, Tomo I.
- Chalmers, A. (1982) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* España, Siglo XXI, 1982.
- Galende, E. (1982) «Acerca de la función del analista». II Congreso Metropolitano de Psicología, 1982.
- Gaspari, R. y otros (1998) «Taller: Indicando en el proceso analítico vincular.» XII Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupo. «Latinoamérica: Procesos y Transformaciones en los Vínculos», 1998.
- Horstein, L. (1993) *Práctica Psicoanalítica e Historia*. Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Laplanche, J. (1980) *La Cabeza. Trascendencia de la Transferencia*. Problemáticas V. Buenos Aires, Amorrortu 1983.
- Levy, B.; Santos, G. y Singer, D (1999) «Consideraciones acerca del encuadre».
- Rajnerman, G.; Santos, G. y Zukerman, P. (1991) Estrategias para la construcción del paciente familia. *Actas del Primer Congreso de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*. 1991.

Spanier, S.; Rajnerman, G. (1998) Acerca de la insoportable levedad del ser y sus vínculos. *Acta del Departamento de Familia de la A.A.P.P.G.* Año 1998.

Resumen

La encrucijada del trabajo del análisis se sostiene entre develar lo ya existente o construirlo. Me inclino a accentuar la idea de trabajo, entendiendo éste como trabajo simbolizante de una trama argumental de la historia fantasmática, siempre parcial y fragmentaria.

Encuentro en el par descriptivo-prescriptivo una vía fecunda para repensar cuestiones atinentes al encuadre en los tratamientos vinculares. El orden de lo prescriptivo (la regla fundamental, los rehusamientos del analista y el tiempo-dinero en su doble vertiente adaptativa y sexual) enmarca los límites de la cubeta, delimita un espacio, permitiendo que el orden de lo descriptivo allí emerja.

A partir de un caso clínico, me cuestiono acerca de lo que permanece y lo que cambia entre el encuadre de un tratamiento individual y vincular. Más aún, me planteo cómo permanece lo que permanece y cómo se transforma lo que cambia.

Concluyo retomando el caso clínico, e intento mostrar desde ahí cómo cada dispositivo favorece la emergencia y organización de un tipo específico de material.

Summary

The cross-road of the analytic work stands between unveiling that already existing or building it up. I intend to stress the idea of work, considering it as the work developed to symbolize the always partial and fragmentary plot of the phantasmatic history.

From my point of view, the descriptive-prescriptive pair entails a fertile path to think over certain issues regarding the setting in linking treatments. The prescriptive dimension (namely, the fundamental rule, the analyst denials and the time-money concept in its both adaptative and sexual source), frames the limits of the vessel, determines a space that enables descriptive order to emerge therein.

Considering a clinical case as a starting point, I open up a question on what remains permanent and what changes as regards the setting in an individual and in a linking treatment. Furthermore, I set forth the issue of how does that permanent remain such and how does changes become transformed

Finally, and based on the clinical case, I attempt to show how each one of the settings favours the emergency and organization of a specific type of material.

Résumé

Le carrefour du travail de l'analyse s'appuie sur le fait de dévoiler ce qui existe déjà ou bien le construire. Je préfère accentuer l'idée de travail, en le considérant comme le travail symbolisant d'une trame argumentale de l'histoire fantasmique, toujours partielle et fragmentaire.

Je trouve dans la paire descriptive-prescriptive une voie féconde pour repenser des thèmes relatifs au cadre dans les traitements des liens. Le niveau de ce qui est prescriptif (la règle fondamentale, les renoncements de l'analyste et le temps-argent dans son double versant adaptatif et sexuel) encadre les limites du baquet, limite un espace, en permettant que le niveau du descriptif fasse là son apparition.

A partir d'un cas clinique, je me questionne au sujet de ce qui demeure et de ce qui change en comparant le cadre d'un traitement individuel et d'un traitement des liens. Qui plus est, je me demande comment demeure ce qui demeure

et comment se transforme ce qui change. Je conclus en reprenant le cas clinique, et j'essaie de démontrer à partir de celui-ci de quelle façon chaque dispositif favorise l'émergence et l'organisation d'un matériel particulier.

PASANDO REVISTA

**15a Jornada Anual de la Asociación Argentina
de Psicología y Psicoterapia de Grupo
«La perspectiva vincular en psicoanálisis»
23 al 25 de septiembre de 1999**

*La 15a Jornada Anual de la APPG
se realizó en el contexto de las
celebraciones por el 45º aniversario de la Institución.
La Subcomisión de Actividades Científicas
quiso en esa oportunidad rendir homenaje a aquella
fundación en una charla con la Doctora Janine Puget.
Transcribimos aquí sus palabras,
en el espacio que se denominó:*

*«Desde la fundación a la perspectiva del
psicoanálisis vincular: el porvenir de una ilusión»*

Hace pocos días un psicoanalista francés, Eric Laurent, definió como **«problemático y febril»** nuestro mundo actual. Es interesante y significativo que este colega haya pedido prestadas a un tango las palabras para contextualizar su conferencia. Un extranjero se adecuó a nosotros mientras que, en otras épocas, hemos sido nosotros los que tratábamos de adecuarnos a los del norte. Adecuarse es tal vez una palabra que no corresponde a lo que sucedió. Cada contexto tiene su lenguaje e incorpora palabras y conceptos que hacen a una época. Problemático y febril, dicho de esta manera, es propio de

nuestro idioma y es lo que de esta manera se tradujo.

Incluir el contexto, la exterioridad, darle un status teórico, es una preocupación constante en nuestras teorizaciones. Ya no se trata sólo de sufrir sus efectos sino de hacer algo con él y de esta manera ahondar en la comprensión de la subjetivación social a fin de incluirla en el material de una sesión psicoanalítica.

Pero incluir el contexto es **«problemático y febril»**, ya que por ahora se trata de una cuestión que despierta muchos interrogantes y pocas respuestas.

Problemático y febril es haber pasado, en nuestras concepciones teóricas, del ideal de la integración, de la armonía, del uno, a la inquietud de la multiplicidad, de la dis-armonía constitutiva, de la tan mentada complejidad y de la inconsistencia vincular.

El acto de hoy se ubica en este trayecto. ¿Cómo? Obligándonos a definir provisoriamente las dudas actuales mirando el pasado a la luz del hoy. Es imposible saber si este evento va a constituir un punto de partida para nuevas pertenencias, para nuevos interrogantes. También es imposible saber cómo nos imaginarán cuando esto de hoy ya sea pasado. Imaginar el futuro como lo hacen Gloria Mendiáharzu y Carlos Pachuk con sus cuentos fantásticos científicos nos ubica en sujetos humanos raros para los robotizados. Si supiéramos cómo va a ser este futuro ya dejaría de serlo.

Previamente a este encuentro me he preguntado muchas veces qué puede significar para una institución que una de sus fundadoras hable hoy en este homenaje. Intenté contestarme. *Homenaje* es un concepto complejo: para el diccionario se trata de «un juramento solemne de fidelidad hecho a un rey o a un

señor». Esta acepción va para el lado de acto de fe y tiene que ver con *El Porvenir de una ilusión* y las creencias religiosas. Pero hay otro significado y es el de «acto o serie de ellos con los que se honra o enaltece a una persona» y agrego a una institución, o a un conjunto. Entonces concluyo que pareciera que la pertenencia y la existencia de la institución requiere, cada tanto, confirmación ya que éstas son siempre efímeras y este acto y mi presencia aquí se enmarcan en esta definición.

Para combatir lo efímero se realizan festejos y se fijan fechas. Un homenaje es para el trans- el equivalente del cumpleaños para lo intra- e inter-, pero este último tiende a reunir las familias dispersas, y de esta manera sostener una cohesión. No todos están y a veces los que están sólo vienen ese día.

Un homenaje también reúne y sin embargo es algo más. No sólo incrementa la cohesión, cuestión que no sería el principal valor, sino que el homenaje confirma la bondad de la existencia de la institución y sacraliza algunos valores y personajes, los que de alguna manera dan un nombre o una nueva cualidad a los que ya hay. Crea nuevos nombres. Hoy el nombre

original de la institución se incluyó en otro, el de Configuración Vincular. Este nuevo nombre es el que da cuenta de que la institución no es la de ayer. ¿Cómo se llamará mañana? No lo sé. Pero seguramente cuando sepamos más acerca del lugar que tiene la contextualización de cada acto, este conocimiento deberá reflejarse en un nuevo nombre. Imposible ahora encontrar el nombre futuro.

Un homenaje tiene otras significaciones y una de ellas, si bien obvia, cabe mencionarla y es el reconocimiento que estamos dando a través de mí a quienes fueron los pioneros de toda esta aventura. De los pioneros, diría que ofrecen un modelo de valentía, la que fue necesaria para animarse a crear la institución. Pero valentía inconciente, porque en aquel momento eran ganas, diversión, desafío, convicción, entusiasmo y pasión, necesidad de agruparnos junto con algo de malestar porque lo que sabíamos no nos alcanzaba para cubrir enormes baches. Algo de todo esto seguimos teniendo todos los que estamos aquí, proponiendo nuevos paradigmas. En lo que a mí se refiere, me impresiona verme ubicada en el lugar que hoy me dieron los organizadores del evento, ocupando el lugar de la me-

moria, sostén de una continuidad y simultáneamente marcando una discontinuidad y ello hace que no me haya sido fácil encontrar cómo dirigirme a ustedes. Entonces, sigo preguntándome: ¿qué significa todo esto? ¿Desde dónde? Contarles la historia, no hace falta, conocen algunas y ésta sería una más.

¿Ubicarnos en relación con aquel pasado? ¿Puede tener algún valor preguntarme si algo de lo que nos propusimos se cumplió o cuáles son los problemas sin resolver o si lo que nos llevó a crear la institución sigue teniendo validez?

¿Sigue siendo un espacio de producción de conocimiento?

La fundación de la AAPPG por psicoanalistas pertenecientes a una institución psicoanalítica oficial fue una respuesta a un malestar: había algo imposible de incluir en la teoría clásica y ello hacía ruido dado que un malestar proveniente del ámbito político, del trabajo institucional en instituciones del estado o municipales, se veía coartado por medidas políticas restrictivas. Necesitábamos un lugar **a salvo de dicho contexto**. Y al nivel de lo institucional psicoanalítico, ubico aquella época como en el comienzo del

apogeo de la teoría kleiniana, interpretada en un sentido muy limitado, como absolutamente prescindente del mundo exterior. Hacer algo con un contexto hostil o con un contexto donde nuestras inquietudes no cabían fue nuestra meta. Hoy interpreto que esto fue el signo de algo más fuerte: no se trata de caber en una misma institución sino de que cada una se ocupa de cuestiones que requieren sus propios ámbitos. Además, no se trata de protegernos del contexto sino de entender de qué se trata.

Presentábamos que lo grupal requería su propia institución, dado que se ocupaba de producciones que abrían interrogantes de diferente calidad. Pero aún no era más que un presentimiento o una intuición y sobre la base de esta inquietud empezamos a reunirnos en el grupo llamado *de los lunes* desde 1952. En aquel momento, podría decirse que la AAPPG nació para dar un ámbito a lo que era **un terreno de nadie**.

Los dos territorios siguen teniendo fuerza productiva y sirven unos a otros de interlocutores válidos.

Si bien circulo en ambas instituciones, me pregunto: ¿digo

lo mismo y soy la misma en cada una de mis instituciones? Imposible, ya que los interlocutores no sostienen las mismas dudas, inquietudes, ni la misma escucha, etc. Y bien sabemos que cada vínculo tiene sus propias producciones.

Que el contexto moldea los discursos es algo que fue haciéndose más claro para muchos y forma parte de nuestras teorizaciones. Por eso Eric Laurent mencionó «Cambalache» y a lo mejor mi doble pertenencia cultural me lleva hoy a pensar en Discépolo, algo así como rendirle homenaje al país que me recibió y quién sabe si incluir a un psicoanalista francés no será también hablar de mi doble cultura.

Si bien desde los comienzos supimos que los grupos terapéuticos eran algo más y diferente que la relación bipersonal, sólo se nos ocurrían metáforas como la que pedimos prestada a Sturgeon en *Más que humano*. Este relato parecía ser adecuado para pensar lo novedoso y la resistencia; esto lo digo hoy, en aquel entonces no lo pensé en estos términos. Otras metáforas fueron también signo de la resistencia, como por ejemplo pensar el grupo a manera de un rompecabezas, el grupo como

un todo: imaginábamos algo armónico donde cada uno tendría su lugar completando al del otro. Estirábamos las estructuras psíquicas conocidas, etc. Había que llegar a la integración, a una buena circulación dentro de la estructura.

Precisamente creamos, inventamos los vínculos bajo el signo de la resistencia a lo vincular.

Entonces, veamos si la historia nos ayuda.

Quienes crearon estas otras entidades a las que en aquel momento llamábamos grupos, las crearon porque se dieron cuenta del valor instrumental de los grupos. Se producían efectos, y en ciertos centros de salud la eficacia era un valor. **Eficacia y rapidez.**

Hoy, estos dos conceptos, **eficacia y rapidez** (recuerden **problemático y febril**), tienen cada vez más vigencia. Sin embargo, en muchas ocasiones nos superan. La ilusión para el futuro, la que podría ser motor de algo, ¿no será salirnos del apoltronamiento de los sillones y depurar el instrumento como para ser eficaces y hacer algo con estos nuevos ritmos?

Yo imagino un futuro en el que la búsqueda de sentidos dé nuevas posibilidades a nuestro instrumento, nos lleve por derroteros asustantes. Aceptaremos que nuestro instrumento se basa en obtener certezas efímeras sin que ello implique caos, sino algo que se crea todos los días, en todo encuentro y que sólo tiene la fijeza de ese momento. Algo metafóricamente pensable como *videoclips* psíquicos y vinculares. Y esto lo aprendí con el análisis vincular.

Los vínculos en tanto entidad propia remiten o no remiten a otra entidad anterior. Si remiten, iniciamos un recorrido, si no remiten iniciamos otro recorrido. Cualquiera sea la formulación, pareciera que persiste la resistencia a lo vincular.

¿Qué se entiende cuando se habla de resistencia? Clásicamente, hablamos de alguna producción, idea o sentimiento que por algún motivo ve dificultado su acceso a la conciencia y produce síntomas. Causas, puede haber muchas: alguna se debe a la dificultad que ocasiona modificar el punto de vista, perder una pertenencia que ya se cree consolidada y de la cual depende un reconocimiento necesario, al surgimiento de un tipo de ansiedad que amenaza producir

bruscas modificaciones en la organización vincular. Algo así como el peligro de la siempre presente tendencia a la desvinculación. Si una resistencia es inconsciente, tan sólo podremos modificarla o acceder a otras producciones si descubrimos cada vez nuevos significados.

Pero tal vez una resistencia *princeps* a lo vincular es singularizarlo y así vincularizar lo singular.

Hoy me es difícil, en el contexto de este homenaje, proponerles prolíjamente una definición de resistencia vincular, pero vale la pena pensarla.

Freud nos dice que la cultura obsequia al individuo representaciones que no sería capaz de hallar por sí solo. ¿Tomamos en cuenta realmente que un sujeto no puede hallar algo?

¿Qué hicimos los psicoanalistas, y seguimos haciendo, de dichas representaciones que la cultura nos obsequia? Hoy las llamamos algunos de nosotros, *presentaciones*, pero sea como fuere, les damos otro status.

Este es otro de los temas que circulan, que aparece y desaparece, que ofrece resistencia.

Para algunos de nosotros, una de nuestras luchas teóricas actuales consiste en marcar una clara diferencia entre representación y presentación. Vuelvo a Freud cuando, no haciendo tal diferencia terminológica, dice que las representaciones religiosas son «enseñanzas, enunciados sobre hechos y constelaciones de la realidad exterior (o interior) que comunican algo que uno mismo no ha descubierto y demandan creencia. Nos dan información.»

¿Por qué cito este párrafo en un día de homenaje, aniversario? Tal vez porque es difícil para un psicoanalista no rendirle homenaje a Freud o porque dicha cita sirva para darnos cuenta de esta eterna cuestión ligada a la necesidad de diferenciar realidad exterior o interior.

Veamos ahora cuál es nuestra ilusión y cuál puede ser la futura. En aquel entonces, la oposición naturaleza-cultura intentó resolverse, nos dijo Freud, con la producción, entre otras, de creencias religiosas. Hoy, desde nuestro marco referencial, la oposición podría plantearse entre individuo-conjunto u otros, siendo el individuo desvinculante del conjunto en el cual se inserta. Y para el futuro, pro-

pongo la oposición máquina-conjunto. La máquina debería cambiar al conjunto y su eficacia se torna a veces un atentado a la eficacia humana. La máquina creada por el conjunto es la que da una nueva cualidad al conjunto. De ahí habrá de surgir una nueva Ley. Y por supuesto, nuevos criterios de eficacia.

La institución se fundó diferenciando contextos. Y las teorizaciones intentan hacerlas caber en un mismo cuerpo teórico. Sin embargo, las discusiones siguen en pie en cuanto a si ese todo se puede llamar psicoanálisis. Para hacerlo caber en el psicoanálisis se hacen enormes esfuerzos, esfuerzo que no hicimos en su fundación.

Volvamos a «Cambalache». Este fue pensado del 510 al 2000, con «chorros», maquiavélicos y estafadores: el mundo fue y será una porquería.

El nuevo tango pensado para... ¿del 2000 al 3000?, ¿de qué podría hablar? En su versión melancólica hablaría de escándalos, etc. incluyendo la repetición, pero en otra versión, sería que el mundo no será el que fue, y si bien sigue en él el despliegue de maldad, ya no sería en la misma versión, sino en alguna más alejada, o sea que la ilusión no sea encontrarnos en el más allá, sino en el más acá, algo así como desencontrarnos para encontrarnos en el más acá. Un homenaje responde a esta ilusión.

Janine Puget

***Psicología*
Rosa Chagel
El Ateneo, 1994**

Presentación en la ASOCIACIÓN ARGENTINA DE
PSICOLOGÍA Y PSICOTERAPIA DE GRUPO
2 de septiembre de 1999

El hecho de haber aceptado acompañar hoy a la autora en la presentación de este valioso texto para adolescentes, es posible explicarlo por la pasión que despierta en mí una disciplina tan controvertida como la educación y por el afecto que le tengo a Rosa. Esta situación, me plantea el compromiso de volver a pensar acerca de lo que podría llamarse *la buena enseñanza, aquella del encuentro entre el docente y sus alumnos*, que deja como un deseo latente, el del próximo encuentro.

Rosa Chagel, desde el mismo prólogo deja vislumbrar el compromiso que asume con los jóvenes y con los docentes, cuando dice: «Sabía que el trabajo no iba a ser fácil, porque tenía que aproximarme a mis interlocutores, los adolescentes, despertando su entusiasmo, sus ganas de aprender y sus deseos de reflexionar, pero conciliándolos con un nivel conceptual acorde a las tendencias actuales de la psicología». Este comien-

zo me impulsa a recordar que para Claudine Blanchard Laville, *el deseo de enseñar, la necesidad de dar, de colmar, es tal vez una forma de mutua seducción, en un encuentro con el alumno, en su demanda de amor y de reconocimiento*.

Veamos entonces cuál es el espacio que ocupa el libro de Rosa Chagel dentro de este marco. A la hora de pensar la clase, se nos hace indispensable encontrar propuestas que lleven a la REFLEXIÓN y a la COMUNICACIÓN. Y ahí el libro de texto asume el valor de posibilitar la aventura hacia el conocimiento, desde el arte narrativo del docente empeñado en formar y seducir a sus alumnos. La autora alumbra la posibilidad de este encuentro entre los jóvenes y la Psicología.

En la clase escolar, tomada como un campo de problemáticas particulares, el acto de enseñanza enlaza procesos de intercambio de significados, faci-

litando la reflexión y la construcción de conocimientos. Y es aquí, donde nos encontramos con dos acontecimientos relevantes. Por un lado, el gran interrogante circunscrito al hecho de poder determinar cuáles son los temas del campo disciplinar de la Psicología que resultan valiosos para el aprendizaje de los jóvenes de este tiempo, a fin del milenio. Y por otro, cómo diseñar el contenido para permitir la comunicación entre el conocimiento «erudito» y el conocimiento a enseñar, sin que se torne banal. Aquí, la relación con lo desconocido, con aquello que preocupa, que apasiona y conmueve, como ese momento en que un sujeto se acerca al conocimiento, nos lleva a pensar en el concepto de **«transposición didáctica»** (Chevallard, 1985).

Ambas problemáticas tienen respuesta en este libro. Rosa Chagel se ha preguntado por estos jóvenes, ha buscado en sus formas de expresión, en su zona vital próxima, ha explorado en las ideas y sus experiencias, en sus conocimientos previos y ha elaborado una propuesta en consecuencia, que prioriza temáticas de significación actual para los jóvenes, con la idea de que se vinculen con lo desconocido desde un aprendizaje de construcción del conocimiento y

atendiendo a la diversidad del grupo clase. Esto lo apreciamos desde los grandes temas que abarcan su trabajo, seleccionados con criterio psicológico y partiendo de una concepción del conocimiento como abierto, accesible, en construcción y cercano al joven. Cabría mencionar sus enfoques sobre los temas: **Familia-paternidad-pareja; Relación madre-hijo. Comunicación-trastornos de carencia afectiva; Inteligencia; El psicoanálisis-y otras terapias; Aprendizaje-Inteligencia; Adolescencia y Grupos**, entre otros.

Asimismo, es posible reconocer su modo de acercarse al alumno desde variadas formas narrativas, con la intención de lograr una mejor articulación con el contenido. Su *discurso comunicacional* nos permite observar que las anécdotas, el humor, el suspenso y la inclusión de actividades que requieren del alumno el debate, la búsqueda, la transferencia y la participación, constituyen variantes narrativas intensamente tratadas y que favorecen sin duda los procesos de comprensión. Su *lenguaje* es abierto, estructurado en base a párrafos breves, conectados con apostillas y con referencias a experiencias de significación afectiva. Es indudable

que la concepción de aprendizaje que subyace es la de compartir significados, un aprendizaje constructivo y cooperativo.

La estructura temática de este libro es de demanda. Están presentes los procedimientos de indagación, de búsqueda de opiniones o de valoraciones personales. Demanda de la participación del joven en actividades individuales y grupales, contextualizada en ideas o problemas con referencia cercana a su entorno.

El aporte de la autora a la enseñanza media, ha experimentado numerosas lecturas y análisis realizados por psicólogos que cursaron recientemente, en la Universidad de Buenos Aires, el Profesorado para la Enseñanza de la Psicología. Este Profesorado es un post-grado para Licenciados en Psicología, que tiene una relevante significación para la revalorización de esta disciplina desde la perspectiva didáctica.

Como docente de este Taller, me parece oportuno compartir algunos de esos trabajos con ustedes «En cuanto al tratamiento del contenido –dice uno de ellos– la autora consideró como criterio de selección incluir el material con un nivel concep-

tual acorde a las tendencias actuales de la psicología, y así reflexiona acerca de la estructuración del psiquismo humano, recorriendo las formas en que el individuo se desarrolla en un intercambio permanente con el otro y con el entorno. La estructura del texto tiene una modalidad de taller, pues no es sólo informativo, sino pensado para trabajar con él en el aula y para fundamentar la discusión, el debate y la creación de un pensamiento autónomo en los estudiantes y no la mera demostración de conclusiones inapelables. En este sentido es un texto abierto, cuyos contenidos son utilizados como argumentos polémicos y discutibles».

«El conocimiento parece presentarse como aquél que circula y se construye de forma abierta, debatible, favoreciendo la negociación de significados. Estos aspectos se observan ante la propuesta de diferentes actividades, que se organizan primero en forma grupal y luego individual. Esta estrategia fue incluida para favorecer la construcción activa y participativa del conocimiento, llevando a los alumnos a experiencias de descentramiento para considerar el punto de vista del otro a partir de una estrategia que apunta a la realización de actividades en

forma grupal. Se advierte que las estrategias innovadoras presentadas (realización de observaciones, entrevistas, crucigramas, *role-playing*, interpretaciones de chistes, posibilidad de complementar con otros materiales, etc.) favorecen la participación del alumno a partir de la reflexión, el debate y la puesta en común de lo elaborado, que obliga a considerar también el punto de vista de los otros, facilitando de este modo el progreso del conocimiento, tal como Piaget refiere el conflicto socio-cognitivo».

«Es interesante destacar que el texto no solamente atiende al desarrollo de conceptos, sino fundamentalmente al de valores y actitudes que se alcanzarían a través de las estrategias propuestas. El conocimiento no se presenta como algo acabado, que hay que transferir, sino que el mismo aparece como no autosuficiente, al remitir constantemente a otros textos, a la opinión de compañeros, u otras personas. En la lectura del libro se observa una autora que ejerce una actitud de empatía, en cuanto a la comprensión y entendimiento de las problemáticas de los adolescentes. En tal sentido los contenidos propuestos aparecen como pertinentes y contextualizados a las necesidades del

estudiante, referidos a su medio, intereses, crisis que debe atravesar para construir su propia subjetividad. La idea de sujeto que subyace se relaciona con aquél que aprende participando, de manera activa.»

También, en las palabras de otro colega, observamos lo meritorio del aporte de la autora, cuando afirma: «Teniendo en cuenta los cambios que trae consigo la adolescencia en cuanto a la fragmentación subjetiva y el sentimiento de fragmentación vivenciado por los adolescentes –y haciendo una comparación de esta situación con el concepto de conflicto cognitivo, donde también se produce el desequilibrio del sujeto en función de lo nuevo que conoce, y donde a partir de aquí se hace necesaria una nueva organización–, este libro por sus características favorece el acercamiento de los adolescentes a la letra escrita. Tanto los *comics*, como las figuras o los distintos tipos de letras, actuarían como puentes entre los alumnos con sus ideas y la Psicología como construcción científica».

«Los adolescentes, lejos de no abrir el libro por la posibilidad de angustiarse ante lo desconocido, encuentran estos “mediadores”, conocidos por ellos,

que les facilitan un acceso sin miedo. Es llamativo que el primer capítulo comience con un trabajo grupal, a partir de una imagen sugerida, que nos muestra que está indagando las ideas previas de los alumnos, para luego pasar a los conceptos socialmente construidos, con el fin de lograr un aprendizaje significativo. De aquí se desprenden las teorías implícitas que tiene la autora con respecto a la enseñanza y al aprendizaje. La enseñanza se basa en actividades tendientes a crear zonas de desarrollo próximo, donde se proponen ayudas para que el alumno pueda ir construyendo los conocimientos; de donde se desprende el concepto de “andamiaje”, es decir estas ayudas se van ajustando cada vez más a las necesidades del alumno, el libro propone ir retirando ese “andamio” para que el que construya los saberes sea el alumno».

«A partir de aquí, también se desliza lo que la autora sostiene acerca del aprendizaje como proceso independiente de la enseñanza, que realiza cada alumno. El supuesto subyacente es el de aprendizaje significativo, es decir que los alumnos puedan ir estableciendo relaciones cada vez más complejas entre los saberes que van construyendo

ellos mismos. Es el primer libro que veo con tantas sugerencias e ideas para los docentes.»

Me animaría a decir que este libro está elaborado con apasionamiento hacia los adolescentes y con un respeto profesional casi inédito para los docentes. Ningún joven puede sentirse indiferente frente a las preguntas que asoman de manera conmovedora en este libro: «¿Qué es el amor para vos? ¿Qué opinás de la adopción? ¿Quién soy yo en el mundo? ¿Qué restos del pasado, del mundo infantil, quedan en vos? ¿Qué lleva a un adolescente a las adicciones?»

Asimismo, la autora les anuncia, desde lo conceptual, una intimidad del desarrollo, cuando les dice: «La adolescencia es ante todo una crisis interior, una lucha entre el eterno deseo humano de aferrarse al pasado y un deseo poderoso de entrar en el futuro». Y seguramente, esta afirmación los conduce a una búsqueda interior, y ahí, nuevamente al encuentro entre el deseo de saber y el deseo de dar.

Aquellos profesores que se han empeñado en la búsqueda de aprendizajes creadores, que intentan contribuir al desarrollo de una conciencia reflexiva,

pueden encontrar en esta auténtica obra abierta, en el preciso sentido que acuñó Umberto Eco, una propuesta para construir un vínculo, sin predeterminaciones ni condicionamientos.

Podemos afirmar que el abordaje de estas páginas, de parte tanto de los alumnos como

de docentes, habrá de mostrar la riqueza de un enfoque creador (no muy frecuente en un territorio habitualmente árido como el de la enseñanza de la Psicología) y, al mismo tiempo, la necesidad de encarar el aprendizaje como una aventura del conocimiento. Muchas gracias.

Marta V. Salzman

Instituciones estalladas
Ana M. Fernández (compliladora)
EUDEBA, Buenos Aires, 1999

Comentar un libro es acompañar una iniciación, una apertura; es también, una invitación a su lectura. No intento *representar* a sus autores (docentes e investigadores de la Cátedra de Grupos I de la facultad de Psicología de la UBA), como ellos no lo hacen con los alumnos o con quienes han sido objeto de sus abordajes institucionales. Este libro *presenta* en el sentido fuerte del término: realiza una *intervención* dentro de la propia institución universitaria. Es decir, que «tomando la palabra» realiza afirmaciones, con un cierto efecto de intervención. En el prólogo de Ana Fernández se plantea al modo de un manifiesto, el posicionamiento tanto histórico como institucional de sus autores. Como puntúa J.C. De Brasi, en el epílogo, el texto *oscila entre la intervención de los escritos y los escritos de las intervenciones*. Interviene porque *produce*, sobre todo cuando habla de la Facultad de Psicología de la que forma parte, algún pensamiento acerca de las formas que ha tomado en la actualidad, la llamada «Universidad Pública».

¿En qué medida este pensamiento incumbe a los psicoanalistas? Creo que si el debate se plantea acerca de las *condiciones* y los *procedimientos* que generan *pensamiento sobre y en lo colectivo*, alcanza también a aquellos profesionales, y a aquellas corrientes de pensamiento que, como el psicoanálisis, intentan el desciframiento de las producciones sintomáticas de los sujetos psíquicos, y requieren de la exploración de las condiciones concretas de la producción de subjetividades. La producción de saberes acerca de ellas, las características de la particular «convivencia» de las principales corrientes del pensamiento «psi» sin confrontación y con un acentuado atrincheramiento en sus dogmas respectivos, es uno de los temas abordado por el prólogo y el epílogo que despierta interés, por constituir un serio problema al desarrollo de nuestro campo acorde a los tiempos.

El libro muestra un enfoque transdisciplinario del espacio institucional y comunitario que,

para no constituirse en el lugar idealizado, que puede construir una cierta mirada hiper-abarcativa, exige enfrentar a los saberes disciplinarios con sus puntos ciegos, lo que, en palabras de Ana Fernández serían sus invisibilidades.

Las diferentes partes de «Instituciones estalladas» nos muestran la simultaneidad de tareas que requiere una unidad de cátedra cuando se instituye en lugar de producción de pensamiento. Este colectivo de cátedra muestra de esta manera, cómo la investigación sistemática, la difusión y la extensión son indisociables todas ellas del ejercicio de la docencia. Quiero con esto recordar que hoy, tanto las universidades como otras instancias de formación extrauniversitarias, en su adaptación a las urgencias del mercado, se van transformando en unidades de *adiestramiento técnico*, con lo que se empobrece la posibilidad de la capacitación para el diseño original y específico de dispositivos específicos adecuados para cada situación a abordar.

El libro que hoy les comentamos realiza un esfuerzo por preservar la posibilidad de la *inención* de recursos para la tramitación de los conflictos y o

padeceres institucionales y comunitarios. Para ello, nos muestra, en «*la extensión*», la «coci-na» de dichas tareas (algo no muy frecuente) y el desarrollo de cuatro intervenciones institucionales; llama la atención a quien no conoce los anteriores trabajos de esta cátedra o de Ana Fernández, la diversidad de recursos utilizados y la profundidad del trabajo en esos ámbitos que por compartir la misma crisis del espacio público que involucra al equipo de la intervención, requiere de un análisis de las propias condiciones en la Universidad, y de las implicaciones que se producen en la tarea de la intervención. Realizan en acto la doble tarea de trabajar y de trabajarse. Luego el libro nos cuenta de las *investigaciones* que se desarrollaron desde la cátedra. En ellas se puede apreciar una tensión fructífera entre la necesaria libertad para el planteo de instrumentos adecuados a cada caso y la rigurosa forma de pautarlos e implementarlos, así como la meticulosidad del registro de lo realizado. De esta manera van pudiendo operacionalizar nociones de alta complejidad como la de significaciones sociales, de C. Castoriadis. En el apartado llamado «*el ensayo*» se encuentran artículos de reflexión que tanto revisan nociones como la del mito

grupal, como contribuyen al enriquecimiento del campo de trabajo, con herramientas teóricas provenientes del pensamiento contemporáneo. Aquí se destacan los aportes de Ana Fernández al campo de la grupalidad, que desde la propia demarcación por ella realizada, incluye la problemática de la producción histórica de la subjetividad. Y por último **«la difusión»** muestra cómo es posible la divulgación del pensamiento propio interviniendo en la pugna por los sentidos del conjunto social.

Para ser fieles al trabajo que sus autores realizan, he intentando transformar este comentario en una oportunidad que a la vez, reconozca lo realizado y demuestre en acto la continuación del pensamiento reflexivo que anima al libro.

«Instituciones estalladas» produce, ya desde el título, un efecto de interrogación: instituciones qué...? Esa peculiar forma de la calificación muestra el estado de una cosa y a la vez, nos muestra la acción que sufre esa misma cosa... Dice Ana F. en el prólogo: *«No estallaron, ni están estalladas. Son estalladas. Funcionan de un modo particular. Presentan una suerte de desfondamiento institucional que es difícil de teorizar»*. De

esta manera, se plantea, las instituciones que habitamos, que nos atraviesan y constituyen están *siendo* estalladas. En la tarea que algunos de nosotros desarrollamos en las intervenciones institucionales y comunitarias, hoy debemos enfrentar la caída de las significaciones que fundaron el orden social para el cual nos formamos. Las prácticas neoliberales, propias de esta forma del capitalismo salvaje, van construyendo otras subjetividades e instituyendo otra manera del ser en sociedad; lo hacen en el seno de aquellas organizaciones y agrupamientos que transitamos y que nos demandan, donde sobreviven agónicos retazos de las significaciones que fundaron el hospital público y la escuela pública y donde conviven generaciones de profesionales y de «usuarios hoy clientes» de distintas edades, matrizados en otras lógicas. Nos enfrentamos así a profundos desacoplos entre prácticas y enunciados que repercuten en crisis, rupturas y padecimientos subjetivos.

Ana Fernández describe un desfondamiento de sentido de las instituciones; entiendo que éste responde al *agotamiento* de un modo de funcionamiento social al mismo tiempo que no surge un otro sentido reconocible y

aceptable que ordene prácticas y subjetividades. En las intervenciones publicadas, y en la investigación que se realiza desde la cátedra, se puede apreciar el esfuerzo por la no imposición de sentidos frente a este vacío, así como una apuesta a la capacidad imaginante de esos colectivos. En nuestro oficio, tanto como trabajadores de los grupos y de las instituciones, como cuando somos *agentes de la cura psicoanalítica*, es importante no dejar de lado esta reflexión, ya que siempre corremos el peligro de ser instrumentos del control social. La reflexión acerca del lugar del experto, que incluye la necesaria revisión crítica de las condiciones de formación y desempeño profesional (es decir: lo que en los sesenta mencionábamos como «*al servicio de quién*»), hoy requiere de la exploración de las estrategias sociales en las que estamos inscriptos. De esta manera, nuestros saberes no perderán la capacidad revulsiva que manifestaron en un inicio, y que nuestros quehaceres han podido ejercer en las privilegiadas o-

portunidades en que pudimos inscribir nuestro trabajo en la estrategia instituyente de ciertos colectivos.

La crisis que enfrentan los lazos sociales, la resignificación del clivaje entre espacios públicos y privados, merece y requiere de instrumentos conceptuales, que nos permitan la tramitación de sus efectos más urgentes. Esta situación se agrava en la medida en que caen algunas de las certezas propias del campo de saber que compartimos. Nos enfrentamos así a una crisis de los lazos que *hacen ser* a un conjunto social, a un colectivo, al mismo tiempo que a una crisis de nuestros instrumentos para el pensar.

Quiero cerrar este comentario con una cita muy oportuna de Deleuze, que realiza Ana Fernández: «*No hay lugar para el temor ni la esperanza, sólo cabe buscar nuevas armas*». Creo que este libro contribuye en dicha empresa de búsqueda y aún de *invención*.

Raquel Bozzolo

INFORMACIONES

REVISTA DE PSICOANÁLISIS DE LAS CONFIGURACIONES VINCULARES

PRESENTACIÓN DE TRABAJOS

Las presentaciones se harán bajo seudónimo, según la metodología detallada más abajo.

Los trabajos tendrán una extensión máxima de 20 páginas, y se entregarán en cuatro ejemplares impresos en papel tamaño carta o A4 junto con el correspondiente diskette, aclarando el procesador de texto utilizado, el cual debe ser compatible con I.B.M.

Los trabajos deben incluir, en hoja separada, un resumen de 10 líneas.

Los originales enviados no serán devueltos, resulten o no publicados.

Las notas deben numerarse en forma sucesiva en el texto y colocarse al final del trabajo.

Las referencias bibliográficas en el texto: al mencionar a un autor, se transcribirá su apellido, la inicial de su nombre y la fecha de primera publicación del texto en su idioma original. Ej.: (Spitz, R., 1954). Si se desea mencionar la página (en una cita textual, por ejemplo), se ubicará este dato a continuación. Ej.: (Spitz, R., 1954, pág. 153). La página citada corresponde a la edición utilizada (ver más adelante).

La bibliografía se colocará al final del trabajo, después de las notas y antes de los resúmenes, ordenada alfabéticamente.

a) Libros: apellido del autor, inicial del nombre y año de la **primera edición en su idioma original**. Luego, el título del libro (en cursiva), lugar de edición, editor, año **de la edición utilizada**. Ej.: Spitz, R. (1954) *El primer año de vida del niño*. Madrid, Aguilar, 1961.

b) Artículos: apellido del autor, inicial del nombre, año **de**

la primera edición del artículo en su idioma original. Luego, título del artículo entre comillas, nombre de la publicación (en cursiva), volumen, número, año **de la edición utilizada.** Ej.: Couchoud, M.T. (1986) «De la represión a la función denegadora», *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. XX, nº 1, 1997.

Los trabajos deben entregarse en la Secretaría de la APPG. Tanto en las copias impresas como en la versión digital, el autor se identificará con un seudónimo, el mismo que colocará en el frente de un sobre cerrado, con los siguientes datos en su interior: nombre y apellido del/de los autor/es; sus datos de afiliación profesional, dirección, teléfono y correo electrónico.

Es imprescindible adjuntar una autorización para la publicación del trabajo en esta Revista, aclarando nombre/s completo/s y documento/s de identidad, con firma y aclaración.

REFERATO: Los trabajos que se entreguen para su publicación en esta Revista serán seleccionados por el Comité Científico, el cual se expedirá sobre su aceptación o no.

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES

